ORO VIEJO
SALVADOR RANGEL ABUD
SOCIÉTÉ MINIÈRE
DU CONDOR
1923
Pour Amalee
FINE
GOLD
999.9

ORO VIEJO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Francois Belleuve tiene cuarenta años cuando entra en la vida de Amalee Fermont, una anciana condesa de setenta y cinco con una fortuna calculada en mil millones de euros y sin herederos directos. Lo que comienza como un matrimonio de conveniencia termina con la condesa muerta al pie de una escalera de mármol y Francois convertido en propietario de un patrimonio cuya historia nadie ha querido examinar demasiado de cerca. Veinte años después, Constanza Belleuve hereda ese mismo patrimonio a los veinticinco años, sola en el mundo y sin conocer nada de lo que su padre guardó durante décadas en una habitación sellada del Château de Vaux-le-Vicomte. Lo que encuentra ahí, y lo que sigue encontrando en archivos notariales de Mónaco, en un monasterio del sur de Francia y en las conversaciones con un hombre llamado Adrien Valmont cuya presencia en su vida no fue casual, es la historia de una fortuna construida sobre cuatro siglos de despojos, traiciones y crímenes cuidadosamente silenciados. Pero la revelación más perturbadora no es la historia de sus predecesores. Es descubrir, con una claridad que no puede ignorarse, que ella misma ha empezado a reproducir esa historia con una naturalidad que su padre nunca consiguió y que François describió en una carta como la forma más sofisticada de la corrupción: la que no se siente como tal porque siempre tiene una razón perfectamente lógica.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones de manipulación psicológica, crímenes encubiertos, relaciones de poder asimétricas y corrupción moral gradual. Algunos personajes exhiben comportamientos que pueden resultar perturbadores precisamente porque son presentados como racionales y coherentes desde la perspectiva del personaje que los ejerce. No hay violencia explícita. El contenido perturbador es de naturaleza moral e intelectual.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Oro viejo

Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Thriller psicológico / Drama histórico
Ambientación: Mónaco, París, sur de Francia, 1998-2022
Estructura: Prólogo, dieciséis capítulos y epílogo
Extensión aproximada: Novela de extensión completa
Idioma: Español
Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

La fortuna que hereda Constanza Belleuve es ficticia, pero el mecanismo que la corrompe es real y ha sido documentado por historiadores, juristas y filósofos durante siglos. Esta novela no pretende ser un tratado moral sino una exploración narrativa de la pregunta que el prior benedictino de Saint-Guilhem formuló en el siglo XVIII y que ningún personaje de esta historia consigue responder satisfactoriamente: si es posible romper el ciclo desde adentro, desde la posición de quien ya forma parte de él. La respuesta que ofrece la novela no es optimista. Tampoco es una condena. Es simplemente la descripción más honesta que el autor pudo hacer de lo que ocurre cuando el conocimiento de lo que uno está haciendo no es suficiente para cambiar lo que uno hace.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen modificaciones a la obra.

PALABRAS CLAVE

Thriller psicológico europeo, herencia y corrupción moral, patrimonio histórico, aristocracia francesa, Mónaco, secretos de familia, transformación moral, organizaciones secretas, thriller financiero, novela de personaje

---

TEMAS PRINCIPALES

La transmisión hereditaria de la corrupción moral. La imposibilidad de conocer el propio proceso de transformación sin que ese conocimiento lo detenga. El poder como instrumento de reproducción de sí mismo. La diferencia entre los métodos y la lógica de un acto. La historia como cadena de consecuencias que ninguna generación consigue interrumpir. La ambigüedad de los gestos generosos cuando provienen de personas que han perdido la capacidad de actuar sin cálculo. El amor como variable que complica pero no altera la dirección fundamental de las cosas.

CITAS DESTACADAS

"La fortuna no te va a corromper de la manera en que corrompe a los que no están preparados para recibirla. Te va a corromper de la manera más sofisticada, que es dándote razones perfectamente lógicas para cada cosa que hagas."

"No es la riqueza lo que corrompe. Es el tipo de riqueza que solo puede conservarse corrompiendo."

"La lógica es el pecado original. Todo lo demás son sus variaciones."

"Confío en usted lo suficiente para lo que necesito. Que no es lo mismo que confiar sin reservas. Pero que tampoco es poca cosa."

"El oro siempre regresa."

COMPARACIONES LITERARIAS

Oro viejo comparte con El club Dumas y La tabla de Flandes de Arturo Pérez-Reverte la estructura de investigación que va revelando capas de una historia oculta detrás de la historia visible, así como el gusto por los personajes que operan en territorios moralmente ambiguos con plena conciencia de lo que hacen. Con El nombre de la rosa de Umberto Eco comparte el interés por las instituciones que se corrompen al intentar vigilar la corrupción ajena. Con las novelas de Patricia Highsmith comparte la exploración de la psicología de personajes que cruzan límites morales con una racionalidad que hace difícil la condena fácil. El registro elegante y europeo, la densidad histórica y el final deliberadamente incómodo sitúan la novela en la tradición del thriller literario continental.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Es Constanza moralmente responsable de su transformación si en todo momento es consciente de que está ocurriendo? ¿Hay diferencia real entre la generosidad del fondo de reparación y los métodos que Constanza usó para llegar a poder crearlo? ¿Podría Adrien haber elegido de otra manera, dado que fue construido desde joven para ser exactamente lo que era? ¿La carta de François es un acto de honestidad o una forma de transferir la responsabilidad? ¿Qué dice sobre el ciclo el hecho de que Constanza lo vea con claridad y lo elija de todas maneras? ¿Es Laurent el comienzo de una nueva cadena o simplemente un empleado eficiente?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Oro viejo*. México, 2024. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que se encuentran *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado* y *Esto es lo que hicimos de México*, entre otras.

MENSAJE FINAL

Oro viejo es una novela sobre la herencia en el sentido más amplio de la palabra: no solo el dinero y los títulos y las propiedades, sino las maneras de ver el mundo, de justificar las propias decisiones y de relacionarse con el poder que esas decisiones producen. Constanza Belleuve no es una víctima ni una villana. Es alguien que tuvo acceso a toda la información que habría necesitado para elegir de otra manera y que eligió de todas maneras como eligió. Esa es la pregunta que la novela deja abierta al final, con el bolígrafo rojo en el cajón y el espacio en blanco junto a su nombre: no si va a subrayarlo, sino cuándo.

ÍNDICE

Prólogo: La escalera de mármol
Capítulo 1: El peso del oro
Capítulo 2: La heredera del vacío
Capítulo 3: Los hombres del patrimonio
Capítulo 4: La habitación sellada
Capítulo 5: El conde y sus enemigos
Capítulo 6: El libro de las sucesiones
Capítulo 7: Lo que Adrien no ha dicho
Capítulo 8: El primer crimen
Capítulo 9: Los que vigilan desde afuera
Capítulo 10: La carta de François
Capítulo 11: La transformación
Capítulo 12: La sociedad de las sombras
Capítulo 13: El verdadero rostro de Adrien
Capítulo 14: La guerra por el oro viejo
Capítulo 15: La última herencia
Capítulo 16: La decisión de Constanza
Epílogo: El oro siempre regresa

ORO VIEJO

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La escalera de mármol

Palacio Fermont, La Condamine, Mónaco, enero de 1998

La pluma de plata llevaba una hora sin moverse.

Amalee Fermont la sostenía entre los dedos con la misma delicadeza con que había sostenido tantas cosas a lo largo de setenta y cinco años: joyas, cartas de amor, copas de cristal de Bohemia, la mano de un marido que murió hace un cuarto de siglo dejándola sola con más dinero del que ningún ser humano necesita y menos razones para levantarse por las mañanas de las que ella habría imaginado posibles. La pluma era un regalo de Armand. Tenía el peso exacto que debe tener un instrumento de esa clase: ni tan ligero que parezca frívolo, ni tan pesado que recuerde al que escribe la gravedad de lo que está haciendo.

Sobre el escritorio, tres hojas arrugadas formaban una constelación de fracasos. La primera comenzaba con *Mon cher Armand* y no llegaba al segundo párrafo. La segunda tenía cuatro líneas tachadas con tal violencia que la pluma había rasgado el papel en dos lugares. La tercera era apenas una pregunta sin terminar, escrita con una letra que ya no era la letra firme y elegante de otros tiempos sino algo más inseguro y más verdadero: *¿Sabías tú, cuando construiste todo esto, que el precio que—*

Ahí se había detenido. Porque la respuesta, naturalmente, era que sí. Armand lo había sabido. Amalee también lo había sabido, aunque durante décadas había preferido ejercer la forma más refinada de la ignorancia voluntaria: aquella que no niega los hechos sino que simplemente les niega la posibilidad de existir en el mismo espacio mental que la vida cotidiana. Los manjares en la mesa, los vestidos de Worth y Balenciaga, los veranos en Cap d'Antibes y los inviernos en este palacio de La Condamine con sus escaleras de mármol blanco y sus columnas doradas y sus sirvientes que se desplazaban por los corredores con esa fluidez silenciosa que solo se

consigue después de años de práctica: todo eso había sido el decorado perfecto para no pensar en lo que había debajo.

Amalee conocía, en sus rasgos más generales, la naturaleza de lo que había debajo. No los detalles, porque los detalles eran precisamente lo que Armand nunca le había contado y ella nunca le había pedido que contara, en virtud de ese pacto tácito que sostiene a ciertos matrimonios: el pacto de no hacer preguntas cuyas respuestas obligarían a tomar decisiones incómodas. Lo que sabía era suficiente para entender que la fortuna Fermont no había nacido de la inteligencia ni del trabajo ni de la buena fortuna en el sentido inocente de la palabra. Había nacido de algo más antiguo y más oscuro que todo eso, algo que Armand había heredado de su padre y que su padre había heredado de otro antes, y que en cada generación había encontrado la manera de reproducirse con la tenacidad silenciosa de ciertas plantas que crecen en lugares donde nada debería crecer.

Eso lo sabía. Lo que no sabía, o lo que había elegido no saber, era el nombre exacto de ese algo.

Dejó la pluma sobre el escritorio y se recostó en el respaldo del sillón.

Desde la ventana de su dormitorio, en el segundo piso del palacio, podía ver el perfil nocturno de Mónaco extendiéndose hacia el mar. Las luces del Puerto de Hércules parpadeaban con esa suavidad que tienen las ciudades ricas cuando duermen: una suavidad que no es paz sino simplemente la ausencia provisional del ruido. Más allá, el Mediterráneo negro se extendía hasta donde la oscuridad lo permitía ver, que no era muy lejos. Amalee lo miró durante un rato sin pensar en nada concreto, que era una habilidad que había desarrollado en los últimos años con la misma dedicación con que en su juventud había desarrollado otras: la habilidad de vaciar la mente de todo lo que pesaba demasiado y dejar que el tiempo pasara sobre ella como el agua sobre la piedra, sin llevarse gran cosa pero sin dejar gran cosa tampoco.

Hacía cuatro meses que François Belleuve dormía en el ala oeste.

Amalee conocía la historia que el mundo contaba sobre ese hombre. La conocía porque era en parte la historia que ella misma había contribuido a construir desde el momento en que decidió presentarlo en sociedad como su prometido, con la autoridad de quien lleva décadas siendo el centro de cualquier sala que habita. François Belleuve: cuarenta años, estirpe francesa, la prestancia de los que han sido hermosos toda la vida y han aprendido a usarla como un instrumento. Una hija pequeña en París, producto de un matrimonio con una actriz italiana muerta en accidente. Algunos problemas financieros que la fortuna de Amalee resolvería sin dificultad. El tipo de hombre que aparece en la vida de ciertas mujeres ricas en cierta etapa de sus vidas, y cuyas motivaciones nadie ignora pero tampoco nadie nombra en voz alta porque la cortesía europea tiene sus

propias reglas sobre qué cosas merecen ser dichas y cuáles merecen el privilegio del silencio.

Esa era la historia que el mundo contaba. La historia verdadera era considerablemente más compleja, y era la que Amalee se contaba a sí misma en las noches en que el sueño tardaba en llegar.

La historia verdadera era que ella lo había visto primero. Que en el Casino de Montecarlo, la noche en que coincidieron por primera vez, François todavía no había reparado en ella cuando ella ya había reparado en él: la manera en que se movía entre las mesas, la calma en los gestos, la mirada que catalogaba el espacio a su alrededor con una eficiencia que a Amalee le resultó inmediatamente familiar porque era la misma eficiencia con que Armand había catalogado los espacios durante toda su vida, la mirada del hombre que siempre está calculando algo aunque el cálculo no sea visible desde afuera. Había hecho que los presentaran. Había tomado la iniciativa con la naturalidad de quien lleva tanto tiempo en la cima que ha olvidado que la cima intimida.

Y luego había ocurrido algo que no estaba en el guion que ella tenía pensado: François la había decepcionado. No inmediatamente, sino de manera gradual, con la misma gradualidad con que las cosas importantes suelen revelarse. Lo que esperaba era un hombre que quisiera su dinero y que a cambio le ofreciera la ilusión razonablemente sostenida de que todavía era deseable. Lo que encontró fue algo más inquietante: un hombre que quería el dinero, sí, pero que también observaba. Que miraba el palacio con los ojos del tasador y la miraba a ella con los ojos de alguien que está intentando entender una cosa más compleja que el simple valor monetario de lo que tiene delante.

Una tarde de octubre, tres semanas antes de la boda, Amalee lo encontró en la biblioteca. Estaba de pie frente a los estantes, con un libro abierto en las manos, y no la había escuchado entrar. Amalee se detuvo en el umbral y lo observó durante un momento antes de anunciarse. François leía con una concentración que parecía genuina, moviendo apenas los labios, con el ceño ligeramente fruncido de quien encuentra algo que no esperaba encontrar. El libro, Amalee lo vio cuando se acercó, era un tratado de historia económica del Mediterráneo en el siglo XVII. Un libro que llevaba en esa biblioteca desde los tiempos de Armand y que ella nunca había abierto.

—Es una lectura poco habitual para un hombre que dice dedicarse a los negocios modernos —dijo Amalee.

François levantó la vista sin sobresaltarse, como si supiera desde el principio que ella estaba ahí.

—Los negocios modernos tienen raíces antiguas —respondió, cerrando el libro con cuidado—. Entender las raíces ayuda a entender la planta.

—¿Y qué raíces está usted intentando entender?

François la miró con esa expresión suya que nunca terminaba de revelar lo que había detrás.

—Las de esta casa —dijo simplemente.

Amalee no respondió a eso. Tomó el libro de sus manos, lo devolvió al estante y propuso que bajaran a cenar. Pero esa frase se quedó con ella durante semanas, adhiriéndose a los bordes de sus pensamientos con la tenacidad de las cosas que uno preferiría no haber escuchado.

Las de esta casa.

Porque eso era precisamente lo que Amalee no quería que nadie investigara. Y porque un hombre que a las pocas semanas de entrar en esa casa ya estaba leyendo historia económica del siglo XVII en la biblioteca era un hombre que merecía una atención diferente a la que ella había pensado prestarle.

Se casaron en noviembre, con un contrato matrimonial que los abogados de Amalee redactaron con la precisión de quienes han visto suficientes matrimonios tardíos como para saber exactamente dónde poner los límites. François los aceptó sin negociar, con una ecuanimidad que a Amalee le resultó más inquietante que cualquier objeción habría sido. Los hombres que aceptan condiciones desfavorables sin protestar generalmente tienen razones propias para hacerlo.

Las semanas que siguieron a la boda transcurrieron en esa extraña normalidad que tiene la convivencia cuando dos personas inteligentes han decidido tácitamente no decirse todo lo que podrían decirse. François era un marido impecable en todo lo que podía verse: atento, discreto, presente sin ser intrusivo. Cenaban juntos casi todas las noches. Asistían a los eventos sociales que la agenda de la condesa requería. Recibían visitas en el palacio con la facilidad de quienes llevan años haciéndolo juntos, aunque llevaran apenas semanas.

Y sin embargo algo había cambiado en el palacio desde que François llegó. No en los salones ni en las escaleras de mármol blanco. Había cambiado el aire. La manera en que los sirvientes se movían, levemente más cautos, levemente más silenciosos. La manera en que ciertas puertas que antes permanecían abiertas comenzaron a cerrarse con una naturalidad que nadie habría podido señalar como sospechosa. Y había cambiado, sobre todo, la manera en que Amalee se miraba en el espejo antes de acostarse: ya no con la resignación tranquila de la anciana que ha hecho las paces con el tiempo, sino con algo más parecido a la vigilancia.

Esa noche de enero, con la pluma de plata inmóvil sobre el escritorio y las tres hojas arrugadas en el suelo, Amalee había intentado escribirle a Armand porque necesitaba decirle algo que no sabía decirle a nadie vivo. Que había cometido un error. No el error de casarse con un hombre más joven que ella: ese error lo había cometido antes y con menos consecuencias. El error de haber traído a vivir bajo el mismo techo que la

fortuna a alguien que ya estaba buscando sus raíces antes de que le dieran permiso para hacerlo.

Lo que todavía no podía decidir, mientras miraba por la ventana el puerto dormido y el mar negro detrás, era si ese error tenía remedio y cuál podría ser ese remedio.

Se levantó del escritorio pasadas las tres de la madrugada. El corredor estaba oscuro y en silencio. Al fondo, la escalera de mármol descendía hacia el vestíbulo con esa geometría severa que Armand había mandado construir décadas atrás: pasamanos de bronce, peldaños anchos, la perfección fría de las cosas hechas para durar más que las personas que las usan.

El mundo lo llamó un accidente.

Durante veinte años nadie pensó en llamarlo de otra manera.

CAPÍTULO 1

El peso del oro

Palacio Fermont, La Condamine, Mónaco, enero de 1998 — Château de Vaux-le-Vicomte, 2018

El mayordomo se llamaba Henri y llevaba treinta y dos años en el palacio. Cuando encontró el cuerpo de la condesa al pie de la escalera aquella mañana de enero, lo primero que hizo fue subir al segundo piso y llamar con tres golpes discretos a la puerta del ala oeste. Antes de llamar a la policía. Antes de despertar al resto del servicio.

François Belleuve tardó un momento en abrir. Llevaba puesta la ropa del día anterior.

—La condesa —dijo Henri, y se detuvo ahí un instante, como si el resto de la frase necesitara un poco más de distancia antes de poder pronunciarse —. La condesa ha tenido un accidente esta noche, monsieur. En la escalera. Ya no hay nada que hacer.

François lo miró durante dos o tres segundos sin decir nada. Luego asintió con una lentitud que podría haberse interpretado como consternación.

—Llame a la policía —dijo—. Espéreme abajo. Bajo en diez minutos.

Henri inclinó la cabeza y se retiró sin añadir nada más. Tenía la virtud, adquirida en tres décadas de servicio a personas que preferían no ser observadas con demasiada atención, de saber cuándo una conversación había terminado.

François cerró la puerta y se quedó de pie en el centro de la habitación. Por la ventana, el Puerto de Hércules comenzaba a recibir la luz gris del amanecer de enero. Uno de los grandes yates fondeados encendió sus luces de posición en ese momento, un parpadeo rojo y verde sobre el agua quieta, y François lo miró como si ese detalle insignificante contuviera alguna instrucción que todavía no podía descifrar. Pensó en Constanza.

Pensó en que su hija tenía cinco años y dormía en un apartamento del séptimo Distrito al cuidado de una institutriz que era perfectamente competente y perfectamente intercambiable. Pensó que tendría que llamarla. No a Constanza, que no entendería lo que había ocurrido. A la institutriz, para decirle que las cosas habían cambiado y que el depósito bancario mensual continuaría sin interrupción.

Luego pensó en la fortuna. No pudo evitarlo.

Los meses que siguieron tuvieron la textura densa e irreal de los períodos en que la vida cambia de tamaño de manera irreversible. La investigación policial fue breve y sin sobresaltos: una anciana de setenta y cinco años, una escalera de mármol, un accidente doméstico de los que ocurren con cierta frecuencia en las casas grandes habitadas por personas mayores. Los abogados procesaron la herencia con la eficiencia de quienes conocen bien ese tipo de trámites en el Principado. Nadie hizo preguntas que François no pudiera responder con comodidad.

Nadie, excepto Henri.

Henri no hizo ninguna pregunta precisamente porque ya sabía la respuesta, y dos meses después presentó su renuncia con la misma economía verbal con que había comunicado la muerte de la condesa. François lo recibió en el despacho una mañana de marzo con el sol entrando oblicuo por los ventanales y el puerto al fondo, quieto y reluciente.

—Entiendo que desea marcharse —dijo François.

—Llevo treinta y dos años en esta casa —respondió Henri—. Creo que es suficiente tiempo.

—¿Hay algo que lo haya incomodado?

Henri lo miró con una expresión que no era exactamente acusación pero que tampoco era ninguna otra cosa.

—Nada en particular, monsieur. La edad. El cansancio. Son razones suficientes a los sesenta y cuatro años.

François asintió. Le ofreció una suma que Henri aceptó sin negociar, y un documento que Henri firmó sin leerlo con la actitud de quien ya ha decidido que lo que dice ese papel no cambia lo que él sabe ni lo que ha elegido guardar para sí. Cuando salió del despacho, François se quedó mirando la puerta cerrada durante un buen rato. Luego llamó a su abogado para asegurarse de que el documento tuviera toda la solidez legal que necesitaba.

La primera persona que le habló con claridad sobre lo que tenía entre manos fue Messier, el director financiero que Amalee había mantenido durante quince años. Llegó al despacho tres semanas después de la muerte de la condesa con una carpeta bajo el brazo y una expresión de quien viene a decir algo que sabe que no va a ser bien recibido pero que considera su obligación decir de todas maneras.

—El patrimonio Fermont no es simplemente una fortuna, monsieur Belleuve —comenzó, una vez que los dos estuvieron sentados frente a la misma mesa—. Es un organismo con memoria. Con historia. Una historia que se remonta bastante más atrás de lo que cualquier balance contable puede mostrar.

—¿Y esa historia tiene algún problema específico? —preguntó François.

—Tiene asuntos —dijo Messier, eligiendo la palabra con la precisión del hombre acostumbrado a no decir más de lo necesario—. Asuntos que el conde Armand prefirió dejar sin resolver. Que la condesa prefirió no conocer en detalle. Que yo mismo he preferido conocer solo hasta cierto punto, porque en mi experiencia ciertos conocimientos son más útiles como ausencias que como presencias.

François dejó pasar un momento antes de responder.

—¿Me está diciendo que hay cosas que debería saber y que usted no va a decirme?

—Le estoy diciendo que hay cosas que existen —respondió Messier—. Si usted decide seguir la tradición de sus predecesores y no indagar demasiado en ellas, eso es perfectamente comprensible. Si decide lo contrario, hay personas que podrían orientarlo. Aunque no se lo recomiendo.

—¿Por qué no?

Messier recogió su carpeta con la parsimonia de quien ha dicho exactamente lo que vino a decir y no tiene intención de añadir nada más.

—Porque en mi experiencia —dijo, poniéndose de pie—, quienes se adentran demasiado en la historia de ciertos patrimonios terminan encontrando cosas que cambian la manera en que uno se mira al espejo por las mañanas. Y eso tiene un precio que no siempre vale la pena pagar.

François lo despidió esa misma tarde. Messier se marchó con la serenidad de quien ha cumplido una obligación que nadie le agradeció y que tal vez nadie entendió, llevándose consigo décadas de conocimiento que François nunca volvería a tener la oportunidad de recuperar.

Esa noche, solo en el palacio con el viento de enero golpeando los ventanales, François abrió una botella de Château Pétrus que encontró en la bodega y bebió más de lo que tenía por costumbre mientras miraba las luces del puerto. Pensó en las palabras de Messier. Pensó en los asuntos sin nombre. Y pensó en Amalee al pie de la escalera con esa expresión serena que Henri le había descrito antes de marcharse, como si en el último momento hubiera alcanzado a entender algo que llevaba años intentando formular.

Decidió no pensar en eso. Era una decisión que tomaría muchas veces en los años siguientes, con resultados cada vez menos convincentes.

Vendió el palacio dos años después y compró el Château de Vaux-le-Vicomte, y trasladó a Constanza desde París a ese espacio desmesurado

donde una niña de siete años podía perderse entre salones y galerías durante horas. Constanza lo hacía con una regularidad que al principio preocupó a las institutrices y que después dejó de preocupar a nadie, porque la niña siempre aparecía, siempre estaba bien y siempre traía consigo algún objeto encontrado en los rincones olvidados del Château: una llave sin cerradura, un retrato sin firma, una carta a medio escribir en un idioma que no reconocía. Tenía la curiosidad metódica de quien no se conforma con la superficie de las cosas.

François la visitaba cuatro veces al año, a veces cinco. Llegaba con regalos que eran hermosos e impersonales, y durante las cenas hablaba de los mercados, de las inversiones, de las perspectivas del sector joyero en Asia. Constanza escuchaba con una atención que él interpretaba como interés y que en realidad era algo más parecido a la adaptación: la niña había aprendido muy pronto que esas conversaciones eran el territorio en que su padre se movía con comodidad, y que salir de ese territorio producía en él una incomodidad que ninguno de los dos sabía cómo resolver.

Hubo una tarde, cuando Constanza tenía doce años, en que François llegó al Château sin regalo y sin agenda, dispuesto a simplemente estar. Se sentaron los dos en el salón pequeño que daba al parque, con una jarra de limonada entre ellos y el silencio instalado como un tercer personaje que ninguno de los dos sabía cómo desalojar.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó François al cabo de un rato, señalando el libro que Constanza había dejado sobre la mesa.

—Historia —dijo ella—. La Revolución Francesa. Las causas económicas.

François la miró con algo que podría haber sido sorpresa.

—¿Y eso te interesa?

—Me interesa entender por qué las cosas ocurren —respondió Constanza—. No solo que ocurrieron.

François no supo qué decir a eso. Asintió, tomó su copa de limonada y desvió la mirada hacia el parque. Constanza volvió al libro. Estuvieron así casi una hora, en silencio, y cuando François se marchó esa tarde pensó que su hija era una persona que él no conocía del todo y que esa era probablemente su responsabilidad, aunque no sabía exactamente qué hacer con esa conclusión.

Lo que sí sabía hacer, con una competencia que fue creciendo año a año, era gestionar la fortuna. La hizo crecer con métodos que aprendió en parte de los archivos de Armand y en parte de su propia inteligencia financiera. Hubo adquisiciones brillantes y negociaciones que sus abogados describían como agresivas. Hubo también cosas que no eran del todo limpias, aunque nunca tan sucias como para dejar manchas visibles, y François aprendió a distinguir esa frontera con la precisión del experto: la de quien practica tanto que deja de necesitar pensarlo conscientemente.

A los veinte años de la muerte de Amalee, el patrimonio superaba los mil seiscientos millones.

En algún momento de ese proceso comenzó a investigar. No fue una decisión clara sino algo más gradual: una incomodidad creciente alimentada por inconsistencias en los archivos históricos, por frases en documentos viejos que no encajaban con la versión oficial de la historia Fermont, y por el recuerdo persistente de las palabras de Messier. Y por algo más, algo que François rara vez se permitía nombrar: la imagen de Amalee al pie de la escalera, que regresaba con una puntualidad que ninguna decisión de no pensar en ello había conseguido erradicar del todo.

Contrató a un detective privado en Ginebra. Encargó revisiones en archivos notariales de Mónaco y Marsella. Leyó historia económica del sur de Francia durante siglos con la misma atención con que leía los balances de sus corporaciones. Y fue destinando la habitación del ala norte del Château a guardar todo lo que iba encontrando: documentos, fotografías, transcripciones, notas propias escritas de madrugada con una letra cada vez más apretada y más nerviosa.

Lo que encontró no lo sorprendió del todo. Lo que lo perturbó fue la escala. Y lo que lo perturbó aún más fue descubrir que él mismo había replicado exactamente lo que sus predecesores habían hecho: con suficiente distancia como para no tener que llamarlo por su nombre, pero con la misma lógica en el fondo. La lógica de quien ha comprendido que ciertos patrimonios solo se conservan de una determinada manera y ha elegido conservarlos.

Escribió la carta para Constanza en 2012, a las dos de la madrugada, con el árbol genealógico de los Fermont extendido sobre la mesa como un mapa de las consecuencias. La escribió con la honestidad de quien ya no tiene nada que perder siendo honesto. La guardó en el fondo de la tercera caja archivadora y cerró la habitación con llave.

La llave fue a parar al llavero sin etiqueta del cajón izquierdo de su escritorio, junto a otras cuatro que abrían cosas que Constanza encontraría cuando encontrara esa.

François Belleuve murió en octubre de 2018 sin haber vuelto a abrir esa habitación. No porque hubiera olvidado lo que contenía. Sino porque algunas cosas se guardan precisamente para no tener que seguir mirándolas, y porque la capacidad de mirar hacia otro lado, comprendió demasiado tarde, era también parte de lo que había heredado.

Parte de lo que le dejaría a su hija, junto con todo lo demás.

CAPÍTULO 2

La heredera del vacío

Hospital Americano de París, Neuilly-sur-Seine, octubre de 2018

La enfermera que le dio la noticia tenía los ojos castaños y una voz entrenada para no temblar. Le dijo que lo sentía mucho, que habían hecho todo lo posible, que si necesitaba algo no dudara en pedirlo. Constanza asintió tres veces, dijo gracias y caminó hasta los ventanales del pasillo sin saber exactamente cuándo había tomado la decisión de hacerlo. Afuera, el jardín del hospital tenía esa perfección un poco irreal de los jardines que nadie usa: césped cortado con precisión milimétrica, arbustos en formas geométricas, un sendero de grava que conducía hacia ningún lugar importante. Octubre había pintado los árboles de ese ocre particular que tienen los otoños parisinos, entre melancólico y ostentoso, como si la ciudad no pudiera hacer nada sin cierta vocación teatral.

Constanza miró todo eso durante un tiempo que no pudo calcular después.

No lloró. Intentó explorar en su interior si el llanto estaba ahí, contenido por algún mecanismo de defensa que eventualmente cedería, y encontró que no. Había algo, sí, pero no era exactamente dolor. Era más parecido a la sensación física que produce el corte de una cuerda tensa: una vibración que recorre el cuerpo y luego se apaga dejando un silencio que antes no existía. François Belleuve había sido durante veinticinco años el eje alrededor del cual Constanza organizaba su vida, no porque estuviera presente sino precisamente porque no lo estaba. La ausencia de su padre había tenido siempre una forma definida, un peso específico, una temperatura reconocible. Ahora esa ausencia se había vuelto permanente e irrevocable, y Constanza comprendía que eso era lo que estaba procesando: no la pérdida de una presencia sino la transformación de una ausencia conocida en algo sin forma ni nombre.

Lo había visto por última vez tres meses antes, en el Château, durante una de esas cenas que más bien parecían juntas de accionistas aderezadas con un Pomerol excelente. François llegó con un regalo que Constanza no había pedido, una pulsera de esmeraldas que era indudablemente bella e indudablemente impersonal, y durante las tres horas que duraron la cena y la sobremesa habló de los mercados, de las perspectivas del sector joyero en el sudeste asiático, de una inversión en fondos luxemburgueses que consideraba prometedora. Constanza escuchó, hizo las preguntas pertinentes, y cuando François se marchó en su coche hacia París pensó, como pensaba siempre después de esos encuentros, que su padre era un hombre extraordinariamente capaz de gestionar casi cualquier cosa excepto la proximidad.

Aquella última cena tuvo sin embargo un momento distinto. Fue al final de la sobremesa, cuando el vino estaba casi terminado y el silencio entre ellos había adquirido esa temperatura tibia que a veces precede a las confidencias. François había girado la copa entre los dedos durante un momento, mirándola, y luego había dicho algo que Constanza no supo cómo interpretar en ese momento.

—Hay una habitación en el ala norte que deberías conocer algún día —dijo —. Cuando llegue el momento.

—¿Qué habitación? —preguntó Constanza.

—Una que llevo años usando para guardar cosas —respondió François—. Cosas que tienen que ver con esta casa y con todo lo que viene con ella.

Constanza lo miró esperando que continuara. Pero François dejó la copa sobre la mesa, se limpió los labios con la servilleta y dijo que era tarde y que tenía que madrugar. Y eso fue todo. Constanza no volvió a preguntarle porque aprendió hace mucho tiempo que las preguntas directas a su padre producían respuestas indirectas, y que las respuestas indirectas eran su manera de cerrar conversaciones que él mismo había abierto sin estar del todo seguro de querer tenerlas.

Ahora, de pie frente al ventanal del hospital con el jardín otoñal al otro lado del cristal, esa frase regresó con una precisión que las últimas horas no habían podido borrar. *Una habitación en el ala norte. Cosas que tienen que ver con esta casa y con todo lo que viene con ella.* Constanza no sabía todavía qué significaba eso. Pero sabía, con la certeza silenciosa de ciertas intuiciones que no necesitan argumentos, que iba a averiguarlo.

La muerte de François Belleuve atrajo a un París que Constanza desconocía.

El funeral se celebró cuatro días después en el cementerio de Passy, en el decimosexto Distrito, con una sobriedad que el equipo de abogados recomendó y que Constanza aceptó sin discutir porque le parecía igualmente irrelevante que hubiera flores o no las hubiera. Lo que no pudo controlar fue la asistencia: casi doscientas personas que Constanza no sabía que existían o que existían solo como nombres en conversaciones que François nunca tuvo con ella. Banqueros privados de Ginebra y Zúrich con trajes que valían lo que un automóvil de gama media. Aristócratas monegascos y franceses que se reconocían entre sí por algún código de señales imperceptible para el resto. Directivos de corporaciones joyeras con sede en Amberes, Dubái y Hong Kong. Una delegación discreta del Principado de Mónaco encabezada por un funcionario de protocolo que Constanza no supo identificar. Un embajador que nadie le presentó y que se marchó antes de que terminara la ceremonia con la discreción de quien ha cumplido una obligación que preferiría no tener.

Y flores. Flores que cubrían la tumba con una generosidad que tenía algo de obsceno: coronas y ramos de lirios blancos y rosas de invernadero que probablemente habían costado cada una más de lo que ganaría en una semana el jardinero que mantendría esa tumba en los años siguientes.

Constanza estuvo de pie junto a la sepultura con el viento frío de octubre moviéndole el cabello negro, recibiendo condolencias de personas que pronunciaban el nombre de su padre con una familiaridad que a ella le resultaba completamente ajena, y calibrando en silencio las miradas. Porque había miradas, y eran distintas a las miradas de condolencia habituales. No la miraban a ella. Miraban lo que ella representaba. Miraban el número, aunque el número no estuviera escrito en ningún lugar visible. Miraban el Château, las acciones, los fondos, el arte almacenado en

Ginebra en temperatura controlada, las participaciones en empresas que Constanza apenas podía nombrar. La miraban como se mira una puerta cerrada cuya llave acaba de cambiar de manos: con interés, con cálculo, y con esa cortesía que es la forma más refinada de la impaciencia.

Fue en ese momento cuando lo vio por primera vez.

Estaba al fondo del grupo, ligeramente separado de los demás, con el cuello de un abrigo oscuro levantado contra el viento y una expresión que no era exactamente de duelo pero tampoco era la indiferencia estudiada que algunos de los presentes exhibían como si fuera una credencial. Era un hombre de unos cuarenta años, de constitución delgada y rasgos que la distancia hacía difícil precisar, y tenía algo que Constanza notó antes de poder articularlo: no estaba mirando la tumba ni las flores ni los otros asistentes. La estaba mirando a ella. Y cuando sus ojos se encontraron, no apartó la mirada. Fue el único de todos los presentes que no lo hizo.

Constanza desvió la vista hacia el sacerdote que concluía la oración. Cuando volvió a buscar al hombre del abrigo oscuro, había desaparecido entre los demás.

Esa noche, en el Château, los abogados ocuparon el gran salón durante tres horas con sus portafolios y sus carpetas y su vocabulario de patrimonio y activos y estructuras societarias y obligaciones fiscales en múltiples jurisdicciones. Constanza se sentó a la cabecera de la mesa que era de su padre y los escuchó con una atención que sorprendió al socio principal del despacho, un hombre de sesenta años acostumbrado a herederos que delegaban inmediatamente todo lo que podían delegar.

—Si me permite una observación —dijo el socio principal en un momento dado, ajustando los papeles frente a él con la parsimonia de quien elige las palabras con cuidado—, en casos de patrimonios de esta complejidad es habitual que el heredero designe en una primera etapa a un gestor de confianza que pueda intermediar con los distintos equipos. Alguien con conocimiento del sector y con experiencia en estructuras similares.

—¿Usted tiene algún candidato en mente? —preguntó Constanza.

—Tenemos algunas personas que podríamos recomendar, sí.

—Le agradezco la sugerencia —dijo Constanza—. Por el momento prefiero conocer yo misma la estructura antes de incorporar intermediarios. Si en algún momento considero que los necesito, se lo haré saber.

El socio principal asintió con una expresión que contenía una sorpresa que se esforzó en disimular. Tomó nota mental, igual que en el cementerio, de que esta heredera iba a ser diferente a lo que había anticipado.

Cuando todos se fueron, pasada la medianoche, Constanza se sirvió una copa del Pomerol que había quedado sobre el aparador y se sentó en el sillón frente a la chimenea encendida. Encima de la chimenea colgaba el retrato de François que un pintor flamenco había ejecutado diez años antes: su padre con cincuenta años, de pie junto a una ventana, con esa expresión

particular que Constanza había observado toda su vida sin saber nombrarla del todo. Era la expresión de quien sabe algo que los demás no saben, y que ha tomado la decisión de conservar ese saber como una ventaja en lugar de compartirlo como una responsabilidad.

Constanza miró el retrato durante un buen rato, con la copa sin beber en la mano. Luego se levantó, fue hasta el escritorio de su padre y abrió el cajón izquierdo. El llavero sin etiqueta seguía ahí, con sus cinco llaves de distintos tamaños. Lo tomó, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta y subió al primer piso.

El ala norte estaba al fondo de la galería de los espejos. Constanza recorrió el corredor con una de las lámparas portátiles que los empleados usaban durante los cortes de luz, probando llaves en las cerraduras que encontraba. La cuarta llave abrió una puerta al fondo del pasillo norte, una puerta que Constanza había visto docenas de veces sin prestarle mayor atención porque no había ninguna razón visible para hacerlo.

Cuando la abrió y levantó la lámpara, el olor que salió era el de los papeles viejos y algo más difícil de precisar: algo parecido al peso acumulado de las cosas que se guardan precisamente para no tener que seguir pensando en ellas.

Constanza entró. Cerró la puerta detrás de ella.

Esa noche durmió en el Château por primera vez como propietaria. Antes de apagar la luz, con el llavero sobre la mesita de noche y la lámpara todavía tibia, pensó en la frase de su padre aquella última cena. *Cosas que tienen que ver con esta casa y con todo lo que viene con ella.* Había visto lo suficiente en esa habitación como para saber que iba a necesitar tiempo. Mucho tiempo. Y que lo que encontrara al final de ese tiempo iba a cambiar algo, aunque todavía no supiera exactamente qué.

Por la mañana, mientras desayunaba sola en la sala pequeña que daba al parque, recibió una llamada de un número que no reconoció.

—¿Madeimoselle Belleuve? —dijo una voz masculina, tranquila, con un acento difícil de ubicar—. Me llamo Adrien Valmont. Soy consultor en gestión de patrimonio histórico. Conocí a su padre hace algunos años. Si usted lo considera pertinente, me gustaría reunirme con usted para hablar de algunos asuntos relacionados con el conglomerado que acaba de heredar. Entenderé perfectamente si prefiere no hacerlo.

Constanza escuchó todo eso mirando el parque, donde las primeras hojas de octubre cubrían el césped con una delgada capa de color.

—¿Cómo obtuvo mi número? —preguntó.

—Su padre me lo dio hace tiempo —respondió Valmont—. Por si alguna vez llegaba a ser necesario.

Constanza consideró esa respuesta durante un momento.

—¿En París? —dijo finalmente.

—Donde usted prefiera.

—En París entonces. La semana que viene. Le pido que me envíe sus referencias por escrito antes de la reunión.

—Por supuesto —dijo Valmont—. Gracias por recibirme.

Cuando colgó el teléfono, Constanza terminó el desayuno en silencio. Un hombre que su padre había preparado para este momento. Un número entregado con anticipación. Una llamada que llegaba al día siguiente del funeral con la puntualidad de algo que llevaba tiempo esperando el momento adecuado para producirse.

Constanza dejó la taza sobre la mesa y miró el parque un momento más. Luego se levantó y fue a buscar papel y pluma. Tenía varias cosas que anotar antes de que se le olvidaran, y había aprendido desde pequeña, en esa misma casa, que las cosas que se olvidan son siempre las que más importan.

CAPÍTULO 3

Los hombres del patrimonio

Château de Vaux-le-Vicomte y París, noviembre de 2018

El conglomerado que Constanza heredó no era una empresa. Era un organismo vivo con décadas de memoria, ramificaciones en siete países y una jerarquía de lealtades que resultaba imposible de descifrar en las primeras semanas. Los abogados respondían sus preguntas con respuestas que generaban nuevas preguntas. Los administradores le presentaban balances que parecían saludables pero contenían líneas que nadie quería explicar en detalle. Había fondos cuya procedencia se perdía en estructuras societarias tan antiguas que algunos de sus documentos fundacionales estaban redactados en franco belga del siglo XIX, en una letra apretada y sin márgenes que los traductores contratados por el despacho tardaban días en descifrar.

El socio principal se llamaba Maître Delvaux y llevaba veintidós años asesorando a François Belleuve con una discreción que rayaba en el hermetismo. Era un hombre delgado, de unos sesenta y cinco años, con el tipo de compostura que se adquiere después de décadas de sentarse al otro lado de la mesa de personas que tienen mucho que perder y que esperan que su abogado tenga las respuestas antes de que ellos terminen de formular las preguntas. Con Constanza, sin embargo, esa compostura mostraba ocasionalmente una fisura pequeña pero reveladora: la de quien no está del todo seguro de cuánto puede decir y cuánto debe callar.

—Maître Delvaux —dijo Constanza una mañana de noviembre, en el despacho del Château donde había instalado sus reuniones de trabajo—, necesito que me explique la línea 47 del balance consolidado. La que aparece como "reservas históricas no distribuidas".

Delvaux tomó el documento y lo estudió durante un momento más largo del necesario.

—Es una categoría contable que recoge fondos acumulados a lo largo de varias décadas —dijo finalmente—. Su origen es diverso y su documentación está distribuida entre distintos archivos. Para una explicación completa necesitaríamos varias semanas de revisión.

—¿Varias semanas? —repitió Constanza.

—El patrimonio tiene una historia muy extensa, madeimoselle.

—Entonces empiecen esta semana —dijo Constanza—. Y cuando digo explicación completa, quiero decir completa. No la versión que se le da a alguien que no va a preguntar más.

Delvaux asintió con la expresión de quien acaba de entender que los próximos meses van a ser considerablemente más complejos de lo que había anticipado.

Las referencias de Adrien Valmont llegaron por correo electrónico tres días después del funeral, en un documento de cuatro páginas con membrete de una firma de consultoría con sede en Ginebra. Dos universidades europeas, cuatro clientes previos cuyos nombres Constanza verificó con llamadas directas, y un historial de trabajos en gestión de patrimonio histórico que abarcaba familias aristocráticas de Francia, Bélgica e Italia. Todo perfectamente en orden. Todo perfectamente verificable. Lo cual, pensó Constanza mientras leía, era en sí mismo una forma de información: los hombres que tienen algo que ocultar generalmente no presentan referencias tan impecables, a menos que sean muy buenos en lo que hacen.

Se reunieron en París, en un café del séptimo Distrito que Adrien propuso y que Constanza aceptó porque le pareció un lugar deliberadamente neutral, ni demasiado formal ni demasiado íntimo. Él llegó puntual, con un abrigo oscuro y esa expresión que ella había notado en el cementerio: atenta sin ser invasiva, presente sin ser intrusiva. Se sentó, pidió un café solo y esperó a que fuera ella quien empezara.

—Sus referencias están en orden —dijo Constanza.

—Me alegra saberlo.

—Lo que no está en orden es la explicación de cómo supo que yo necesitaba exactamente este tipo de asesoría.

Adrien sostuvo su mirada durante un momento antes de responder.

—Su padre y yo hablamos en varias ocasiones durante los últimos años —dijo—. No con la frecuencia de una colaboración formal, pero sí con la suficiente para que yo conociera la estructura general del patrimonio y algunas de sus particularidades. Cuando supe de su muerte, consideré que usted podría necesitar a alguien que conociera ese terreno sin ser parte de los equipos habituales.

—¿Por qué sin ser parte de los equipos habituales?

—Porque los equipos habituales responden a lealtades que se formaron antes de que usted existiera como heredera —respondió Adrien—. Eso no los hace deshonestos. Los hace complejos.

Constanza lo miró durante un momento. Era una respuesta inteligente. Era también, pensó, una respuesta que explicaba exactamente lo necesario y dejaba fuera exactamente lo que ella todavía no podía verificar.

—¿Qué propone usted exactamente? —preguntó.

—Nada que no pueda rechazar en cualquier momento —dijo Adrien—. Revisar con usted la arquitectura del conglomerado. Identificar las áreas que requieren atención prioritaria. Y señalarle, cuando sea pertinente, las cosas que los abogados no le van a decir porque no es su trabajo decirlas.

—¿Y cuál sería su compensación?

—Una tarifa mensual que le haré llegar por escrito. Sin participaciones, sin porcentajes, sin intereses en las decisiones que usted tome.

Constanza asintió despacio. Había algo en su manera de hablar que resultaba extrañamente familiar, aunque no podía precisar desde dónde. No era el acento ni el vocabulario. Era algo en el ritmo de las frases, en la manera en que dejaba los silencios justo donde hacían más efecto. Como si llevara mucho tiempo practicando la conversación con alguien que ya la conocía.

Decidió no pedirle que se marchara.

Las semanas siguientes fueron densas y reveladoras en proporciones iguales. Adrien llegaba al Château tres veces por semana con documentos que había revisado previamente, y los explicaba con una claridad que ninguno de los abogados había conseguido, no porque estos fueran menos competentes sino porque Adrien tenía algo que ellos no tenían: la voluntad de decir en voz alta lo que los documentos implicaban, no solo lo que decían. Constanza aprendió más sobre la estructura real del patrimonio en esas semanas que en todos los años previos de cenas trimestrales con su padre.

Aprendió también, con la misma gradualidad con que se aprenden las cosas que uno preferiría no tener que aprender, que el conglomerado tenía zonas oscuras. No ilegalidades evidentes: François había sido demasiado cuidadoso para eso. Pero había áreas donde la documentación era sorprendentemente escasa para su antigüedad, donde los registros saltaban de una década a la siguiente con lagunas que nadie había llenado, donde los nombres de ciertas contrapartes en transacciones antiguas no aparecían en ningún otro registro público. Cada vez que señalaba una de estas zonas, Delvaux respondía con variaciones de la misma frase: que eso correspondía a operaciones de otra época, que los estándares documentales eran distintos entonces, que no había nada que sugiriera irregularidades desde el punto de vista legal.

Adrien, cuando Constanza le consultaba lo mismo, respondía de manera diferente.

—¿Qué le dice el instinto? —le preguntó una tarde, mientras revisaban juntos un expediente de 1987.

—Que alguien limpió esto —dijo Constanza.

—¿Y qué haría usted con esa conclusión?

—Seguir buscando hasta encontrar lo que limpiaron.

Adrien asintió sin añadir nada más. Pero había algo en ese asentimiento, una tensión apenas perceptible en la mandíbula, que Constanza anotó mentalmente sin saber todavía qué hacer con esa anotación.

El viaje a Mónaco fue idea de Adrien. Había una oficina notarial en La Condamine que custodiaba los documentos históricos de la familia Fermont desde los tiempos del conde Armand, y Adrien consideraba que una revisión directa de esos archivos podía arrojar luz sobre algunas de las lagunas que habían identificado. Constanza estuvo de acuerdo. Viajaron a principios de noviembre, con el Mediterráneo ya gris y el Principado despojado del glamour estival que lo hace irreconocible para quien solo lo conoce en verano.

La oficina notarial estaba en un edificio de la Belle Époque a dos calles del puerto, con techos altos y estantes de madera oscura que llegaban hasta ellos. El notario que los recibió se llamaba maître Fontaine y tenía más de ochenta años: manos temblorosas, una mirada que parecía llevar décadas mirando cosas que preferiría no haber visto, y la cortesía algo rígida de quien ha aprendido a tratar con personas poderosas sin dejar de recordar que el poder cambia de manos con una frecuencia que no siempre resulta conveniente ignorar.

Los condujo hasta una sala de archivos en el segundo piso y les señaló las secciones correspondientes a la familia Fermont. Constanza comenzó a revisar metódicamente mientras Adrien tomaba notas. Fue ella quien encontró la anomalía, en la tercera hora de trabajo.

—Maître Fontaine —dijo, llamando al notario que esperaba en el corredor—, esta carpeta debería contener la correspondencia de Armand Fermont entre 1985 y 1990. Está registrada en el inventario con doscientos cuarenta y tres documentos. Pero está vacía.

El anciano se acercó, tomó la carpeta con sus manos temblorosas y la examinó durante un momento. Su expresión no cambió de manera significativa, lo cual era en sí mismo una respuesta.

—No sabría decirle cuándo ocurrió eso —dijo finalmente.

—¿Hay algún registro de quién tuvo acceso a estos archivos en los últimos años? —preguntó Constanza.

—El acceso a los archivos Fermont ha sido restringido desde hace tiempo —dijo Fontaine—. Solo personas con autorización expresa del titular del patrimonio podían consultarlos.

—¿Y quién tenía esa autorización?

El anciano la miró durante un momento que duró algo más de lo esperado.

—Monsieur Belleuve, naturalmente —dijo—. Y algunas personas designadas por él.

Constanza miró a Adrien. Adrien miraba los estantes.

Esa noche, de regreso en el hotel, Constanza recibió una llamada de la asistente de maître Fontaine. Le comunicó, con una voz que intentaba mantenerse firme, que el notario había sufrido un infarto al llegar a su apartamento de La Condamine. Que estaba en el hospital. Que antes de perder el conocimiento había dicho algo que la asistente no terminaba de entender pero que sentía que debía transmitir.

—¿Qué dijo? —preguntó Constanza.

La asistente tardó un momento en responder, como si necesitara el tiempo para estar segura de que recordaba bien las palabras exactas.

—Dijo: *La fortuna siempre cobra su precio.*

Constanza permaneció en silencio durante unos segundos. Luego agradeció la llamada, colgó y fue a buscar a Adrien, que estaba en el bar del hotel con un whisky sin tocar frente a él y la mirada puesta en ningún lugar concreto.

Le contó lo del infarto. Le repitió la frase.

Adrien no respondió de inmediato. Se quedó en silencio durante un tiempo que era claramente más largo del que la situación requería, con los dedos alrededor del vaso y una expresión que Constanza no supo leer con precisión porque era la primera vez que lo veía con esa expresión.

—Los viejos notarios monegascos —dijo finalmente, con una calma que sonaba demasiado construida— son dados a las frases dramáticas. Es casi un requisito del oficio.

Constanza lo miró durante un momento.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—Por ahora —dijo Adrien—, sí.

Constanza asintió despacio. Se levantó, dijo buenas noches y volvió a su habitación. Maître Fontaine murió tres días después sin haber recuperado el conocimiento. Los documentos de la carpeta vacía no aparecieron. Y el silencio de Adrien aquella noche en el bar, ese silencio de casi quince segundos antes de responder, quedó grabado en la memoria de Constanza con la precisión de las cosas que uno anota sin saber todavía para qué las va a necesitar.

Era la primera vez que lo veía vacilar. No sería la última.

De regreso en el Château, dos días después, Constanza abrió un cuaderno nuevo y comenzó a escribir. No era un diario. Era un registro: nombres, fechas, preguntas sin respuesta, silencios que merecían ser documentados. El nombre de maître Fontaine encabezaba la primera página, seguido de la carpeta vacía, seguido de los doscientos cuarenta y tres documentos que debían estar ahí y no estaban. Debajo escribió el nombre de Adrien Valmont y al lado, entre paréntesis, una sola palabra: *quince.* El número de segundos que había tardado en responder una pregunta que no debería haberle costado tanto.

Guardó el cuaderno en el cajón del escritorio, debajo de los papeles de trabajo. Era un lugar perfectamente visible y por tanto perfectamente seguro: nadie busca las cosas importantes donde cualquiera podría encontrarlas.

Esa noche, antes de dormir, pensó en la frase del notario. *La fortuna siempre cobra su precio.* No era una frase original. Era casi un lugar común. Pero dicha por un hombre de ochenta años en el momento en que perdía el conocimiento, después de haber visto una carpeta vacía donde debería haber doscientos cuarenta y tres documentos, adquiría una resonancia diferente. La resonancia de las cosas que se dicen no porque sean nuevas sino porque son verdaderas, y porque a veces hace falta estar al borde de algo irreversible para atreverse a decirlas en voz alta.

Constanza apagó la luz y miró el techo oscuro durante un rato. En el ala norte del Château, la habitación sellada esperaba con su olor a papel viejo y sus cajas llenas de cosas que su padre había guardado durante años sin terminar de decidir qué hacer con ellas. Mañana volvería ahí. Tenía la sensación, cada vez más concreta, de que las respuestas a las preguntas que estaba acumulando no iban a venir de los abogados ni de los administradores ni siquiera de Adrien Valmont con su conocimiento impecable y sus silencios de quince segundos.

Iban a venir de esa habitación. De las cosas que François había decidido guardar en lugar de destruir, que era la decisión más honesta que había tomado en mucho tiempo y que su hija, aunque él no pudiera saberlo ya, le agradecería de una manera que ninguno de los dos habría sabido anticipar.

CAPÍTULO 4

La habitación sellada

Château de Vaux-le-Vicomte, diciembre de 2018

Había una zona del Château que los empleados evitaban sin que nadie hubiera dado instrucciones explícitas de hacerlo. Constanza lo descubrió por acumulación de detalles, que era la manera en que descubría casi todo: la forma en que el mayordomo desviaba levemente la mirada cuando pasaban frente a la galería norte, la ausencia de flores frescas en ese corredor mientras el resto de la casa recibía su reposición semanal

puntualmente, el polvo que se acumulaba sobre la puerta del fondo con una naturalidad que solo se consigue con años de abandono consentido. No era descuido. Era una distancia aprendida, el tipo de distancia que los sirvientes desarrollan cuando sirven durante mucho tiempo a un patrón que tiene habitaciones en las que no quiere que nadie entre.

Constanza ya había abierto esa puerta la noche del funeral, con el cuarto llavero del juego sin etiqueta y la lámpara portátil temblando levemente en su mano. Había entrado, había visto lo suficiente para saber que lo que contenía esa habitación iba a requerir tiempo y atención, y había cerrado la puerta y vuelto a su dormitorio. Desde entonces había regresado cada dos o tres días, siempre sola, siempre por la mañana temprano cuando los empleados todavía estaban ocupados en la cocina y Adrien no llegaba hasta las diez.

La habitación era mediana, sin ventanas, con una mesa de trabajo en el centro y tres paredes cubiertas de estantes. Sobre la mesa, documentos ordenados con una meticulosidad que contrastaba violentamente con el abandono del espacio: como si alguien hubiera pasado años trabajando ahí con una concentración absoluta y luego hubiera cerrado la puerta y decidido no volver. En la pared del fondo, sujeto con cuatro chinchetas, un árbol genealógico manuscrito que se extendía desde el siglo XVII hasta el presente y en el que algunos nombres aparecían subrayados en tinta roja con una letra apretada y nerviosa que Constanza reconocía como la de su padre. En los estantes, tres cajas archivadoras etiquetadas con fechas: 1998-2005, 2006-2012, 2013-2018. Y encima de las cajas, sin etiquetar, un álbum de fotografías de tapa negra que Constanza había dejado para el final porque algo en su intuición le decía que era lo más difícil de lo que había en esa habitación.

Esa mañana de diciembre, con el parque cubierto de escarcha y la luz entrando oblicua y fría por las ventanas del corredor, Constanza decidió que ya había postergado suficiente el álbum.

Las fotografías eran de Amalee Fermont. Docenas de ellas, abarcando distintas épocas: Amalee joven, en alguna terraza mediterránea con un vestido de los años sesenta y una copa en la mano; Amalee en la madurez, en lo que parecía ser el palacio de La Condamine, posando junto a un hombre de aspecto severo que debía ser Armand; Amalee anciana, en varios contextos distintos, con esa manera de sostener el cuerpo que tienen las personas que fueron muy bellas y que nunca terminan del todo de olvidarlo. Había también fotografías del palacio: los salones, la biblioteca, la escalera de mármol tomada desde arriba, desde abajo, desde el costado, con una insistencia que no era estética sino documental. Como si alguien hubiera necesitado registrar esa escalera desde todos los ángulos posibles.

Constanza cerró el álbum y lo dejó sobre la mesa.

Tomó la primera caja archivadora, la del período 1998-2005, y comenzó a revisar su contenido con la meticulosidad que había aprendido en sus años

de estudiante de historia del arte en Florencia: primero una revisión general para entender la estructura, luego una lectura más detenida de lo que parecía relevante. Lo que encontró en las primeras horas de lectura fue suficiente para que se olvidara de la hora del almuerzo y de la llamada que tenía pendiente con Delvaux.

François había investigado la historia de la fortuna Fermont durante años. Los documentos lo probaban página a página: recortes de prensa de distintas décadas, fotocopias de actas notariales que se remontaban al siglo XIX, transcripciones de conversaciones que alguien había registrado sin identificar a los interlocutores, informes de un detective privado con sede en Ginebra cuyos honorarios aparecían en algunos estados de cuenta como "servicios de consultoría histórica". El objeto de la investigación no era Amalee en sí misma, sino la historia del patrimonio que ella había heredado de Armand, que Armand había heredado de su padre, que ese padre había recibido de otro antes. La cadena se extendía hacia atrás con una regularidad que François había subrayado en varias partes de sus notas con una sola palabra escrita en mayúsculas: *PATRÓN.*

Lo que el patrón mostraba no era sobrenatural ni misterioso. Era algo más sencillo y por tanto más perturbador: en cada generación de propietarios de la fortuna Fermont, alguien había muerto antes de tiempo, o había sido arruinado de manera que nunca pudo explicarse del todo, o había tomado decisiones que en el momento parecían racionales y que vistas desde afuera tenían la forma inconfundible de la autodestrucción. No como el resultado de una maldición. Como el resultado de decisiones tomadas por personas que el dinero había convertido en algo distinto a lo que eran antes de tenerlo.

Constanza pasó tres días en esa habitación, saliendo solo para dormir y para las reuniones que no podía cancelar sin levantar sospechas. Adrien le preguntó una mañana dónde pasaba las horas que no estaba con él.

—Revisando papeles —dijo Constanza.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que se revisa cuando se hereda un patrimonio —respondió ella—. Documentación histórica. Archivos de mi padre. Cosas que requieren tiempo.

Adrien la miró durante un momento con esa expresión suya que nunca terminaba de revelar lo que había detrás.

—¿Necesita ayuda con eso?

—Cuando la necesite se la pediré —dijo Constanza.

Y eso fue todo. Adrien no insistió. Pero esa tarde, cuando Constanza regresó a la habitación después de que él se marchara, revisó con atención si algo había sido movido o tocado. Todo estaba exactamente como lo había dejado. Lo cual no era necesariamente una prueba de que nadie hubiera

entrado, sino simplemente de que si alguien lo había hecho, era alguien que sabía no dejar rastros.

Anotó esa posibilidad en su cuaderno sin concluir nada al respecto. Todavía no era el momento de concluir.

La segunda caja, la del período 2006-2012, contenía los materiales más densos de la investigación de François: el trabajo del detective de Ginebra, que había rastreado la historia de varias familias vinculadas al patrimonio Fermont a lo largo de generaciones con una minuciosidad que debía haber costado una fortuna. Los informes eran fríos y metódicos, redactados en el lenguaje sin adornos de quien cobra por los hechos y no por las interpretaciones. Pero los hechos que contenían eran suficientemente elocuentes por sí mismos: una familia de comerciantes marselleses que en 1887 había entrado en sociedad con los Fermont y que diez años después había desaparecido de los registros comerciales sin dejar rastro de lo que le había ocurrido a su patrimonio. Un abogado que en 1923 había iniciado una demanda contra el conde Fermont de esa época y que tres meses después había retirado la demanda y emigrado a Argentina. Un banco familiar que en 1956 había financiado una operación de los Fermont y que en 1958 había quebrado en circunstancias que el regulador de la época calificó de "atípicas" sin especificar más.

Cada uno de estos episodios, tomado de manera aislada, podía explicarse de maneras distintas. Tomados en conjunto, con la perspectiva de un siglo de historia, formaban algo que François había subrayado en sus notas con la misma palabra de siempre, pero esta vez seguida de un signo de interrogación y de una frase adicional en letra más pequeña: *¿O simplemente así es como se conserva cierto tipo de riqueza?*

Constanza leyó esa frase tres veces. Luego sacó su cuaderno y la copió textualmente, con las comillas y el signo de interrogación y todo. Era la pregunta más honesta que había encontrado en esa habitación. Era también, comprendió, la pregunta que su padre había sido incapaz de responder en vida, o que había respondido de una manera con la que no podía vivir del todo cómodamente, y por eso la había guardado en una habitación sellada en lugar de quemarla.

Al cuarto día salió de la habitación con los ojos irritados y la certeza de que había mucho más por encontrar en la tercera caja, la del período 2013-2018, que todavía no había abierto. Pero también salió con algo que no había tenido antes: una imagen completa, aunque todavía con muchos espacios en blanco, de la clase de historia que estaba habitando. No era la historia de una fortuna con orígenes turbios que el tiempo había lavado hasta hacerlos presentables. Era la historia de una fortuna que nunca había dejado de ser lo que era en su origen, y cuyos propietarios sucesivos habían elegido, cada uno a su manera, vivir con eso o no vivir con eso, que en la práctica resultaba ser la misma cosa.

Esa tarde, cuando Adrien llegó para su reunión habitual, Constanza lo recibió en el salón con café y con la misma expresión de siempre. Hablaron de los balances, de una discrepancia en los fondos luxemburgueses que Delvaux había prometido aclarar para la semana siguiente, de un administrador en Hong Kong que estaba dando señales de querer renegociar su contrato.

En ningún momento mencionó la habitación. En ningún momento mencionó el árbol genealógico con los nombres en rojo, ni el detective de Ginebra, ni la pregunta que su padre había escrito en letra pequeña y que ella llevaba cuatro días cargando como si tuviera peso físico.

Adrien se marchó a las siete. Constanza volvió a la habitación sellada, abrió la tercera caja y comenzó a leer.

Algo en su manera de moverse por el Château había cambiado esos días. Todavía no sabía exactamente cómo llamarlo. Pero era real, y los empleados que llevaban más tiempo en la casa lo percibían sin poder articularlo, de la misma manera en que se percibe un cambio de temperatura antes de que el termómetro lo confirme.

Lo percibía sobre todo Marguerite, la gobernanta que llevaba doce años en el Château y que tenía esa capacidad que desarrollan ciertas personas mayores de leer el estado de ánimo de una casa a través de detalles que nadie más registra: la hora a la que se apagaban las luces del ala norte, la manera en que Constanza sostenía la taza del desayuno, la ausencia de conversación durante las comidas que antes, con François, nunca habían sido silenciosas del todo aunque tampoco hubieran sido exactamente animadas.

Una mañana, mientras le servía el café, Marguerite se permitió una pregunta que en doce años de servicio nunca había hecho a ningún miembro de la familia.

—¿Está usted bien, madeimoselle?

Constanza levantó la vista de los papeles que estaba leyendo.

—Perfectamente —dijo—. ¿Por qué lo pregunta?

Marguerite vaciló un instante.

—Porque lleva varios días sin dormir bien. Se le nota en los ojos.

Constanza la miró durante un momento. Luego asintió con algo que no era exactamente una sonrisa pero que tampoco era su expresión habitual de los últimos días.

—Estoy leyendo cosas que requieren atención —dijo—. Ya pasará.

Marguerite asintió y se retiró sin añadir nada más. Pero esa tarde, cuando fue a dejar flores frescas en la galería norte por primera vez en años, las dejó también frente a la puerta del fondo, en un gesto pequeño y completamente gratuito que nadie le había pedido y que ella misma no habría sabido explicar del todo si alguien se lo hubiera preguntado.

Constanza terminó la tercera caja tres días después. La última sección contenía las notas más recientes de François, las de los años 2016 y 2017, escritas con una letra que había ido haciéndose más irregular y más urgente conforme avanzaban las páginas, como si el tiempo que le quedaba para escribir fuera siendo cada vez más escaso y él lo supiera. En esas notas su padre no investigaba ya. Reflexionaba. Y lo que la reflexión producía era, en las palabras de un hombre de sesenta años que había dedicado dos décadas a construir lo que tenía, algo parecido al horror diferido: el horror de quien entiende tarde lo que hizo y comprende también que entenderlo tarde no cambia nada de lo que hizo.

Había una página, la penúltima del último cuaderno, que Constanza leyó cuatro veces. Su padre había escrito: *He replicado exactamente lo que ellos hicieron. Con mejores instrumentos, con más distancia, con el lenguaje correcto. Pero con la misma lógica. Y la lógica es lo único que importa cuando se trata de juzgar estas cosas, porque los instrumentos cambian y el lenguaje cambia y la distancia cambia, pero la lógica permanece. La lógica es el pecado original. Todo lo demás son sus variaciones.*

Constanza cerró el cuaderno, lo devolvió a la caja y apagó la lámpara de la habitación.

Salió al corredor. Las flores que Marguerite había dejado esa tarde frente a la puerta todavía conservaban algo de frescura. Constanza las miró un momento sin tocarlas. Luego bajó al gran salón, se sirvió una copa del Pomerol que quedaba de la noche del funeral y se sentó frente al retrato de su padre.

Lo miró durante un buen rato.

—¿Por qué no la quemaste? —le preguntó en voz baja al retrato, en el silencio del Château.

El retrato no respondió. Pero Constanza, mientras formulaba la pregunta, ya sabía la respuesta: porque François había guardado todo eso precisamente para que ella lo encontrara. Porque guardar era su manera de confesar. Y porque hay confesiones que no pueden hacerse en vida y que por eso se dejan en habitaciones selladas, esperando al único destinatario posible.

Constanza terminó la copa, dejó el vaso sobre la mesa y subió a dormir. Mañana llamaría a Delvaux. Mañana recibiría a Adrien. Mañana seguiría haciendo todo lo que había que hacer con la cara correcta y las preguntas correctas y la distancia correcta.

Pero esta noche sabía algo que no sabía hace una semana. Y ese saber, aunque todavía no tuviera la forma completa de una conclusión, había cambiado algo en la arquitectura de lo que era capaz de justificar. Todavía no sabía si ese cambio era una pérdida o el comienzo de otra cosa.

CAPÍTULO 5

El conde y sus enemigos

Mónaco y Niza, enero de 2019

La historia oficial de Armand Fermont era la de un aristócrata ilustrado, mecenas de las artes y hombre de negocios brillante que había construido una fortuna considerable a partir de un patrimonio familiar modesto, gracias a su inteligencia y a su capacidad para anticipar los movimientos de los mercados europeos en las décadas de la posguerra. Esa historia aparecía en tres biografías autorizadas, en docenas de artículos de la prensa monegasca y francesa, y en el discurso de inauguración de la sala que llevaba su nombre en el Museo Oceanográfico de Mónaco, donde un retrato al óleo del conde —serio, elegante, con la mirada de quien ha llegado donde quería llegar y no tiene intención de moverse— presidía la entrada con la permanencia silenciosa de los hombres que saben construir su propia leyenda antes de morir.

La historia real de Armand Fermont era considerablemente más compleja. Y Constanza la fue construyendo a lo largo de enero con la paciencia metódica que había aprendido en Florencia, viajando entre Mónaco, Niza y Marsella para hablar con personas mayores que lo habían conocido en distintas épocas de su vida.

El primero fue un antiguo socio de negocios que vivía retirado en una villa de las afueras de Niza y que al principio se negó a recibirla. Constanza le envió una carta. Luego otra. En la tercera mencionó que era nieta política de Armand por vía de su padre François, y que no venía a defender la memoria del conde sino a entenderla. El hombre la recibió una semana después, en un salón con las persianas medio cerradas y un perro viejo dormido junto a la chimenea, con la actitud cautelosa de quien lleva décadas guardando cosas que es mejor no decir en voz alta y que en algún momento de la vejez empieza a cansarse de guardar.

Se llamaba Édouard Martel y había conocido a Armand Fermont en 1958, cuando ambos eran jóvenes y el Principado todavía tenía la escala íntima de las ciudades pequeñas donde todo el mundo se conoce y nadie puede fingir durante demasiado tiempo ser lo que no es.

—Era un hombre inteligente —dijo Martel, con esa objetividad que a veces tienen los viejos rencores cuando han tenido suficiente tiempo para enfriarse—. Extraordinariamente inteligente. Y esa inteligencia tenía una cualidad particular: nunca la usaba para crear. Solo para aprovechar.

—¿Aprovechar qué? —preguntó Constanza.

—Las debilidades de los demás. Las circunstancias. Los momentos en que alguien necesitaba algo con urgencia y no tenía alternativas. Armand tenía un instinto extraordinario para identificar esos momentos. Y una paciencia igual de extraordinaria para esperarlos.

Constanza tomó notas sin interrumpirlo. Martel contó la historia de una sociedad que él y Armand habían formado en 1961 para la importación de piedras preciosas desde África del sur: una sociedad que en el papel era igualitaria y que en la práctica, Martel comprendió demasiado tarde, estaba

diseñada desde el principio para que en el momento en que las cosas fueran bien, los beneficios fluyeran hacia Armand, y para que en el momento en que las cosas fueran mal, las pérdidas recayeran sobre él. Cuando Martel intentó renegociar los términos en 1967, Armand le mostró con una cortesía impecable los contratos que él mismo había firmado sin leerlos con suficiente atención. No hubo gritos ni amenazas. Solo el contrato, el silencio de Armand y la comprensión de Martel de que había sido superado por alguien que llevaba años siendo más cuidadoso que él.

—¿Intentó usted alguna vez recurrir a los tribunales? —preguntó Constanza.

Martel la miró con una expresión que contenía algo entre la ironía y la tristeza.

—Lo intenté —dijo—. Durante tres meses. Luego mi abogado me llamó una mañana para decirme que retiraba el caso. No me explicó por qué. Nunca lo supe con certeza. Pero dos semanas después ese abogado abrió un despacho nuevo en un edificio de La Condamine que pertenecía a una sociedad vinculada a los Fermont.

Constanza anotó eso. Luego preguntó si Martel sabía de otras personas que hubieran tenido experiencias similares con Armand.

Martel guardó silencio durante un momento, mirando el perro dormido junto a la chimenea.

—Hay una mujer en Marsella —dijo finalmente—. Se llama Simone Aubert. Tiene ochenta y dos años y una memoria perfecta. Su familia perdió una empresa de joyería en los años sesenta en circunstancias que nunca quedaron del todo claras. No sé si querrá hablar con usted. Pero si lo hace, escúchela con atención. Simone siempre ha sabido más de lo que dice.

Simone Aubert vivía en un apartamento del Vieux-Port de Marsella con vistas al puerto viejo y una colección de fotografías familiares que cubría una pared entera del salón. Era una mujer pequeña y muy erguida, con el pelo completamente blanco y unos ojos oscuros que miraban con una precisión que los años no habían atenuado en absoluto. Cuando Constanza se presentó y explicó el motivo de su visita, Simone la estudió durante un momento largo antes de responder.

—Su padre estuvo aquí hace algunos años —dijo—. Me hizo preguntas parecidas.

Constanza no esperaba eso.

—¿François vino a verla?

—Sí. Dos veces. Era un hombre que cargaba con algo pesado. Se le notaba en los ojos.

—¿Y qué le contó usted?

—Lo mismo que voy a contarle a usted —dijo Simone—. Porque si su padre no hizo nada con lo que le dije, tal vez usted sí pueda.

La historia que Simone Aubert contó era la de su padre, Gustave Aubert, que había fundado en 1934 una pequeña empresa de joyería en Marsella que con los años se había convertido en un negocio respetable con clientes en toda la costa mediterránea. En 1963, Armand Fermont había propuesto una asociación que Gustave, después de dudarlo durante semanas, había aceptado porque los términos parecían razonables y porque la reputación de los Fermont en el sector era impecable en la superficie. Durante cuatro años la asociación funcionó bien, o al menos eso parecía desde afuera. En 1967, Armand ejerció una cláusula contractual que Gustave no recordaba haber negociado y que sus abogados no supieron explicar satisfactoriamente, y en el plazo de seis meses la empresa familiar había pasado a ser propiedad mayoritaria de una sociedad instrumental vinculada al patrimonio Fermont.

—Mi padre murió en 1971 —dijo Simone, con la calma de quien ha contado esta historia suficientes veces como para haberle extraído ya todo el veneno posible—. El médico dijo que fue el corazón. Yo siempre pensé que fue otra cosa. Que hay cosas que el corazón no puede sostener durante demasiado tiempo sin romperse, y que lo que le rompió el corazón a mi padre no fue una enfermedad sino la comprensión de que había pasado treinta años construyendo algo que en el fondo nunca fue suyo del todo, porque alguien más inteligente y menos escrupuloso había estado esperando el momento de tomarlo.

Constanza escuchó todo esto sin interrumpir. Cuando Simone terminó, le preguntó si conservaba alguna documentación de esa época.

Simone sonrió por primera vez desde que habían comenzado a hablar.

—Claro que la conservo —dijo—. Nunca tiré nada. Mi padre tampoco.

Le entregó una caja de cartón que Constanza abrió ahí mismo, en el salón con vistas al puerto viejo. Contenía contratos, correspondencia, estados de cuenta y, al fondo, un sobre cerrado con una carta que Gustave Aubert había escrito en 1969 y que nunca había enviado, dirigida a un juez de instrucción de Marsella, describiendo con detalle lo que consideraba un fraude sistemático y premeditado. La carta nunca llegó a su destino porque Gustave había muerto antes de decidirse a enviarla.

—¿Puedo llevarme copias de estos documentos? —preguntó Constanza.

—Puede llevarse los originales —dijo Simone—. Llevo cincuenta años guardándolos para alguien que supiera qué hacer con ellos. Si usted es esa persona, me parece bien. Y si no lo es, al menos habrán salido de este cajón.

Constanza regresó al Château con la caja de Simone Aubert y con dos cuadernos llenos de notas de las conversaciones de ese mes. Esa noche, antes de dormir, añadió varias páginas al registro que llevaba desde noviembre. Los nombres se acumulaban: Martel, Aubert, el abogado de Niza que había retirado una demanda sin explicación, el regulador que en 1958 había calificado una quiebra de atípica sin especificar más. Eran episodios

dispersos en el tiempo, protagonizados por personas que nunca se habían conocido entre sí y que tenían en común una sola cosa: en algún momento de sus vidas habían tenido algo que los Fermont querían, y en algún momento posterior habían dejado de tenerlo.

Lo que Constanza todavía no podía determinar era si Armand había actuado solo o si había algo más detrás de él. Los archivos de su padre sugerían lo segundo. Las notas del detective de Ginebra apuntaban en esa dirección. Pero la evidencia era todavía fragmentaria, un mosaico con demasiadas piezas faltantes como para ver la imagen completa.

Adrien, cuando Constanza le mencionó las visitas a Martel y a Simone Aubert en términos generales, sin entrar en detalles, escuchó con una atención que era difícil de interpretar.

—Son fuentes interesantes —dijo—. Aunque hay que tener en cuenta que los testimonios de personas que perdieron algo tienden a construir narrativas que no siempre corresponden exactamente a lo que ocurrió.

—¿Está usted sugiriendo que mienten?

—Estoy sugiriendo que la memoria selecciona —respondió Adrien—. Especialmente cuando lo que recuerda es una pérdida.

Constanza lo miró.

—La carta que Gustave Aubert escribió en 1969 no es memoria —dijo—. Es un documento redactado en el momento en que ocurrían los hechos, por alguien que tenía todos los elementos sobre la mesa.

Adrien no respondió a eso de inmediato. Tomó su café, lo dejó sobre la mesa y miró por la ventana del salón hacia el parque cubierto de nieve de enero. Cuando habló, lo hizo con una calma que Constanza ya había aprendido a reconocer como una forma de ganar tiempo.

—¿Puedo ver esa carta?

—Todavía no —dijo Constanza.

Y cambió de tema con la naturalidad de quien ha terminado de decir lo que quería decir y no necesita añadir nada más. Adrien lo dejó pasar. Pero esa tarde, cuando se marchó, Constanza abrió su cuaderno y escribió una línea debajo de las que ya había escrito sobre él: *Sabe más de Armand de lo que ha dicho. La pregunta es cuánto más.*

Había algo más que Constanza no anotó en el cuaderno porque todavía no sabía cómo formularlo con precisión: la sensación, cada vez más difícil de ignorar, de que Adrien no solo sabía más de Armand de lo que había dicho. Sabía también más de ella de lo que correspondía a alguien que llevaba apenas tres meses en su vida. Lo sabía de maneras pequeñas y concretas: el café que le traía exactamente como le gustaba sin habérselo preguntado, la manera en que anticipaba sus objeciones en las reuniones de trabajo con una precisión que iba más allá de la inteligencia o la experiencia profesional, la elección de los temas que evitaba con la misma exactitud con que elegía los que abordaba.

Todo eso podía explicarse. Un hombre observador, atento, profesionalmente hábil. Pero Constanza llevaba semanas viviendo con la sospecha de que la explicación correcta era otra, y que esa otra explicación tenía menos que ver con las cualidades personales de Adrien Valmont que con el tiempo que llevaba preparándose para estar exactamente adonde estaba.

François le había dado su número de teléfono. *Por si alguna vez llegaba a ser necesario.* Esa frase, que al principio le había parecido simplemente la previsión de un hombre que conocía la fragilidad de las cosas, había ido adquiriendo con el tiempo una resonancia diferente. ¿Cuándo se lo había dado? ¿En qué circunstancias? ¿Qué había entre su padre y ese hombre que justificaba esa clase de preparación anticipada?

Las respuestas a esas preguntas no estaban en los archivos de la habitación sellada, al menos no en las tres cajas que había revisado. Podían estar en otros lugares. En los documentos que habían desaparecido del archivo notarial de Mónaco. En las conversaciones que Simone Aubert recordaba pero no había mencionado. O en algún lugar que Constanza todavía no había pensado en buscar.

Lo que sí sabía, con la certeza acumulada de tres meses de lectura y de conversaciones y de silencios anotados en un cuaderno, era que la historia de la fortuna Fermont no era solo la historia de una familia. Era la historia de un sistema. Un sistema que había funcionado durante siglos con la eficiencia silenciosa de las cosas que nadie examina porque nadie tiene suficiente distancia para verlas completas.

Y que ella, por primera vez en generaciones, tenía esa distancia. O empezaba a tenerla.

Eso le parecía importante. Todavía no sabía exactamente para qué.

CAPÍTULO 6

El libro de las sucesiones

Monasterio de Saint-Guilhem-le-Désert, Hérault, febrero de 2019

El monasterio estaba en un valle del Hérault al que había que llegar por una carretera de montaña que en febrero tenía tramos helados y que el GPS del coche de alquiler trataba con una indiferencia que Constanza encontró irritante. Adrien conducía con la calma de quien ha aprendido que discutir con las carreteras de montaña es una pérdida de tiempo, y Constanza miraba el paisaje por la ventanilla: piedra gris, encinas, el río abajo en el fondo del valle con el agua color pizarra de los ríos del sur de Francia en invierno. Era un paisaje que no pretendía ser bonito. Simplemente era antiguo, con esa antigüedad que tiene la piedra cuando ha visto pasar suficiente historia como para dejar de sorprenderse por ella.

La pista que los había conducido hasta allí provenía de las notas del detective de Ginebra, en las que se mencionaba un registro genealógico custodiado por la abadía benedictina de Saint-Guilhem-le-Désert, que

llevaba siglos compilando la historia de familias aristocráticas del sur de Francia y el Principado de Mónaco. El detective había visitado el monasterio en 2009 y había dejado una nota escueta: *Los registros existen. El monje que los custodia conoce la historia Fermont. No quiso hablar. Podría intentarse de nuevo.*

Constanza había llamado al monasterio desde el Château. Una voz joven le había dicho que el hermano Augustin seguía ahí, que tenía noventa y dos años y que su salud era frágil pero que su memoria funcionaba perfectamente, y que si quería visitarlo debería escribir una carta explicando el motivo de su visita. Constanza escribió la carta. Dos semanas después llegó una respuesta de tres líneas en papel de la abadía, con una letra que era claramente de otro tiempo: que podían venir el primer martes de febrero, que llegarán antes del mediodía, que no traigan grabadoras.

El monje que los recibió en la portería era joven, de unos treinta años, con esa expresión serena y ligeramente distante que a veces tienen las personas que han elegido vivir lejos del ruido del mundo y que han tenido tiempo suficiente para acostumbrarse a esa elección. Los condujo en silencio a través de un claustro de piedra románica donde el frío era húmedo y permanente, como el frío de los lugares que nunca reciben sol suficiente, y luego por un corredor estrecho hasta una sala con bóvedas bajas y mesas iluminadas por lámparas de escritorio que producían un círculo de luz amarilla sobre la piedra oscura.

El hermano Augustin los esperaba sentado. Era un hombre muy pequeño y muy viejo, con la piel del color de la cera antigua y unas manos que descansaban sobre la mesa con la quietud de quien ha aprendido a no gastar energía en los gestos innecesarios. Pero los ojos eran otra cosa: oscuros, completamente alertas, con una atención que hacía pensar en ciertos animales nocturnos que ven perfectamente en la oscuridad.

Los miró durante un momento sin decir nada. Luego miró a Adrien con una expresión que Constanza no supo interpretar con exactitud: no era hostilidad, pero tampoco era bienvenida. Era algo más parecido al reconocimiento.

—Usted no es la primera persona que viene a preguntarme por los Fermont —dijo el monje, dirigiéndose a Constanza pero sin dejar de mirar a Adrien de reojo.

—Lo sé —dijo Constanza—. Un detective vino en 2009.

—Antes de ese detective vino otro hombre —dijo Augustin—. Hace más tiempo. Un hombre que dijo llamarse Valmont.

El silencio que siguió duró exactamente lo suficiente para ser significativo. Constanza no miró a Adrien. Adrien no dijo nada.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Constanza, con la misma voz de siempre.

—Hace quince años, quizás dieciséis —dijo el monje—. Un hombre joven. Me hizo preguntas sobre la genealogía Fermont y sobre los registros de

sucesiones. No le mostré nada. Pero lo que me preguntó me indicó que sabía bastante más de lo que pretendía no saber.

Constanza asintió despacio y abrió su cuaderno.

—¿Podría mostrarnos los registros ahora? —preguntó.

El hermano Augustin los estudió durante un momento más. Luego se levantó con la lentitud de los noventa y dos años y los condujo hasta otra sala, más pequeña, donde tres volúmenes encuadernados en cuero oscuro descansaban sobre una mesa bajo una lámpara de lectura. Los depositó con una delicadeza que tenía algo de ritual y retrocedió hacia la puerta.

—Tienen hasta las cuatro —dijo—. No hagan fotocopias. Pueden tomar notas a mano.

El primer volumen registraba a los Fermont desde mediados del siglo XVII con la precisión seca de los documentos eclesiásticos: nacimientos, matrimonios, muertes, transmisiones de patrimonio. El segundo contenía familias colaterales y alianzas matrimoniales que se extendían por el sur de Francia, Cataluña y el norte de Italia. El tercero era diferente: se titulaba *Sucesiones disputadas* y estaba escrito en una mezcla de latín, occitano y francés antiguo con una letra minúscula que requería el auxilio de la lupa que el monje había dejado sobre la mesa junto a los volúmenes.

Constanza y Adrien trabajaron en silencio durante horas, tomando notas por separado. Había un acuerdo tácito entre ellos de no comentar lo que encontraban hasta que hubieran terminado la revisión, un acuerdo que ninguno de los dos había propuesto explícitamente pero que los dos observaban con la misma disciplina.

Lo que emergía de los tres volúmenes era imposible de ignorar.

Generación tras generación, los poseedores de lo que el registro llamaba el *patrimonium maior* de los Fermont habían experimentado el mismo ciclo con una regularidad que hacía difícil atribuirla a la casualidad. El propietario inicial acumulaba, expandía, consolidaba. El heredero conservaba pero con una tensión creciente, visible en los documentos como una acumulación de disputas, deudas inesperadas, conflictos con socios o con la justicia. Y el tercer momento era siempre el más oscuro: una muerte prematura, una ruina que los documentos describían sin explicar, una desaparición de los registros que en el lenguaje de la época significaba que esa persona había dejado de existir como unidad reconocible en la sociedad que la rodeaba.

El ciclo se repetía con variaciones de superficie que no alteraban la estructura. Los instrumentos cambiaban: lo que en el siglo XVII era una confiscación directa era en el XIX una cláusula contractual abusiva y en el XX una estructura financiera diseñada para drenar sin dejar rastros visibles. Pero la dirección era siempre la misma: el patrimonio se conservaba a expensas de alguien, y ese alguien era siempre alguien que había confiado en la palabra o en el contrato o en la reputación de los Fermont.

Hacia las tres de la tarde, el hermano Augustin regresó con dos tazas de té y las dejó sobre la mesa sin decir nada. Cuando iba a retirarse, Constanza lo detuvo con una pregunta.

—¿Hay alguna anotación en estos registros que intente explicar el patrón?

El monje se volvió hacia ella. Luego caminó hasta el tercer volumen, lo abrió en la última página con la familiaridad de quien conoce de memoria la ubicación de cada cosa, y señaló un margen inferior donde había una anotación en letra minúscula y perfectamente trazada.

—La escribió un prior de esta abadía en el siglo XVIII —dijo—. Llevaba cuarenta años estudiando la genealogía Fermont cuando la escribió. Traduzco del occitano: *No es la riqueza lo que corrompe. Es el tipo de riqueza que solo puede conservarse corrompiendo.*

Constanza copió la frase en su cuaderno. Adrien miraba el volumen sin tocarlo.

—¿Qué quería decir con eso exactamente? —preguntó Constanza.

—Quería decir —respondió el monje, con la paciencia de quien ha explicado cosas difíciles durante décadas— que hay fortunas que nacen de una manera que las obliga a reproducir esa manera para sobrevivir. No porque sus propietarios sean necesariamente malvados. Sino porque la estructura del patrimonio lo requiere. Como ciertos cultivos que agotan la tierra y que para seguir dando fruto necesitan tierra nueva que agotar.

Constanza miró la frase en su cuaderno durante un momento.

—¿Y se puede romper ese ciclo? —preguntó.

El hermano Augustin la miró con esos ojos oscuros que veían perfectamente en la oscuridad.

—Esa es la pregunta correcta —dijo—. El prior que escribió esa nota dedicó el resto de su vida a intentar responderla. Murió sin conseguirlo. Pero dejó escrito que la condición necesaria, aunque no suficiente, era que alguien dentro del ciclo comprendiera con claridad lo que estaba dentro. No desde afuera, como observador. Desde adentro, como parte.

Se retiró sin añadir nada más, con esa discreción que tienen las personas que saben exactamente cuándo han dicho suficiente.

De regreso al coche, Adrien no dijo nada durante un largo rato. Condujo por la carretera de montaña con la misma calma de la ida, pero había algo diferente en el silencio: no era el silencio cómodo de dos personas que no necesitan hablar, sino el silencio tenso de dos personas que tienen demasiado que decir y ninguna de las dos quiere ser la primera en decirlo.

Fue Adrien quien habló primero, a mitad de bajada, con los ojos en la carretera y no en Constanza.

—Hay personas que llevan tiempo siguiendo esta investigación desde afuera —dijo—. Usted debería saberlo.

Constanza lo miró.

—¿Qué personas?

—Eso es lo que necesitamos hablar —dijo Adrien—. Cuando lleguemos al hotel. Con tiempo.

Constanza volvió a mirar la carretera. El río seguía abajo en el fondo del valle, color pizarra, indiferente. Pensó en el monje mirando a Adrien con esa expresión de reconocimiento cuando llegaron. Pensó en el hombre joven que había visitado el monasterio quince o dieciséis años atrás y que se había llamado Valmont.

No preguntó nada más hasta que llegaron al hotel. Pero abrió su cuaderno y escribió una sola línea, mientras Adrien aparcaba el coche: *Sabe exactamente quiénes son esas personas. La pregunta es desde cuándo.*

La habitación del hotel tenía una ventana que daba a la plaza del pueblo, con la iglesia románica al fondo y las últimas luces de la tarde desvaneciéndose sobre la piedra. Constanza pidió que le subieran café, se sentó frente a la ventana y esperó a que Adrien llegara.

Llegó diez minutos después, con el abrigo todavía puesto y esa expresión que ella había aprendido a reconocer como la de alguien que está organizando lo que va a decir mientras camina por el corredor.

—Siéntese —dijo Constanza.

Adrien se sentó. Dejó el abrigo sobre la silla, cruzó las manos sobre la mesa y la miró durante un momento.

—Existe una organización —dijo—. No tiene nombre oficial. Sus miembros la llaman de distintas maneras según la época y el contexto. Lleva generaciones siguiendo la historia de ciertos patrimonios europeos, entre ellos el de los Fermont.

—¿Con qué objetivo?

—El objetivo original era la vigilancia —dijo Adrien—. Asegurarse de que ciertas concentraciones de riqueza no se convirtieran en instrumentos de corrupción sistémica. Con el tiempo ese objetivo se complicó.

—¿En qué sentido se complicó?

Adrien no respondió de inmediato. Miró la ventana, donde la plaza estaba ya casi oscura.

—En el sentido en que suelen complicarse estas cosas —dijo finalmente—. Quienes vigilan el poder durante suficiente tiempo terminan queriendo ejercerlo.

Constanza lo escuchó. Luego le preguntó lo único que importaba en ese momento.

—¿Y usted? ¿Qué lugar ocupa usted en todo esto?

Adrien la miró durante un momento que fue más largo que cualquier silencio anterior.

—Un lugar que tendría que haberle explicado hace tiempo —dijo.

Fuera, la iglesia románica de Saint-Guilhem se recortaba contra el cielo de febrero con la permanencia indiferente de la piedra antigua. Constanza dejó el café sin tocar y esperó a que Adrien continuara. Tenía la sensación, precisa y sin adornos, de que lo que iba a escuchar a continuación era algo para lo que llevaba tres meses preparándose sin saberlo.

Lo que Adrien le contó esa noche en el hotel de Saint-Guilhem fue la verdad a medias, que es la forma más sofisticada de mentir.

Le dijo que su familia había estado vinculada durante generaciones a los administradores originales del patrimonio Fermont. Que desde joven había sabido de la existencia del ciclo, de la historia, del patrón que el prior benedictino había documentado en el siglo XVIII y que nadie había conseguido interrumpir. Que había dedicado años a estudiarla desde afuera. Que cuando François murió y la fortuna pasó a Constanza, había decidido acercarse porque creyó que era el momento en que algo podía cambiar, si alguien con el conocimiento adecuado estaba al lado de la heredera.

No le dijo que esa decisión de acercarse no había sido completamente suya. No le dijo el nombre de la organización ni el alcance real de su mandato. No le dijo que los documentos que habían desaparecido del archivo notarial de Mónaco habían sido retirados por alguien que respondía a esa misma estructura. Y no le dijo que la visita al monasterio quince años atrás había sido parte de una preparación sistemática que había comenzado mucho antes de que él pudiera haber anticipado quién sería Constanza Belleuve o qué clase de persona llegaría a ser.

Constanza escuchó todo lo que dijo y calibró en silencio todo lo que no dijo. Había aprendido a hacer esto en los últimos meses con una precisión que ella misma no había anticipado: una especie de sexto sentido para los silencios estratégicos, para las pausas que duraban un segundo de más, para las respuestas que eran demasiado completas en algunos aspectos y demasiado vagas en otros.

Cuando Adrien terminó, ella no le dijo que sabía que había más. No le preguntó qué era lo que no había dicho. Simplemente asintió, agradeció la conversación y dijo que era tarde y que mañana tenían que salir temprano.

Adrien se marchó a su habitación con la expresión de quien no sabe exactamente si ha hecho lo correcto o simplemente lo menos malo.

Constanza abrió su cuaderno y escribió durante media hora. Cuando terminó, lo cerró y se quedó mirando la plaza oscura. La iglesia seguía ahí, indiferente. El río seguía abajo en el valle.

Pensó que el hermano Augustin tenía razón en una cosa: la condición necesaria era estar adentro. Comprender desde adentro.

Ella estaba adentro. Llevaba meses siéndolo sin saberlo del todo.

Ahora lo sabía.

CAPÍTULO 7

Lo que Adrien no ha dicho

París, marzo de 2019

La primavera llegó a París con esa indecisión característica de los marsos parisinos: un día de sol que hacía creer que el invierno había terminado, dos días de lluvia fría que lo desmentían, otro día de sol que volvía a instalar la esperanza. Constanza observaba ese ciclo desde las ventanas del apartamento que había alquilado en el sexto Distrito para sus estancias en la ciudad, un apartamento de techos altos y parquet crujiente que olía a libros viejos y a la cera de abejas con que alguien había pulido los muebles durante décadas. Era un olor que le resultaba cómodo, el olor de los espacios que tienen historia propia y que no necesitan impresionar a nadie.

Adrien llegaba tres o cuatro veces por semana. A veces para trabajar: había una revisión de las estructuras luxemburguesas que estaba tomando más tiempo del previsto, y una negociación con un fondo de inversión de Ámsterdam que requería su presencia en varias conferencias telefónicas. Otras veces llegaba sin agenda concreta, con una botella de vino y la disposición de quien no tiene prisa, y se quedaban hablando hasta tarde sobre cosas que no eran el patrimonio ni la investigación: historia, arquitectura, los libros que ambos habían leído en distintos momentos de sus vidas y que a veces coincidían de maneras que Constanza encontraba difíciles de atribuir a la casualidad.

Era en esas conversaciones, las que no tenían agenda, donde Constanza aprendía más sobre él. No a través de lo que decía sino a través de la manera en que lo decía: las referencias que surgían de manera espontánea, el tipo de detalles que recordaba sobre lugares que había visitado, la facilidad con que se movía en idiomas distintos al francés cuando el contexto lo requería. Era un hombre que había pasado mucho tiempo en muchos lugares y que había prestado atención en todos ellos. Eso no se aprende en la universidad ni en los libros. Se aprende de otra manera, con un propósito que no siempre es el que se declara.

Una noche de marzo, con una botella de Chablis mediada entre los dos y la lluvia golpeando los cristales del apartamento, Adrien le habló de su abuelo.

—Era archivista —dijo—. Pasó cuarenta años catalogando documentos en distintas instituciones del sur de Francia. Decía que los archivos son la memoria honesta del mundo, porque nadie miente en un archivo: la gente miente en los testimonios, en las memorias, en los diarios. Pero los contratos y los registros y las actas notariales dicen siempre la verdad, aunque sea una verdad que nadie quería que quedara escrita.

—¿Y usted aprendió de él? —preguntó Constanza.

—Pasé muchos veranos con él de niño —dijo Adrien—. Me llevaba a los archivos. Me enseñó a leer documentos viejos. A esa edad uno no entiende por qué le están enseñando esas cosas. Simplemente las aprende.

Constanza lo miró.

—¿Y después entendió por qué?

Adrien sonrió levemente, con esa sonrisa suya que nunca era del todo completa.

—Después entendí que mi abuelo me estaba preparando para algo específico —dijo—. No lo llamó de esa manera. Pero cuando uno tiene suficiente perspectiva, reconoce la preparación aunque no haya llevado ese nombre.

Era la declaración más directa que Adrien había hecho sobre su propio pasado en todos los meses que llevaban trabajando juntos. Constanza la recibió sin cambiar de expresión, sin apresurarse a hacer la siguiente pregunta, dejando que el silencio hiciera el trabajo que a veces hace mejor que las palabras.

Adrien llenó las dos copas.

—Su abuelo archivista —dijo Constanza finalmente—. ¿Trabajó alguna vez con documentos Fermont?

—Sí —dijo Adrien, sin vacilar esta vez—. Entre otros.

Eso era todo. Pero era suficiente para confirmar lo que Constanza llevaba semanas construyendo en su cuaderno: que la relación de Adrien Valmont con la historia de la fortuna no comenzaba con François ni con la llamada telefónica del día después del funeral. Comenzaba mucho antes, en los archivos donde un hombre viejo le había enseñado a leer documentos a un niño que todavía no sabía para qué iba a necesitar esa habilidad.

En los días que siguieron a esa conversación, algo cambió en el apartamento. No en la forma de las reuniones de trabajo ni en la distribución del tiempo. Cambió en la temperatura de los silencios, que se volvieron menos neutrales y más cargados, como el aire antes de una tormenta que todavía no ha decidido si va a descargar o no. Constanza lo percibía y no decía nada. Adrien lo percibía también, con esa sensibilidad suya para los cambios de clima, y tampoco decía nada.

Fue en ese período cuando empezaron a ser algo más que colaboradores.

No fue una decisión tomada en un momento preciso. Fue la consecuencia lógica de dos personas inteligentes que pasaban demasiado tiempo en el mismo espacio compartiendo demasiado de lo que sabían, aunque ninguna de las dos compartiera todo. Una noche Adrien se quedó más tarde de lo habitual y cuando la lluvia arreció y el último metro había pasado hacía una hora, ninguno de los dos propuso la alternativa obvia con palabras. Simplemente ocurrió, con la naturalidad equívoca de las cosas que parecen inevitables en el momento y que solo después revelan cuánto habían sido preparadas.

Constanza lo sabía. Sabía que la inevitabilidad era en parte una construcción, que Adrien llevaba meses situándose en el lugar exacto donde esa construcción podía sostenerse. Lo sabía y había decidido

avanzar de todas maneras, con la lucidez incómoda de quien ve perfectamente lo que tiene delante y elige no detenerse. No por ingenuidad. Por algo más complejo y menos defendible: porque Adrien, con todo lo que ocultaba y todo lo que no había dicho, era el único ser humano en su mundo que conocía la historia completa y no pretendía que no existía.

Y porque, aunque esto lo reconocería más tarde y solo para sí misma, le resultaba útil tenerlo cerca.

Las semanas que siguieron tuvieron una doble textura que Constanza gestionó con una compartimentación que ella misma encontró reveladora: de día, trabajo, reuniones con Delvaux, revisiones de los balances luxemburgueses, conversaciones con Adrien sobre la investigación que continuaba en paralelo a todo lo demás. De noche, o en los espacios que quedaban entre una cosa y otra, algo diferente que tenía sus propias reglas y sus propios silencios y que ninguno de los dos nombraba con demasiada precisión.

Era en esos momentos nocturnos cuando Constanza más atenta estaba. No porque esperara revelaciones: Adrien era cuidadoso hasta en los instantes en que era menos cuidadoso. Sino porque había aprendido que las personas revelan cosas distintas en distintos estados de guardia, y que las grietas más interesantes aparecen precisamente cuando uno cree que no está siendo observado.

Una noche, ya tarde, Adrien dijo algo en voz baja que podría haber sido un comentario casual o podría haber sido otra cosa.

—A veces pienso que si hubiera llegado a usted de otra manera, todo esto sería diferente.

Constanza esperó.

—¿De qué manera habría llegado? —preguntó.

Adrien tardó en responder.

—Sin el peso de lo que sé —dijo—. Sin el peso de lo que me pidieron saber.

Constanza no preguntó quién se lo había pedido. Ya lo sabía, o lo sabía suficientemente. Pero la frase quedó en el aire del apartamento con la persistencia de las cosas que se dicen en voz baja y que precisamente por eso pesan más.

A la mañana siguiente, mientras Adrien dormía, Constanza abrió su cuaderno y escribió esa frase textualmente, con las comillas y todo. Luego escribió debajo: *Lo que me pidieron saber. Hay alguien que le pidió cosas. Ese alguien sigue existiendo. La pregunta no es quién: la pregunta es qué le están pidiendo ahora.*

Cerró el cuaderno, lo guardó en el bolso y fue a preparar café.

Adrien se despertó veinte minutos después con esa calma suya de las mañanas, como si durmiendo hubiera recuperado algún equilibrio que

durante el día tenía que esforzarse en mantener. Se sentó a la mesa con la taza de café entre las manos y la miró con esa expresión que Constanza había aprendido a leer como una mezcla de afecto genuino y algo más parecido a la vigilancia.

—¿En qué está pensando? —preguntó.

—En el viaje a Mónaco —dijo Constanza—. Quiero revisar si hay otros archivos notariales además del de Fontaine. Documentación de los años cuarenta y cincuenta, antes de que Armand empezara la expansión internacional.

Adrien asintió. Sacó su agenda y empezó a tomar notas.

Era exactamente eso: un hombre tomando notas sobre archivos notariales de los años cuarenta. Y también era otra cosa, que Constanza veía con la claridad de quien lleva meses mirando la misma cosa desde distintos ángulos. Era alguien que había llegado a su vida con un propósito que precedía a su vida, y que en algún momento del camino había empezado a querer algo que no estaba en ese propósito original, y que esa contradicción lo estaba convirtiendo en alguien más interesante y más peligroso que cualquiera de los dos había anticipado.

Constanza bebió su café mirando la lluvia de marzo en los cristales.

El apartamento olía a libros viejos y a cera de abejas y a café, y por un momento tuvo la sensación extraña de que eso era suficiente. Que ese momento, con toda su complejidad y toda su ambigüedad y todos sus silencios estratégicos, era lo más parecido a algo real que había tenido en mucho tiempo.

Pasó rápidamente. Pero mientras duró, fue real.

Lo que Constanza no le dijo a Adrien esa mañana, ni esa semana ni las que siguieron, era que había comenzado a hacer algo que él no sabía: buscar información sobre él. No a través de los canales habituales de verificación, que ya había agotado en noviembre con las referencias de la firma de Ginebra. A través de otro camino: los propios archivos de su padre.

En la tercera caja de la habitación sellada, entre las notas del período 2013-2018, había una referencia escueta a un hombre llamado Valmont que aparecía en el contexto de una conversación que François había tenido con alguien cuya identidad no quedaba clara en las notas. La referencia decía simplemente: *Valmont hijo. Preparado desde joven. No está seguro de querer lo que le enseñaron a querer.* Y debajo, en una letra más pequeña y más dudosa, como si François hubiera añadido esa línea en otro momento: *Podría ser un problema o podría ser la única solución. Depende de quién lo use primero.*

Constanza había leído esa nota en diciembre, la primera semana que pasó en la habitación sellada, y la había guardado sin hacer nada con ella porque entonces no tenía el contexto suficiente para saber qué hacer. Ahora lo tenía.

Su padre había conocido a Adrien. O al menos había sabido de él con suficiente detalle como para formarse una opinión sobre su utilidad potencial. Y la conclusión de esa opinión, escrita en letra pequeña y dudosa en el margen de un cuaderno que nadie debería haber leído, era que Adrien Valmont podía ser usado o podía ser el que usaba, y que la diferencia entre las dos cosas dependía de quién llegara primero.

François había llegado demasiado tarde. O no había llegado en absoluto.

Constanza había llegado después. Pero todavía estaba a tiempo.

Guardó ese pensamiento en el mismo lugar donde guardaba los otros: en la parte de su mente que procesaba las cosas con calma y sin urgencia, esperando el momento en que cada pieza encontrara su lugar en el mapa. El mapa todavía tenía muchos espacios en blanco. Pero cada semana tenía menos.

Adrien, que era un hombre que prestaba atención, percibía el cambio sin poder nombrarlo con precisión. Había algo diferente en la manera en que Constanza lo miraba: no más fría ni más cálida, sino más completa. Como si la estuviera viendo desde un ángulo ligeramente distinto del que había usado hasta entonces, un ángulo que incluía cosas que antes quedaban fuera del marco.

Una tarde, mientras revisaban juntos una serie de documentos sobre las empresas joyeras de Amberes, Adrien levantó la vista de los papeles y la miró directamente.

—¿Hay algo que quiera preguntarme? —dijo.

Constanza lo miró con la misma calma de siempre.

—Cuando sea el momento —dijo—, se lo preguntaré.

Adrien asintió y volvió a los documentos. Era una respuesta que podía interpretarse de muchas maneras. Él eligió, por ahora, interpretarla como una postergación. Constanza lo dejó creer eso.

Era más útil así.

CAPÍTULO 8

El primer crimen

Mónaco y el Château, abril-mayo de 2019

Las pruebas de que Amalee Fermont fue asesinada no estaban escondidas. Estaban simplemente guardadas en un lugar al que nadie quiso mirar durante veinte años, que es el lugar más seguro del mundo para ocultar algo.

Constanza las encontró en la tercera caja archivadora de la habitación sellada, en un sobre sin membrete que había pasado por alto en su primera revisión de diciembre porque estaba pegado al fondo interior con una tira de celo que lo hacía prácticamente invisible bajo la luz de la lámpara. Lo

encontró en abril, durante una segunda revisión más minuciosa que la primera, cuando ya tenía suficiente contexto para saber que en esa habitación nada había sido guardado sin razón.

El sobre contenía tres cosas.

La primera: tres fotografías de la escalera de mármol del palacio de La Condamine tomadas por un fotógrafo que conocía su oficio, con la iluminación y el encuadre precisos que se usan cuando se quiere documentar algo más que una imagen bonita. Las fotografías mostraban el pasamanos de bronce desde tres ángulos distintos y en dos de ellas, ampliadas con una lupa que Constanza tomó del escritorio, era visible una marca en el bronce que podía interpretarse de dos maneras, pero que en el contexto de lo que venía después solo podía interpretarse de una.

La segunda: un informe de cuatro páginas redactado por un médico especialista en medicina forense con consulta privada en Ginebra, fechado en el año 2000, dos años después de la muerte de Amalee. El informe analizaba las fotografías y concluía, con la frialdad técnica del lenguaje pericial, que el ángulo de caída del cuerpo de la condesa era inconsistente con un tropiezo accidental en la parte superior de la escalera. El cuerpo había caído de una manera que solo podía explicarse si en el momento de la caída alguien o algo había aplicado una fuerza en una dirección específica. El informe no nombraba a ninguna persona. Se limitaba a los hechos físicos y a la conclusión que esos hechos imponían.

La tercera: cinco páginas manuscritas en la letra apretada y nerviosa que Constanza reconocía como la de su padre.

Leyó las páginas tres veces antes de levantarse del sillón de la habitación sellada.

François escribía con la franqueza que suele reservarse para los papeles que nadie más va a leer, que es la franqueza del confesionario y del diario íntimo y de las cartas que se escriben sin intención de enviar. Reconocía haber estado presente en el palacio aquella noche. Describía con una precisión que solo puede dar la memoria de los actos que uno no consigue olvidar lo que había ocurrido en la escalera. Y concluía con una frase que Constanza releía cada vez que llegaba al final de las cinco páginas, buscando alguna interpretación alternativa que no encontraba: *No puedo decir que me arrepiento porque no sería completamente verdad. Lo que sí puedo decir es que en ese momento yo ya no era la misma persona que había llegado a Mónaco tres años antes. La fortuna hace eso. Cambia la arquitectura de lo que uno es capaz de justificar, tan despacio que uno no lo nota hasta que ya es demasiado tarde para notar nada.*

Constanza dejó los papeles sobre la mesa.

Salió de la habitación sellada, bajó al salón, se sirvió una copa de agua del aparador y se la bebió de pie mirando el parque por la ventana. Era un día de abril luminoso y frío, con el parque todavía en ese estado provisional de la primavera temprana en que todo empieza a verdear pero todavía no ha

decidido del todo comprometerse con ello. Un jardinero trabajaba al fondo, con movimientos lentos y precisos, podando algo que Constanza no supo identificar desde esa distancia.

Pensó en François. No en el François del retrato sobre la chimenea, con esa expresión de quien sabe cosas que los demás no saben. En el François de esas cinco páginas: un hombre de cuarenta y tres años que había hecho algo irreparable y que había decidido vivir con ello de la única manera que sabía vivir con las cosas irreparables, que era no mirarlas directamente. Guardándolas en una habitación sellada. Tomando notas sobre ellas de madrugada, como si documentar el crimen lo pusiera a una distancia suficiente del crimen mismo.

No la ponía. Constanza lo sabía porque lo había visto en las notas más recientes, las del período 2016-2017: la letra más irregular, la urgencia creciente, la pregunta que se repetía en distintas formulaciones pero que siempre venía a ser la misma. Si todo tiene origen en eso, si toda la fortuna que vino después nació de ese momento en la escalera, ¿qué soy yo exactamente?

La respuesta que François no había conseguido escribir era la que Constanza tenía ahora con toda la claridad que le daba la distancia. Era un asesino. Era también su padre. Entre esas dos cosas no había un territorio neutral donde habitar, y la imposibilidad de encontrarlo había sido lo que le había roto la arteria en octubre del año anterior, si es que las arterias se rompen también por las cosas que uno no puede resolver además de por la hipertensión.

Volvió a la habitación sellada. Guardó el sobre con las fotografías y el informe y las páginas de François exactamente donde lo había encontrado. Luego se sentó a la mesa y pasó una hora mirando el árbol genealógico con los nombres subrayados en rojo, siguiendo con el dedo las líneas que conectaban un nombre con el siguiente, buscando el punto exacto donde la cadena podía haberse roto y no se había roto.

No había tal punto. La cadena era continua.

Viajó a Mónaco dos semanas después, sola, sin decirle a Adrien el motivo real del viaje. Le dijo que iba a revisar unos archivos adicionales sobre las empresas joyeras. Adrien dijo que si quería él podía acompañarla. Constanza dijo que no era necesario, con la naturalidad de quien declina una oferta de cortesía, y Adrien no insistió aunque ella percibió, en la fracción de segundo que siguió a su respuesta, algo que podría haber sido decepción o podría haber sido otra cosa.

En Mónaco fue directamente al palacio de La Condamine, que desde la venta de François había pasado por dos propietarios distintos y que ahora pertenecía a un fondo de inversión que lo usaba como sede ocasional de eventos corporativos. Le llevó dos semanas de gestiones obtener permiso para visitarlo en calidad de investigadora histórica vinculada a la familia propietaria anterior. El administrador del fondo era un hombre eficiente que

no hizo preguntas que no fueran estrictamente necesarias, lo cual era exactamente el tipo de persona con quien Constanza prefería tratar.

La escalera de mármol seguía ahí. Las restauraciones que los nuevos propietarios habían hecho en el palacio habían respetado los elementos arquitectónicos originales, de manera que la escalera tenía exactamente el mismo aspecto que en las fotografías del sobre: el mármol blanco, el pasamanos de bronce, la proporción de los peldaños. Constanza la bajó despacio, con la mano sobre el bronce, buscando la marca que había visto en las fotografías ampliadas con la lupa. La encontró a unos dos metros de la parte superior, en el lado interior del pasamanos: una irregularidad pequeña en el metal, del tipo que deja algo que ha presionado con fuerza en un momento preciso.

Se quedó parada ahí durante un momento.

Pensó en Amalee bajando esa escalera de madrugada, descalza, con la carta sin terminar arriba en el escritorio. Pensó en lo que había ocurrido en ese punto preciso del pasamanos. Pensó en su padre, de cuarenta y tres años, con la mirada de topógrafo que Amalee había descrito en sus diarios sin saber que estaba describiendo exactamente lo que era.

Luego siguió bajando.

Al pie de la escalera, en el vestíbulo de columnas doradas que la luz de mayo de Mónaco cruzaba en diagonal, Constanza se detuvo otro momento. El suelo de mármol blanco y negro formaba el mismo dibujo geométrico de siempre. Todo estaba exactamente igual. Y sin embargo algo era radicalmente distinto, y esa diferencia no estaba en el palacio sino en ella: en la manera en que miraba el espacio, en la manera en que procesaba lo que veía, en la capacidad que había desarrollado en los últimos meses para estar en un lugar y al mismo tiempo estar calculando ese lugar desde afuera.

Era una capacidad que reconocía. La había visto descrita, con distintas palabras, en las notas de François. En los testimonios de Martel y de Simone Aubert hablando de Armand. En la anotación del prior benedictino sobre el tipo de riqueza que solo puede conservarse de una determinada manera.

No era una maldición. Era una habilidad. Y como todas las habilidades, se aprendía o se heredaba, y a veces las dos cosas a la vez.

Constanza salió del palacio al sol de mayo de Mónaco.

Esa noche, en el hotel con vistas al Puerto de Hércules, abrió su cuaderno y escribió durante una hora sin parar. Cuando terminó tenía cuatro páginas llenas y una certeza que no había tenido antes de ese viaje: que entender lo que había ocurrido en esa escalera no era el final de la investigación. Era el principio de otra cosa, cuya naturaleza todavía no sabía nombrar con precisión, pero que tenía la forma de una decisión que tarde o temprano iba a tener que tomar.

No esa noche. Pero pronto.

De regreso en el Château, Constanza no mencionó el palacio ni la escalera ni las cinco páginas de su padre. Retomó las reuniones con Delvaux, que seguía sin poder explicar del todo la línea 47 del balance consolidado, y con Adrien, que estaba terminando el análisis de las estructuras luxemburguesas con una prolijidad que ella encontraba cada vez más difícil de separar de la pregunta de para qué exactamente estaba siendo tan prolijo.

Una tarde, mientras revisaban juntos los estados de cuenta de la empresa joyera de Amberes, Constanza hizo una pregunta que llevaba semanas guardando.

—¿Sabía usted que Amalee Fermont no murió de un accidente?

Adrien dejó de escribir. La miró durante un momento con esa expresión que ella ya había aprendido a leer como la de alguien calibrando cuánto admitir.

—¿Qué la hace pensar eso? —dijo finalmente.

—Encontré documentación —dijo Constanza—. En la habitación del ala norte.

Adrien dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿La encontró recientemente? —preguntó.

—En abril.

—¿Y hasta ahora no me había dicho nada?

—Hasta ahora no consideré que fuera necesario —dijo Constanza.

Adrien la miró durante un buen rato. Luego miró la mesa, los papeles, el bolígrafo que había dejado sobre ellos. Cuando volvió a levantar la vista, había algo diferente en su expresión: no era la calma construida de siempre. Era algo más parecido a la fatiga de quien lleva demasiado tiempo manteniendo en pie algo que pesa más de lo que había calculado.

—Sí —dijo—. Lo sabía.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho tiempo.

Constanza asintió despacio. Lo había sabido antes de preguntarlo. Pero necesitaba que él lo dijera en voz alta, porque algunas cosas solo existen del todo cuando alguien las nombra.

—¿Hay algo más que sepa y no me haya dicho? —preguntó.

Adrien la miró.

—Sí —dijo—. Bastante más.

—Entonces vamos a necesitar una conversación diferente a las que hemos tenido hasta ahora.

—Sí —dijo Adrien—. Lo sé.

Esa conversación no ocurrió esa tarde. Ocurrió semanas después, en el Château, una noche de agosto con las ventanas abiertas al parque y el calor todavía en el aire a las once de la noche. Para entonces Constanza ya tenía suficientes piezas del mapa como para que la conversación fuera algo distinto a un interrogatorio: fuera, si todo iba como ella había calculado, el momento en que Adrien finalmente decidía de qué lado estaba.

Pero eso era agosto. Todavía era mayo, y había trabajo que hacer.

Constanza recogió los papeles de la mesa, los ordenó con la precisión de siempre y los guardó en su carpeta.

—Seguimos mañana con Amberes —dijo.

—Sí —dijo Adrien.

Y eso fue todo por esa tarde.

CAPÍTULO 9

Los que vigilan desde afuera

París, Ginebra y Londres, junio-agosto de 2019

El verano llegó a Europa con una sequía que los meteorólogos describían como la peor en cuarenta años y que en el sur de Francia produjo incendios que tiñeron el horizonte de un naranja enfermizo durante semanas. Constanza los vio desde el apartamento de París sin pensar demasiado en ellos, porque tenía otras cosas en las que pensar, y porque había aprendido que la capacidad de concentrarse en lo que importa requiere también la capacidad de ignorar con método lo que no importa, aunque en otras circunstancias hubiera importado.

Había cuatro grupos distintos de personas que creían tener algún derecho sobre la fortuna Fermont. Constanza los había identificado a lo largo de los meses anteriores a través de conversaciones, documentos y de una fuente que ninguno de ellos sabía que tenía: Adrien, que en los últimos dos meses le había ido entregando información en fragmentos, con la parsimonia de quien no ha decidido todavía hasta dónde llegar pero que cada vez llega un poco más lejos.

El primero era el más visible y el menos peligroso: quince familias descendientes de personas arruinadas por Armand Fermont en los años cincuenta y sesenta, que habían conservado durante décadas la documentación de lo que consideraban fraudes y que esperaban el momento en que una demanda colectiva tuviera alguna posibilidad real de prosperar. Constanza los conocía por los testimonios de Martel y Simone Aubert, y sabía que su legitimidad moral era considerable aunque su capacidad de traducirla en daño legal fuera más limitada de lo que ellos mismos creían. Algunas familias buscaban compensación económica. Otras querían simplemente que alguien reconociera públicamente lo que había ocurrido. Constanza las comprendía a todas y no tenía intención de enfrentarse a ninguna, al menos no todavía.

El segundo grupo era más opaco: fondos de inversión institucionales y fondos soberanos que tenían posiciones en instrumentos financieros vinculados al patrimonio Fermont a través de estructuras tan complejas que incluso sus propios abogados tenían dificultades para explicar la cadena de relaciones. Para ellos, la muerte de François había creado una incertidumbre que necesitaban resolver con rapidez, preferiblemente antes de que Constanza tomara decisiones que alteraran el valor de lo que controlaban indirectamente. Se comunicaban a través de intermediarios y a través de las presiones que Delvaux ejercía en ciertas reuniones con una delicadeza que a estas alturas Constanza ya reconocía como una forma de representación de intereses que no eran los suyos.

—Maître Delvaux —le dijo una mañana de junio, durante una reunión en el Château—, ¿a quién más representa usted además de a mis intereses?

Delvaux la miró con la expresión de quien esperaba esa pregunta desde hace tiempo y todavía no ha decidido qué responder cuando llegue.

—Mi obligación es con usted, madeimoselle —dijo.

—No le pregunté cuál es su obligación. Le pregunté a quién más representa.

Delvaux dejó pasar un momento.

—Hay intereses institucionales vinculados al patrimonio que tienen derecho a cierta información sobre la gestión —dijo finalmente—. Eso es habitual en estructuras de esta complejidad.

—¿Qué tipo de información?

—Información sobre la dirección general de las decisiones. Nada que comprometa su autoridad como titular.

Constanza asintió despacio.

—A partir de mañana —dijo—, cualquier información que salga de este patrimonio hacia terceros pasa primero por mí. ¿Entendido?

Delvaux dijo que entendido. Su expresión no cambió de manera significativa, lo cual podía significar que lo había aceptado o que había decidido que la conversación había terminado y que lo que hiciera después era su propio asunto. Constanza lo anotó en su cuaderno esa tarde: *Delvaux: lealtad dividida confirmada. Mantenerlo por ahora. Más útil dentro que fuera.*

El tercer grupo era el que Adrien había mencionado en Saint-Guilhem sin darle nombre: la organización que llevaba generaciones vigilando a los propietarios del patrimonio. En junio, Adrien le dio finalmente el nombre: *La Succession*. Treinta miembros en cualquier momento dado, reclutados entre juristas, historiadores y financistas europeos que compartían la convicción de que ciertos patrimonios históricos debían ser vigilados. La teoría era impecable. La práctica, como Constanza fue verificando a lo largo de semanas de investigación paralela a sus conversaciones con Adrien, era considerablemente más sórdida.

Lo que *La Succession* hacía en realidad era extraer información, influir en decisiones y colocar personas de su confianza en posiciones estratégicas alrededor de los herederos de los patrimonios que vigilaba. Se beneficiaba del acceso al poder que esa posición le concedía. Era, en términos que el prior benedictino habría reconocido, una versión institucional y más sofisticada del mismo mecanismo que describía en sus notas sobre la fortuna Fermont: una estructura que se había propuesto vigilar la corrupción y que había terminado ejerciéndola con mejores instrumentos.

Viajó a Ginebra en julio para verificar algunas de las informaciones que Adrien le había proporcionado. Tenía el nombre de dos miembros de *La Succession* que Adrien le había dado, y a través de una serie de conversaciones con personas del sector financiero suizo que conocía de sus años en Florencia fue confirmando la existencia de la organización con una solidez documental que le tomó tres semanas construir. Lo que encontró, además de la confirmación, fue algo que Adrien no le había dicho: *La Succession* había estado financiando durante años, a través de intermediarios, a algunos de los abogados de las familias demandantes del primer grupo. No porque le importara la justicia que esas familias buscaban. Sino porque una demanda activa contra el patrimonio Fermont era una palanca útil que podía activarse o desactivarse según las necesidades de la organización.

Constanza regresó de Ginebra con esa información guardada y sin decírsela a Adrien. Lo que sentía al respecto no era exactamente indignación. Era algo más parecido a la confirmación de una hipótesis: que en el mundo que había heredado no existía ningún actor cuyas motivaciones fueran completamente lo que parecían, y que eso incluía a todos los que se presentaban como aliados.

El cuarto grupo era el más pequeño y el más peligroso: dos o tres personas que sabían exactamente cuál era el origen remoto de la fortuna, cuántos crímenes había costado construirla a lo largo de siglos y que llevaban años esperando el momento en que ese conocimiento pudiera convertirse en una palanca de dimensiones suficientes. No buscaban justicia ni compensación. Buscaban control.

Constanza los identificó en agosto, durante un viaje a Londres donde se reunió con un historiador especializado en patrimonio aristocrático europeo que había citado los archivos Fermont en un artículo académico publicado cinco años atrás. El historiador era un hombre de unos cincuenta años, cauteloso y brillante, que la recibió en su despacho de la universidad con la actitud de quien no está seguro de que esa reunión sea una buena idea pero que no ha encontrado una razón suficientemente sólida para cancelarla.

Le contó, con la precisión del académico que ha pasado años con los documentos y que por eso mismo sabe lo que los documentos no dicen, que la historia del origen de la fortuna Fermont era conocida en ciertos círculos especializados con un nivel de detalle que no había llegado a la

esfera pública. Y que había personas, no académicos sino personas con recursos y con objetivos que no eran la verdad histórica, que llevaban tiempo recopilando esa documentación con un propósito que él no había querido preguntarse demasiado.

—¿Puede darme nombres? —preguntó Constanza.

El historiador la miró durante un momento.

—No —dijo—. Pero puedo decirle que si alguien está recopilando esa documentación es porque planea usarla. Y que el momento en que la usen, usted va a necesitar haber llegado primero a los mismos archivos.

—¿Primero a qué archivos?

—A los del origen —dijo el historiador—. A los documentos del siglo XVII que describen lo que ocurrió antes de que la fortuna Fermont tuviera ese nombre. Esos documentos existen. Están dispersos entre varios archivos del sur de Francia. Y quien los tenga todos tiene la historia completa.

Constanza tomó nota de eso y volvió al Château a finales de agosto con cuatro grupos mapeados en su cuaderno, un conjunto de conexiones entre ellos que ninguno de los cuatro sabía que ella conocía, y la convicción de que el tiempo que tenía antes de que alguno de esos grupos decidiera actuar era finito y estaba reduciéndose.

En el Château, Adrien esperaba. Habían quedado en tener esa conversación diferente, la que él mismo había reconocido como necesaria en mayo. Constanza llegó, dejó el equipaje en su habitación, se cambió de ropa y bajó al salón. Adrien estaba sentado frente a la chimenea apagada con una copa de vino que no había tocado.

—¿Lista? —preguntó.

—Lista —dijo Constanza.

Y se sentó frente a él con el cuaderno cerrado sobre las rodillas, porque esta conversación no necesitaba notas. Ya sabía todo lo que necesitaba saber. Lo que necesitaba ahora era ver qué decidía hacer Adrien con lo que sabía.

Eso iba a decirle todo lo demás.

La conversación duró hasta pasada la medianoche.

Adrien habló con una franqueza que tenía la textura específica de las franquezas que han sido postergadas durante demasiado tiempo: no fluida ni espontánea, sino trabajada, como si cada frase hubiera sido revisada internamente antes de salir. Le contó sobre *La Succession* con más detalle del que le había dado antes. Le explicó la estructura, los mecanismos de reclutamiento, la manera en que la organización se financiaba a través de participaciones minoritarias en los patrimonios que vigilaba. Le habló de su propio reclutamiento, que había ocurrido a los veintidós años a través del mentor que reconoció en él las cualidades que la organización necesitaba:

inteligencia, discreción, la capacidad de construir relaciones de confianza con personas que no debían saber que estaban siendo observadas.

—¿Y yo? —preguntó Constanza en un momento dado—. ¿Era un objetivo desde el principio?

Adrien la miró.

—Usted era el objetivo desde que tenía cinco años —dijo—. Desde que François heredó el patrimonio y quedó claro que usted era la única heredera posible. *La Succession* ha estado siguiendo su vida desde entonces.

Constanza asintió. No era una sorpresa. Era la confirmación de algo que había intuido durante semanas y que ahora tenía el peso de las cosas dichas en voz alta.

—¿Y qué se supone que debe conseguir de mí?

Adrien tardó en responder.

—Acceso a las decisiones sobre el patrimonio —dijo—. Influencia sobre la dirección del conglomerado. La posibilidad de activar o desactivar ciertos procesos según los intereses de la organización.

—¿Y usted ha estado haciendo eso?

—He estado intentando no hacerlo —dijo Adrien—. Desde hace bastante tiempo.

Lo dijo con una sencillez que era difícil de fingir. Constanza lo miró durante un momento largo, buscando en su expresión la señal que le indicara si lo que decía era verdad o era la variante más sofisticada de la mentira a medias que había practicado desde el principio. No encontró la señal de manera concluyente en ninguna dirección. Lo que encontró fue algo más difícil de categorizar: la expresión de alguien que ha llegado al límite de lo que puede sostener y que ha decidido, con todas las consecuencias que eso implica, dejar de sostenerlo.

—¿Qué quiere *La Succession* de mí en este momento? —preguntó Constanza.

—Quieren que negocie con ellos un acuerdo de acceso —dijo Adrien—. Diez años de participación en ciertas decisiones a cambio de no activar las demandas que están financiando indirectamente y de entregarle los archivos sobre el origen del patrimonio que tienen en su poder.

—¿Cuándo necesitan una respuesta?

—Antes de que termine el año.

Constanza asintió. Miró la chimenea apagada durante un momento.

—¿Y usted qué quiere? —preguntó.

Adrien la miró con esa expresión que ya no era la calma construida de los primeros meses sino algo más difícil de nombrar y más difícil de ignorar.

—Quiero que esto termine bien —dijo—. Para usted. Aunque eso no sea lo que me pidieron querer.

Constanza no respondió a eso inmediatamente. Dejó que la frase existiera en el silencio del salón durante el tiempo que necesitaba para asentarse. Luego dijo buenas noches y subió a su habitación.

Abrió el cuaderno y escribió una sola línea antes de apagar la luz: *Sabe demasiado de los dos lados para ser completamente de uno solo. Eso lo hace útil. Y eso lo hace vulnerable.*

Cerró el cuaderno.

Afuera, el parque del Château estaba oscuro y quieto. En algún lugar entre París y Ginebra, *La Succession* esperaba una respuesta que Constanza todavía no había decidido darles, aunque ya sabía exactamente qué forma iba a tener esa respuesta cuando llegara el momento de darla.

El momento no era ese. Pero se acercaba.

CAPÍTULO 10

La carta de François

Château de Vaux-le-Vicomte, septiembre de 2019

La carta estaba en el fondo de la tercera caja archivadora, debajo de un fajo de estados de cuenta de 2008, en un sobre sin membrete cerrado con lacre rojo que Constanza había visto en diciembre y había dejado para después porque algo en su intuición le había dicho que no era el momento. Nueve meses después, en una mañana de septiembre con la lluvia golpeando las ventanas del Château y el parque gris y pesado al otro lado del cristal, decidió que el momento había llegado.

El sobre tenía escrito en el exterior, con la letra apretada y nerviosa de las notas más recientes de François, una sola línea: *Para Constanza. Cuando hayas encontrado todo lo demás.*

Lo había encontrado todo lo demás. O suficiente de todo lo demás como para que lo que quedara en ese sobre no pudiera sorprenderla de maneras que no pudiera manejar. Eso era lo que se dijo mientras rompía el lacre con cuidado, extrayendo doce páginas dobladas en tres y escritas por ambas caras con una densidad que indicaba que su padre había tenido muchas cosas que decir y había querido decirlas todas.

Leyó la carta entera sin levantarse de la silla de la habitación sellada. Luego la leyó de nuevo, más despacio, deteniéndose en los párrafos que requerían más tiempo. Cuando terminó la segunda lectura, la dobló, la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y salió de la habitación.

La carta era la confesión más honesta que François Belleuve había escrito en su vida, y lo era precisamente porque estaba escrita para alguien que ya sabía la verdad y a quien por tanto no tenía sentido mentirle. Reconocía la muerte de Amalee sin eufemismos, con la misma franqueza fría con que lo habían hecho las cinco páginas del sobre sin membrete, pero con más detalle y con algo que esas cinco páginas no tenían: una explicación que no

era una justificación sino un intento genuino, aunque tardío, de entender lo que le había ocurrido.

Escribía que había llegado a Mónaco siendo una cosa y que en el plazo de tres años se había convertido en otra. No dramáticamente, no en un momento preciso que pudiera señalarse como el punto de quiebre. Sino de la manera en que se producen los cambios que duran: gradualmente, por acumulación de decisiones pequeñas que individualmente parecían razonables y que en conjunto formaban algo que no habría reconocido como suyo si lo hubiera visto desde afuera. Cada decisión tenía su lógica. Cada lógica tenía su precedente. Y el precedente siempre era el patrimonio, la manera en que funcionaba, la manera en que había funcionado durante siglos antes de que él llegara.

Había un párrafo, en la cuarta página, que Constanza leyó cuatro veces durante la segunda lectura:

La fortuna no te va a corromper de la manera en que corrompe a los que no están preparados para recibirla. Eso sería demasiado fácil de ver y demasiado fácil de resistir. Te va a corromper de la manera más sofisticada, que es dándote razones perfectamente lógicas para cada cosa que hagas. Cada decisión que tomes te parecerá necesaria. Cada persona que uses te parecerá alguien que eligió dejarse usar. Cada límite que cruces te parecerá un límite que ya era ilegítimo antes de que tú lo cruzaras. Así es exactamente como me ocurrió a mí. Así es como le ocurrió a Armand. No te lo digo para que te salves, porque no creo que sea posible salvarse cuando se hereda lo que tú has heredado. Te lo digo para que al menos lo sepas mientras sucede. Eso es lo único que pude hacer por ti.

Constanza se detuvo en ese párrafo no porque la hubiera sorprendido sino porque no la había sorprendido, y eso era lo que merecía atención. Un año antes, recibiendo esa carta hipotéticamente sin el contexto que tenía ahora, la habría perturbado. Ahora la leía como quien reconoce una descripción exacta de algo que ya ha observado en sí mismo, con la distancia clínica del médico que encuentra en un libro de texto la definición de lo que está viendo en el paciente. El paciente era ella. El libro de texto era la carta de su padre.

Lo que su padre no había podido anticipar, porque no la conocía con la profundidad suficiente para anticiparlo, era que ella lo sabría mientras sucedía y elegiría avanzar de todas maneras. Eso no era lo que él había descrito como derrota. Era otra cosa.

La carta continuaba. François escribía sobre los archivos de la habitación sellada, sobre el detective de Ginebra, sobre los años de investigación que había guardado sin saber exactamente para qué. Escribía sobre Armand con la objetividad de quien ha tenido veinte años para estudiar a un hombre a través de sus documentos y sus víctimas y sus consecuencias. Y en la octava página, con una letra que se hacía más pequeña como si las

palabras pesaran más conforme se acercaba a lo que más le costaba decir, escribía sobre Adrien Valmont.

No con su nombre completo. Con el apellido solamente: *Valmont.* Como si el nombre de pila fuera demasiado personal para una persona de quien no se fiaba del todo.

Escribía que había conocido a Valmont a través de *La Succession*, aunque en ese momento no la llamaba así porque no sabía su nombre. Que había comprendido que ese hombre había sido preparado para acercarse a quien heredara el patrimonio después de él. Que había tenido conversaciones con él en las que Valmont le había dado información útil y le había pedido a cambio información que François había decidido no dar. Que había terminado convencido de que Valmont era un hombre dividido entre el mandato que había recibido y algo que el propio Valmont probablemente no habría sabido nombrar del todo.

Y que por esa razón, con la lógica fría que para entonces ya era su segunda naturaleza, François le había dado a Valmont su número de teléfono. Para que lo llamara cuando llegara el momento. Para que llegara a la vida de Constanza no como un intruso sino como alguien esperado, alguien cuya presencia tuviera una razón que Constanza pudiera verificar. Porque un hombre dividido, escribía François, es más útil que un enemigo declarado y más predecible que un aliado sin fisuras.

Si llegas a esta carta —escribía en la décima página— *ya sabrás más de todo esto que yo. Y si sabes más, ya habrás decidido qué hacer con ello. No voy a decirte qué decidir. Solo voy a decirte lo que aprendí demasiado tarde: que la decisión más difícil no es la de hacer algo malo por razones malas. Esa decisión tiene su propio peso y su propio sabor y uno la reconoce aunque intente no reconocerla. La decisión más difícil es la de hacer algo perfectamente razonable por razones que han dejado de serlo sin que uno se haya dado cuenta del momento exacto en que dejaron de serlo. Esa es la decisión que destruyó a Armand. La que me destruyó a mí. Y la que, si no tienes cuidado con ella, te va a destruir a ti también.*

La carta terminaba en la duodécima página con algo que no era exactamente una despedida. Era más parecido a la conclusión de un argumento que había llevado doce páginas construir:

He pensado muchas veces en quemarlo todo. Los archivos, los documentos, las fotografías, el informe médico. Empezar desde cero, como si nada de esto hubiera ocurrido nunca. Cada vez que lo he pensado he terminado sin hacerlo, y durante años no he sabido por qué. Ahora creo que lo sé: porque quemar las pruebas no cambia los hechos, y porque los hechos, mientras existan en algún lugar, tienen la posibilidad de convertirse en otra cosa. En justicia, en reparación, en algo que no sea simplemente la continuación de lo mismo con distinta cara. No sé si tú vas a convertirlos en esa otra cosa. No sé si yo te he dado las herramientas para hacerlo o si te he dado

exactamente lo contrario. Lo que sí sé es que ahora es tuyo. Haz con ello lo que puedas.

Constanza dobló las doce páginas, las guardó en el sobre y guardó el sobre en el bolsillo de su chaqueta junto al interior donde ya llevaba otras cosas que no dejaba nunca en la habitación sellada.

Esa tarde recibió a Adrien para la reunión habitual. Hablaron de los fondos luxemburgueses, de una propuesta que había llegado de un socio de Dubái, de la revisión de contratos laborales en la empresa de Amberes que había identificado tres cláusulas que necesitaban actualización. Adrien tomó notas, formuló preguntas precisas, sugirió dos alternativas sobre la propuesta de Dubái que Constanza encontró razonables.

En ningún momento sacó la carta.

En ningún momento dijo que la había leído.

Cuando Adrien se marchó, Constanza subió a su dormitorio, sacó la carta del bolsillo y la colocó en el cajón de la mesita de noche, debajo de un libro que no había terminado de leer. La carta de su padre sobre cómo la fortuna cambia la arquitectura de lo que uno es capaz de justificar, guardada debajo de un libro sin terminar, en el cajón de una mesita de noche en el Château que su padre había comprado con el dinero de una mujer a la que había matado en una escalera de mármol en Mónaco.

Constanza apagó la luz y miró el techo oscuro.

Pensó que su padre había tenido razón en casi todo. Excepto en una cosa: él creía que saber lo que estaba ocurriendo mientras ocurría era solamente una forma de consuelo, un privilegio menor que no cambiaba nada fundamental. Constanza no lo veía así. Verlo mientras ocurría no era un consuelo. Era una ventaja.

Con esa conclusión se quedó dormida.

Afuera, el parque del Château estaba mojado y oscuro y completamente indiferente a todo lo que acababa de ocurrir dentro.

A la mañana siguiente Constanza se despertó temprano, antes de que llegara ningún empleado, y fue directamente a la habitación sellada. Sacó el cuaderno que guardaba ahí, no el de la mesita de noche sino el otro, el que llevaba desde noviembre con los registros de nombres y fechas y silencios cronometrados, y lo abrió en la última página escrita.

Leyó lo que había anotado la noche anterior sobre Adrien: *Sabe demasiado de los dos lados para ser completamente de uno solo. Eso lo hace útil. Y eso lo hace vulnerable.*

Debajo añadió una línea nueva, con la letra firme de las decisiones que ya se han tomado aunque todavía no se hayan ejecutado: *François tenía razón sobre él. La pregunta ahora es cuánto tiempo más puede sostener esa división antes de que uno de los dos lados lo obligue a elegir.*

Cerró el cuaderno. Se quedó sentada en la silla de la habitación sellada mirando el árbol genealógico con los nombres en rojo. La rama más reciente terminaba con su propio nombre, escrito en la letra de su padre hace años, cuando ella tenía quizás quince o dieciséis y todavía vivía en ese Château sin saber que en el ala norte había una habitación que algún día iba a cambiar todo lo que creía saber sobre quién era y de dónde venía.

Al lado de su nombre no había nada subrayado en rojo. Todavía.

Constanza estudió ese espacio en blanco durante un momento. Luego guardó el cuaderno, apagó la lámpara de la habitación y bajó a desayunar.

Tenía una reunión con Delvaux a las diez y otra con el equipo de Amberes a las tres. Después, si el tiempo lo permitía, quería revisar una serie de documentos sobre las estructuras societarias de los Fermont en el siglo XIX que había encargado al archivo notarial de Marsella y que deberían haber llegado ya.

El día estaba perfectamente organizado. Como todos los días últimamente, con una precisión que habría parecido excesiva a cualquiera que la observara desde afuera, pero que desde adentro tenía la lógica limpia e irrefutable de las cosas que se hacen porque es necesario hacerlas y porque uno ha dejado de preguntarse si quiere hacerlas o no.

Eso también lo había descrito su padre en la carta. Casi con las mismas palabras.

Constanza bebió su café mirando el parque, que con la lluvia de la noche había recuperado ese verde saturado que solo aparece en los días grises de septiembre, cuando el verano todavía no ha terminado del todo pero ya ha empezado a ceder.

Era un parque hermoso. Siempre lo había sido.

CAPÍTULO 11

La transformación

París y el Château, octubre de 2019 — marzo de 2020

El cambio en Constanza no fue un quiebre. Fue una decantación. Como cuando el vino lleva tiempo en la botella y los sedimentos van al fondo solos, sin que nadie los empuje, simplemente porque la física del tiempo así lo dispone y porque la gravedad no necesita que nadie le dé permiso para hacer su trabajo.

Comenzó por cosas pequeñas que nadie habría podido señalar como síntomas de algo más grande si no las hubiera visto todas juntas. La manera en que conducía las reuniones con los administradores cambió: ya no hacía preguntas, daba instrucciones. La manera en que hablaba con Delvaux cambió: ya no pedía explicaciones, exigía resultados en plazos que ella fijaba unilateralmente. Había un director de la empresa joyera de Amberes que llevaba meses retrasando la entrega de información

financiera con excusas que Constanza había dejado de encontrar creíbles en agosto y que en noviembre ya no se molestaba en escuchar. Una mañana llamó al presidente del consejo de administración de la empresa y le dijo que el director de operaciones sería reemplazado antes de que terminara el mes. El presidente dijo que eso requería un proceso. Constanza dijo que el proceso lo gestionaría su equipo legal y que podía darle el nombre del abogado que se encargaría si lo necesitaba.

El director fue reemplazado en tres semanas. El proceso fue perfectamente legal. Los abogados de Constanza lo condujeron con una eficiencia que el propio presidente del consejo encontró sorprendente, aunque no dijo eso en voz alta porque había aprendido ya que con esta heredera era mejor guardar las sorpresas para uno mismo.

En diciembre, uno de los grupos que reclamaban derechos sobre el patrimonio presentó una demanda en un tribunal de Niza. La demanda tenía fundamentos legales sólidos, construidos sobre años de documentación que incluía, aunque Constanza no lo sabía todavía con certeza, material filtrado desde los archivos de *La Succession*. Constanza contrató a tres despachos diferentes para que trabajaran en paralelo en la respuesta, sin que ninguno supiera que los otros dos estaban haciendo lo mismo. El efecto era una muralla de argumentos jurídicos tan densa que el proceso se prolongó indefinidamente, consumiendo recursos de los demandantes a un ritmo que ninguno de ellos había anticipado cuando decidieron iniciar el procedimiento.

Adrien observó todo esto desde el Château sin decir nada durante semanas. Era su manera de procesar las cosas: el silencio primero, la pregunta después, cuando ya tenía claro qué preguntar.

Una mañana de enero, mientras desayunaban en la sala pequeña con el parque helado al otro lado de la ventana, dejó la taza sobre la mesa y la miró.

—¿Está bien? —preguntó.

Constanza lo miró con una expresión que no había cambiado pero que de alguna manera era diferente a la de meses anteriores, de una manera que Adrien percibía sin poder articular con exactitud.

—Nunca he estado mejor —dijo.

—Las personas que nunca han estado mejor generalmente no lo dicen así.

—¿Cómo lo dicen?

—No lo dicen —dijo Adrien—. Simplemente se nota.

Constanza lo miró durante un momento.

—¿Y en mí qué se nota?

Adrien consideró la pregunta.

—Que ha encontrado algo en lo que es muy buena —dijo finalmente—. Y que eso le gusta más de lo que esperaba que le gustara.

No era inexacto. Constanza pensó que era la observación más precisa que Adrien había hecho sobre ella desde que se conocían, y que el hecho de que la hubiera hecho en voz alta indicaba que él mismo no había decidido todavía qué hacer con esa precisión.

—¿Le parece mal? —preguntó.

—Me parece complicado —dijo Adrien.

Constanza asintió y cambió el tema hacia los fondos luxemburgueses, donde había una revisión pendiente que requería atención esa semana. Adrien siguió la conversación sin insistir. Pero esa noche, antes de dormirse, Constanza pensó en lo que había dicho: *Ha encontrado algo en lo que es muy buena. Y eso le gusta más de lo que esperaba.* Era verdad. No el poder en abstracto, que como concepto le resultaba más aburrido que estimulante. Sino la precisión de él: la capacidad de mover personas y recursos con la exactitud de un relojero, de anticipar resistencias y neutralizarlas antes de que se consolidaran, de entender que en ese mundo las relaciones eran instrumentos y que los instrumentos se calibraban o se sustituían. Esa comprensión le llegaba con la naturalidad de algo que siempre había sabido y que simplemente no había tenido ocasión de ejercer hasta ahora.

Era una naturalidad que debería haberla inquietado más de lo que la inquietaba. Lo sabía. Lo registraba. Y seguía adelante.

En febrero, los demandantes de Niza llegaron a un acuerdo extrajudicial. Las condiciones las había redactado el equipo de Constanza. El acuerdo incluía una compensación económica que era generosa en términos absolutos y modesta en términos relativos al patrimonio total, y una cláusula de confidencialidad que impedía a los demandantes hacer declaraciones públicas sobre el proceso o sobre el contenido del acuerdo. Los abogados de los demandantes lo presentaron como una victoria. Técnicamente no mentían: sus clientes recibían dinero que no habían tenido antes. Lo que no decían, y lo que sus clientes tardaron en comprender completamente, era que la confidencialidad les impedía también seguir construyendo el caso histórico que habían pasado décadas documentando.

Constanza sabía exactamente lo que esa cláusula significaba. Adrien también.

Una tarde de febrero, cuando los últimos documentos del acuerdo habían sido firmados y Constanza los repasaba en el salón del Château con la satisfacción contenida de quien ha terminado algo difícil, Adrien llegó con el abrigo todavía puesto y se quedó de pie frente a la chimenea mirándola.

—La cláusula de confidencialidad —dijo.

—¿Qué pasa con ella?

—Silencia a las únicas personas que tenían documentación histórica sobre Armand —dijo Adrien—. Eso no es solo ganar una demanda. Eso es borrar un registro.

Constanza lo miró sin cambiar de expresión.

—Están compensados —dijo.

—Económicamente —dijo Adrien.

—Es la única compensación que los tribunales reconocen.

—Constanza —dijo Adrien, y era la primera vez en meses que usaba su nombre sin apellido, con esa familiaridad que de pronto sonaba más a advertencia que a cercanía—, eso es exactamente lo que haría *La Succession*. O Armand.

Constanza dejó los documentos sobre la mesa. Lo miró durante un momento largo.

—La diferencia —dijo con una calma que no tenía ninguna grieta visible— es que yo lo hice dentro de la ley, con abogados que ellos mismos contrataron para revisar el acuerdo, con una compensación que aceptaron voluntariamente. Nadie fue coaccionado. Nadie perdió nada que no decidiera entregar.

—Eso es exactamente lo que diría Armand —repitió Adrien.

El silencio que siguió fue el más tenso que habían tenido. Constanza recogió los documentos, los ordenó y los guardó en la carpeta. Luego miró a Adrien con la expresión de alguien que ha escuchado lo que tenía que escuchar y ha tomado nota.

—Gracias por su opinión —dijo.

Y cambió de tema.

Adrien no insistió. Pero esa tarde se marchó antes de lo habitual, con el abrigo puesto desde que había llegado, como si desde el principio hubiera sabido que esa visita iba a ser corta.

Constanza lo vio salir por la ventana del salón. Luego fue al escritorio, sacó su cuaderno y escribió: *Sabe lo que está viendo. La pregunta es si va a seguir mirando o si va a apartar la vista. Eso dirá todo lo que necesito saber sobre cuánto tiempo más es útil.*

Cerró el cuaderno.

Por las noches, a veces, sacaba la carta de François del cajón de la mesita y la releía. Llegaba al párrafo de la cuarta página, el que describía la arquitectura de la corrupción gradual, y pensaba que su padre tenía razón en casi todo. Excepto en la conclusión. François creía que ese proceso era irreversible e involuntario, que uno no podía verlo mientras ocurría y que si podía verlo de todas maneras era demasiado tarde para cambiarlo. Constanza lo veía. Lo veía perfectamente. Y había elegido no cambiarlo porque lo que veía no le parecía una pérdida sino una ganancia, y porque la diferencia entre esa conclusión y la de su padre era, en el fondo, la única diferencia que importaba.

No era ingenuidad. Era otra cosa.

En marzo llegó la pandemia y el mundo se cerró de golpe con esa violencia sorda que tienen las interrupciones que nadie anticipó. El Château quedó aislado con Constanza y un personal reducido, Adrien en París y las reuniones convertidas en llamadas por pantalla que tenían la frialdad instrumental de las cosas que se hacen porque no hay alternativa. Los mercados cayeron, los socios llamaron con urgencia, los fondos de inversión enviaron comunicaciones que mezclaban la alarma con preguntas que en realidad eran demandas de garantías.

Constanza gestionó todo eso con una calma que sus propios abogados encontraron desconcertante. No porque la crisis no fuera real. Sino porque había algo en su manera de responder a la emergencia que no era la reacción de alguien que está improvisando. Era la reacción de alguien que llevaba meses preparándose para un escenario de presión máxima y que ahora lo tenía delante y simplemente lo estaba ejecutando.

En una de las llamadas de marzo, Delvaux le preguntó cómo se encontraba.

—Bien —dijo Constanza—. ¿Por qué?

—Porque la mayoría de las personas en su posición están encontrando esto muy difícil —dijo Delvaux.

—La mayoría de las personas en mi posición no han pasado el último año y medio leyendo los archivos de su padre —dijo Constanza—. Cuando uno sabe cómo funciona el mundo en sus peores versiones, las crisis ordinarias resultan manejables.

Delvaux no respondió a eso. Pero tomó nota, como había tomado nota de otras cosas, de que esta heredera no era lo que había anticipado. Y de que eso podía ser bueno o podía ser otra cosa, y que todavía era demasiado pronto para saber cuál de las dos.

El confinamiento duró semanas que se convirtieron en meses con esa elasticidad particular del tiempo cuando el exterior desaparece y todo ocurre en el mismo espacio. Constanza trabajaba doce horas diarias, a veces más, y encontraba en esa intensidad algo que no era exactamente placer pero que tampoco era sacrificio: era la sensación de estar usando toda la capacidad que tenía, sin reservas ni cortesías innecesarias, con la eficiencia de quien ha dejado de preocuparse por lo que los demás piensan de su manera de hacer las cosas y se concentra únicamente en hacerlas.

Adrien llamaba cada dos o tres días. Las conversaciones eran más cortas que antes, más centradas en lo práctico, como si el formato de la pantalla hubiera reducido el espacio disponible para las cosas que no eran estrictamente necesarias. Constanza lo notaba y no hacía nada al respecto. Había cosas más urgentes en las que pensar.

Una tarde de abril, durante una de esas llamadas, Adrien dijo algo que Constanza guardó sin responder en ese momento.

—Hay algo que necesito contarle —dijo—. Cuando esto termine y podamos vernos. Algo sobre *La Succession* que recibí hace unos días y que no quiero decirle por esta vía.

—¿Es urgente? —preguntó Constanza.

—No inmediatamente —dijo Adrien—. Pero es importante.

—Entonces cuando podamos vernos —dijo Constanza.

Cortó la llamada y se quedó mirando la pantalla apagada durante un momento. *La Succession* tenía un plazo que vencía antes de que terminara el año. Adrien tenía información nueva sobre ellos. Esas dos cosas juntas formaban algo que requería atención, aunque todavía no tenía la forma completa de una conclusión.

Lo anotó en el cuaderno. Luego volvió al trabajo.

Afuera, el parque del Château florecía con esa determinación imperturbable que tiene la primavera cuando llega al campo, indiferente a lo que ocurra dentro de las casas y en las pantallas y en las mentes de las personas que se han quedado quietas mientras el mundo encontraba la manera de seguir girando. Los árboles no sabían que había una pandemia. Las flores tampoco. Constanza los miraba desde la ventana algunas mañanas, entre llamada y llamada, con la sensación vaga de que había algo en ese espectáculo que en otro momento habría encontrado reconfortante y que ahora simplemente registraba como información sobre el estado del parque.

La capacidad de dejarse afectar por las cosas que no tenían consecuencias prácticas estaba reduciéndose. Lo notaba. Lo registraba en el cuaderno, de hecho, con la misma objetividad con que registraba todo lo demás.

Su padre habría reconocido ese síntoma.

Constanza también lo reconocía. Y seguía adelante.

CAPÍTULO 12

La sociedad de las sombras

París, Lyon y Ginebra, abril-julio de 2020

La organización tenía un nombre que había cambiado cuatro veces en tres siglos. En su forma actual se llamaba simplemente *La Succession*, y sus miembros, que no eran más de treinta en cualquier momento dado, se reclutaban entre juristas, historiadores y financistas europeos que compartían una convicción que el tiempo y la práctica habían ido depurando hasta hacerla casi irreconocible respecto a su formulación original: que ciertos patrimonios históricos concentraban tanto poder que no podían dejarse completamente en manos de sus propietarios legales sin algún tipo de supervisión exterior.

La teoría era impecable. La práctica, como Constanza había ido verificando desde Ginebra el año anterior y como continuó verificando durante los

meses del confinamiento a través de documentos que Adrien le fue entregando en fragmentos, era considerablemente más sórdida. *La Succession* no vigilaba el patrimonio Fermont por altruismo ilustrado. Lo vigilaba porque en algún momento de finales del siglo XIX sus predecesores habían decidido que era más eficiente controlar a los propietarios que simplemente observarlos, y desde entonces habían refinado esa estrategia con la paciencia y la continuidad institucional que solo tienen las organizaciones que sobreviven a sus fundadores.

Lo que hacían, en términos concretos, era esto: extraían información de los círculos íntimos de los herederos a través de personas colocadas estratégicamente, como Adrien. Influían en decisiones clave a través de los asesores y abogados que esos herederos nunca sospechaban que respondían a una segunda lealtad, como Delvaux. Financiaban indirectamente las demandas legales que podían convertirse en palancas de presión cuando la negociación directa no funcionaba. Y se beneficiaban del acceso continuo a información privilegiada sobre los movimientos del patrimonio, lo que les permitía posicionarse con anticipación en mercados donde el patrimonio Fermont tenía presencia.

Era, en términos que cualquier jurista habría reconocido con facilidad, una conspiración de libro. Organizada, continuada, con décadas de precedentes documentados que *La Succession* guardaba en sus propios archivos con la meticulosidad de quien sabe que la historia es el mejor argumento para el futuro.

Constanza construyó el caso durante tres meses, trabajando sola, sin decirle a Adrien cuánto había avanzado ni por qué caminos. Usó los fragmentos que él le había dado, sí, pero los combinó con información que había obtenido por sus propios medios: conversaciones con el historiador de Londres, documentos del archivo de Marsella, una fuente en el sector financiero suizo que había conocido a través de uno de los fondos de inversión y que a cambio de cierta información sobre el patrimonio Fermont le dio a su vez información sobre los movimientos de *La Succession* en los mercados europeos durante los últimos diez años.

Lo que emergió de ese trabajo era suficientemente sólido como para ser peligroso. No para un tribunal, donde *La Succession* tenía suficientes capas de protección legal como para que cualquier demanda se prolongara durante años sin resultado concluyente. Pero sí para la opinión pública, donde los nombres de ciertos miembros de la organización vinculados a organismos regulatorios europeos podían producir el tipo de escándalo que no se resuelve en los tribunales sino en los periódicos.

Era una palanca. Y una palanca, en el mundo que Constanza había heredado, valía más que cualquier argumento legal.

Lo que todavía no había decidido era cuándo usarla y con qué objetivo exactamente. Eso dependía de la conversación que Adrien había prometido

cuando pudieran verse, la que tenía que ver con algo nuevo sobre *La Succession* que había recibido en abril y que no quería decir por teléfono.

Se vieron en julio, cuando el confinamiento cedió lo suficiente para que los desplazamientos volvieran a ser posibles. Adrien llegó al Château con ese aspecto ligeramente diferente que tienen las personas después de meses de aislamiento: un poco más delgado, con algo en la expresión que no era exactamente cansancio pero que sí era el resultado de haber pasado demasiado tiempo solo con los propios pensamientos.

Se sentaron en el salón. Era tarde y hacía calor y las ventanas estaban abiertas al parque oscuro.

—Lo que quería contarle —dijo Adrien, sin preámbulo, como si hubiera estado ensayando cómo empezar durante meses y hubiera decidido que no había manera buena de hacerlo— es que *La Succession* ha decidido cambiar su estrategia con usted.

—¿En qué sentido? —preguntó Constanza.

—Hasta ahora la estrategia era la negociación: un acuerdo de acceso a cambio de archivar las demandas y entregar los archivos históricos. Eso sigue siendo lo que quieren. Pero hay una facción dentro de la organización que considera que usted ha tenido demasiado tiempo para prepararse y que el equilibrio de la negociación ha cambiado demasiado a su favor.

—¿Y qué propone esa facción?

—Precipitar —dijo Adrien—. Activar las demandas antes de que termine el año, sin esperar a que usted responda a la propuesta de acuerdo. Usar la presión legal combinada con cierta información que han recopilado sobre decisiones recientes del patrimonio para crear una situación donde usted no tenga más opciones que negociar en sus términos.

Constanza lo escuchó sin interrumpirlo.

—¿Qué información han recopilado? —preguntó.

Adrien la miró durante un momento.

—El acuerdo de Niza —dijo—. La cláusula de confidencialidad. El reemplazo del director de Amberes. Algunas decisiones sobre los fondos luxemburgueses que tienen una interpretación que sus propios abogados probablemente no le han explicado con toda la claridad necesaria.

—¿Y esa información la obtuvieron de usted?

Adrien no respondió de inmediato.

—Parte de ella —dijo finalmente.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. No era el silencio tenso de dos personas que tienen demasiado que decir. Era el silencio de una sola persona, Constanza, procesando algo que ya sabía pero que necesitaba escuchar confirmado.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Desde el principio —dijo Adrien—. Hasta hace unos meses. Cuando decidí dejar de hacerlo.

—¿Qué cambió?

Adrien miró las ventanas abiertas al parque.

—Usted —dijo—. Lo que vi cambiar en usted. No en el sentido en que *La Succession* lo habría querido: ellos querían que usted fuera manejable. Usted no es manejable. Pero tampoco es lo que yo habría querido. —Hizo una pausa—. No sé si eso tiene sentido.

—Tiene sentido —dijo Constanza—. ¿Y ahora?

—Ahora les dije que ya no tengo información útil que darles —dijo Adrien—. Lo cual es parcialmente verdad, porque usted lleva meses diciéndome lo que considera conveniente que yo sepa y no más.

Una sombra de algo que podría haber sido humor cruzó brevemente la expresión de Constanza.

—¿Se dio cuenta? —dijo.

—Me di cuenta en enero —dijo Adrien—. Cuando dejé de recibir información que pudiera verificar de manera independiente. Antes de eso todo lo que usted me decía podía cruzarse con otras fuentes. A partir de enero, no.

—¿Y no dijo nada?

—Estaba esperando a ver qué hacía usted con eso —dijo Adrien—. Y lo que hizo fue exactamente lo que yo habría hecho en su lugar.

Constanza asintió despacio. Había algo en esa conversación que tenía la calidad de las que no pueden deshacerse una vez que han ocurrido: no porque fueran irreparables sino porque eran demasiado honestas para ser ignoradas después.

—*La Succession* va a moverse antes de que termine el año —dijo Constanza —. ¿Tiene usted idea de cuándo exactamente?

—Otoño —dijo Adrien—. Septiembre u octubre. Cuando los tribunales retomen la actividad después del verano.

Constanza lo miró durante un momento.

—¿Está usted dispuesto a ayudarme con lo que viene? —preguntó.

Adrien la miró.

—Depende de qué sea lo que viene —dijo.

—Todavía no lo sé con precisión —dijo Constanza—. Pero cuando lo sepa, se lo digo.

Adrien asintió. Eso era suficiente por esa noche. O al menos era lo que parecía suficiente desde afuera. Lo que Adrien pensaba realmente mientras asentía era algo que no dijo en voz alta y que Constanza, que lo observaba con la atención de meses de práctica, percibió sin poder nombrarlo con exactitud.

Era algo parecido al miedo. No a *La Succession* ni a lo que se venía. A ella.

Esa noche, cuando Adrien se marchó, Constanza abrió el cuaderno y escribió durante media hora. Cuando terminó, lo que había escrito ocupaba tres páginas y tenía la forma de un plan que todavía tenía varios espacios en blanco pero que ya tenía columna vertebral.

La Succession quería negociar en sus términos. Constanza tenía la palanca para negociar en los suyos. Adrien era un activo que había dejado de ser completamente de la organización y que todavía no era completamente suyo, lo cual lo hacía impredecible pero también lo hacía la pieza más interesante del tablero.

El otoño se acercaba.

Constanza cerró el cuaderno, apagó la lámpara y se quedó en la oscuridad del salón durante un momento, con el calor de julio entrando por las ventanas abiertas y el parque afuera quieto y negro.

Pensó que su padre habría reconocido ese momento. La espera antes de la ejecución, cuando todo está calculado y lo único que falta es el momento adecuado. François lo había vivido también, en una escalera de mármol en Mónaco, en enero de 1998.

La diferencia era que su padre había actuado con miedo. Constanza iba a actuar con algo más frío y más durable que el miedo.

Eso también era una herencia. Probablemente la más honesta de todas.

En los días que siguieron a esa conversación, el Château adquirió una temperatura diferente. No en sus proporciones ni en su luz ni en la manera en que el verano golpeaba los ventanales del ala sur con esa insistencia que tiene el calor cuando llega al campo. En el ritmo de las cosas que ocurrían dentro: las llamadas que Constanza hacía a horas que antes no usaba para llamar, las visitas de personas que los empleados no reconocían y que llegaban sin cita y se marchaban después de reuniones que nunca duraban más de una hora, los papeles que aparecían sobre el escritorio del salón y desaparecían antes de que nadie pudiera verlos con detalle.

Marguerite, que llevaba doce años en el Château y que había aprendido a leer la casa como quien lee un texto que conoce de memoria, observaba todo eso sin decir nada. Había algo en el ambiente que le recordaba, aunque no habría sabido explicar exactamente por qué, a los meses antes de que François vendiera el palacio de Mónaco y comprara el Château: esa misma sensación de que algo grande estaba siendo movido de lugar, despacio y con cuidado, por alguien que sabía exactamente a dónde quería que llegara.

Una mañana le preguntó a Constanza si necesitaba algo adicional para las reuniones que estaba teniendo.

—Café para cuatro personas a las once —dijo Constanza—. Y que nadie interrumpa hasta que yo avise.

—Por supuesto, madeimoselle —dijo Marguerite.

Y se retiró con la discreción de los doce años, llevando consigo la observación que no iba a hacer a nadie: que la señorita Belleuve tenía, desde hacía algunas semanas, exactamente la misma manera de mirar el espacio que había tenido monsieur François en sus últimos años. La mirada del hombre que está calculando algo que los demás no ven todavía.

A las once llegaron cuatro personas. Constanza las recibió en el salón pequeño, con el café que Marguerite había dejado y con una carpeta sobre la mesa que nadie había visto antes. Estuvieron reunidos durante noventa minutos. Cuando se marcharon, Constanza salió al corredor con la carpeta cerrada bajo el brazo y la expresión de quien ha terminado una fase de algo que todavía tiene varias fases por delante.

Adrien, que había llegado esa tarde para la revisión semanal de los fondos luxemburgueses, preguntó quiénes eran esas personas.

—Asesores —dijo Constanza.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que necesitaba —dijo Constanza.

Adrien la miró durante un momento. Luego abrió su carpeta y empezaron con los fondos luxemburgueses. Era lo que había que hacer esa tarde, y ambos lo sabían, y los dos también sabían que lo que Constanza no había dicho sobre esas cuatro personas era más relevante que todo lo que diría sobre Luxemburgo.

Pero Luxemburgo era lo que había en la agenda. Y la agenda, en el mundo que Constanza administraba, era sagrada hasta el momento en que dejaba de serlo.

Ese momento todavía no había llegado. Pero el otoño estaba a seis semanas.

CAPÍTULO 13

El verdadero rostro de Adrien

El Château y París, agosto-octubre de 2020

La conversación que Constanza y Adrien llevaban meses aplazando, la definitiva, la que ninguno de los dos había nombrado con ese adjetivo pero que los dos sabían que era esa, sucedió una noche de agosto en el Château con las ventanas abiertas al parque y el calor todavía en el aire a las once de la noche. Había una botella de vino entre ellos, mediada, y el silencio que precede a las cosas importantes que se dicen cuando ya no queda ninguna razón para seguir sin decirlas.

Fue Constanza quien empezó. No con una pregunta sino con tres documentos que colocó sobre la mesa entre ellos: el contrato de colaboración de Adrien con *La Succession* fechado en 2003, cuando él tenía veintidós años y un mentor que reconoció en él exactamente lo que la organización necesitaba. Un informe interno de *La Succession*, fechado en

enero de 2019, que describía la estrategia de acercamiento a la heredera Belleuve y el papel específico asignado a Valmont con una precisión operativa que no dejaba espacio para la ambigüedad. Y una transcripción de una reunión celebrada en Ginebra en ese mismo mes de enero, dos semanas antes de que Adrien apareciera en su vida con su tarjeta de consultor independiente en gestión de patrimonio histórico.

Adrien miró los tres documentos durante un tiempo que no intentó disimular. Luego levantó la vista.

—¿Cuándo los encontró? —preguntó.

—El contrato, en junio —dijo Constanza—. El informe y la transcripción, más recientemente.

—¿A través de quién?

—De varias personas —dijo Constanza—. Eso no importa ahora.

Adrien asintió. Miró otra vez los documentos, como si necesitara confirmar que eran reales, que estaban ahí sobre la mesa del Château y no en algún archivo que nadie debería haber podido acceder.

—¿Qué quiere saber? —dijo finalmente.

—Todo lo que no me ha dicho —dijo Constanza—. Esta noche. Sin la versión calibrada.

Adrien se recostó en el respaldo de la silla. Miró el techo durante un momento, con la expresión de quien está organizando algo que ha tenido desorganizado durante demasiado tiempo y que ahora tiene que poner en orden de una vez.

Y habló.

Le contó el reclutamiento con más detalle del que había dado en ninguna conversación anterior. El mentor se llamaba Renard, era un historiador del patrimonio con setenta años que había sido miembro de *La Succession* durante cuatro décadas y que tenía la habilidad, cultivada con la paciencia de quien lleva mucho tiempo buscando, de identificar en ciertos jóvenes las cualidades que la organización necesitaba: la inteligencia específica para los documentos y las estructuras, la discreción natural que no se aprende sino que se tiene o no se tiene, y algo más difícil de nombrar que Renard describía como la capacidad de relacionarse con autenticidad suficiente para generar confianza sin perder nunca de vista el objetivo para el que se había sido enviado.

Adrien había tenido esas tres cualidades. Renard lo había encontrado en una conferencia de historia económica en Lyon, le había hablado durante una cena que parecía casual y no lo era, y tres meses después le había explicado la existencia de *La Succession* con la precisión de quien ha hecho esa misma explicación muchas veces y sabe exactamente qué decir y en qué orden.

—¿Y usted aceptó sin dudarlo? —preguntó Constanza.

—Con veintidós años y la promesa de acceso a archivos que de otra manera no habría podido ver en décadas —dijo Adrien—, sí. Sin dudarlo demasiado.

—¿Y la primera duda cuándo llegó?

Adrien pensó un momento.

—Cuando conocí a su padre —dijo—. No en el sentido de que François me pareciera una buena persona. En el sentido de que me pareció alguien que había llegado al mismo sitio que yo por un camino diferente: alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo y que no podía dejar de hacerlo aunque quisiera. Y que no estaba seguro de si quería.

—¿Cuándo lo conoció?

—En 2015 —dijo Adrien—. *La Succession* organizó el encuentro. François lo sabía. Yo también. Lo que ninguno de los dos esperaba era que la conversación fuera como fue.

—¿Cómo fue?

Adrien miró la copa de vino.

—Honesta —dijo—. Más honesta de lo que ninguno de los dos tenía previsto ser. François me habló de la habitación del ala norte, sin decirme qué había en ella exactamente. Me dijo que había alguien que algún día iba a necesitar que esa información no la destruyera sino que la usara. Me dijo que él no era esa persona y que no sabía si yo lo era, pero que quería que yo estuviera cerca de quien resultara serlo.

Constanza lo escuchó sin interrumpir.

—Así que fue mi padre quien lo preparó para llegar a mí —dijo.

—En parte —dijo Adrien—. *La Succession* lo había planeado antes. Pero François lo reorientó. Lo que yo debía hacer según la organización y lo que me pidió su padre eran cosas distintas, aunque convergieran en el mismo punto de partida.

—¿Cuál era la diferencia?

—*La Succession* quería que yo la controlara —dijo Adrien—. François quería que yo la ayudara. No son la misma cosa.

Constanza miró los tres documentos sobre la mesa.

—¿Y usted qué quería?

Adrien tardó en responder. Era la pregunta que él mismo se había hecho durante años con resultados que iban cambiando según el momento y el contexto y el estado de la relación con la persona que tenía delante.

—Al principio, lo que Renard me había enseñado a querer —dijo—. Que no era exactamente lo mío, pero que tampoco era completamente ajeno. Luego, cuando conocí a su padre, algo diferente que todavía no sé nombrar del todo. Y después, cuando la conocí a usted —hizo una pausa—, algo que no estaba en ningún plan de nadie.

—¿Qué cosa?

—Que esto terminara de una manera que no reprodujera lo de siempre —dijo Adrien—. Que usted fuera diferente a Armand y a François. No sé si eso era ingenuo. Probablemente lo era.

Constanza lo miró durante un momento largo.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora veo que es diferente a Armand y a François —dijo Adrien—. Pero no de la manera que esperaba. Es diferente porque lo ve. Porque lo elige conscientemente. Y eso, no sé si es mejor o si es simplemente otra variante de lo mismo.

El silencio que siguió fue el más honesto que habían tenido. No el silencio estratégico de los primeros meses ni el silencio cargado de los últimos. Era el silencio de dos personas que han llegado a un punto donde ya no queda nada que no haya sido dicho.

—*La Succession* va a moverse en septiembre —dijo Constanza finalmente —. Usted lo sabe. Yo lo sé. Y yo tengo algo con qué responder que ellos no anticipan.

—¿Qué tiene? —preguntó Adrien.

—Documentación suficiente para exponer las conexiones entre varios miembros de la organización y reguladores financieros europeos —dijo Constanza—. Si eso llega a los medios adecuados antes de que ellos activen las demandas, el escándalo que produce cambia completamente el equilibrio de la negociación.

Adrien la miró.

—¿Va a hacerlo?

—Depende de lo que ellos hagan primero —dijo Constanza—. Y de lo que usted decida.

—¿Qué tengo que decidir yo?

—Si está de mi lado o del de ellos —dijo Constanza—. Esta noche. Sin ambigüedades.

Adrien miró los documentos sobre la mesa, la botella de vino, el parque oscuro al otro lado de las ventanas abiertas. Miró a Constanza con esa expresión que ella había aprendido a leer en todos sus matices durante dos años y que ahora, en este momento, contenía algo que no había visto antes: no la calma construida de los primeros meses, no la fatiga de los últimos, sino algo más parecido a la claridad de quien ha tomado una decisión que llevaba tiempo postergando y que al tomarla siente el alivio específico de las cosas que ya no pueden deshacerse.

—De su lado —dijo.

—¿Con qué consecuencias para usted dentro de *La Succession*? —preguntó Constanza.

—Con todas —dijo Adrien—. Ya lo he pensado.

Constanza asintió. No dijo nada durante un momento. Luego recogió los tres documentos de la mesa, los guardó en la carpeta y se levantó.

—Mañana a las nueve —dijo—. Tenemos trabajo que hacer antes de septiembre.

Adrien asintió. Se levantó también, recogió su chaqueta y fue hacia la puerta del salón. Se detuvo en el umbral.

—Constanza —dijo.

Ella lo miró.

—Lo que le dije antes —dijo Adrien—. Que quería que esto terminara de una manera diferente. Sigo queriéndolo. Aunque ya no sé si es posible.

Constanza lo miró durante un momento.

—Mañana a las nueve —repitió.

Adrien salió. Constanza escuchó sus pasos en el corredor, la puerta principal, el coche arrancando en la oscuridad del parque. Luego fue al escritorio, sacó el cuaderno y escribió una sola línea: *Eligió. Ahora veremos si la elección dura.*

Apagó la lámpara.

Afuera, el parque de agosto estaba quieto y tibio y completamente ajeno a lo que acababa de decidirse en el salón. Los árboles no sabían que algo había cambiado. El calor tampoco.

Solo Constanza lo sabía. Y ya estaba calculando lo que venía después.

Lo que Adrien no le había dicho esa noche, y que Constanza descubrió tres días después a través de una fuente que él ignoraba que ella tenía, era que la reunión en Ginebra de enero de 2019, la que aparecía en la transcripción que había puesto sobre la mesa, no había sido la única en que se habló de ella. Había habido otra, en octubre de 2018, dos semanas antes del funeral de François. En esa reunión, *La Succession* había revisado el perfil de Constanza Belleuve con una exhaustividad que solo era posible si llevaban años recopilando información sobre ella, y había establecido que el acercamiento debía producirse a través de Adrien porque él era el miembro de la organización que tenía más probabilidades de generar una relación de confianza con alguien de ese perfil específico: inteligente, desconfiada de manera natural, con una formación histórica que la haría receptiva a cierto tipo de conversaciones y resistente a otras.

Habían elegido a Adrien porque sabían cómo era ella. Y habían sabido cómo era ella porque llevaban años observándola.

Constanza leyó esa información con la calma de quien ya no puede ser sorprendida por la escala de las cosas que se han hecho sin su conocimiento, y la guardó en el cuaderno con la misma objetividad de siempre. No cambió nada en la decisión que Adrien había tomado la noche anterior: esa decisión era real, o al menos era tan real como podía ser cualquier decisión tomada por alguien que había sido construido por otros

para estar donde estaba. La diferencia entre la lealtad elegida y la lealtad programada era filosóficamente interesante y prácticamente irrelevante si el resultado era el mismo.

Lo que sí cambió fue la manera en que Constanza pensó en la conversación de agosto de cara a lo que venía en septiembre. Adrien era un aliado. Pero era un aliado que había sido diseñado con tal precisión para ser útil en exactamente este contexto que resultaba difícil determinar dónde terminaba su utilidad para ella y dónde empezaba la utilidad que *La Succession* había programado en él desde el principio.

Esa indeterminación era un riesgo. Y los riesgos, en el mundo que Constanza administraba, se gestionaban. No se ignoraban, no se eliminaban si podía evitarse, sino que se calibraban y se incorporaban al plan con el peso exacto que tenían.

Adrien era un riesgo calibrado. Eso era suficiente por ahora.

Lo llamó a la mañana siguiente y le dijo que a las nueve, como habían acordado. Adrien llegó puntual, con el aspecto de alguien que ha dormido poco pero que ha llegado a algún sitio durante esas horas de insomnio que le daba cierta estabilidad. Se sentaron en el salón y empezaron a trabajar.

Lo que construyeron en las semanas siguientes, entre revisiones de fondos luxemburgueses y llamadas con los abogados de Amberes y las visitas de las cuatro personas que Marguerite nunca identificó, era una respuesta a *La Succession* que tenía varias capas y que ninguna de ellas sola habría sido suficiente pero que juntas formaban algo que Constanza había aprendido a construir en los últimos dos años: una muralla que parecía un jardín.

Septiembre llegó puntual, como siempre. Los tribunales reabrieron. *La Succession* activó las demandas, como Adrien había anticipado. Y Constanza, que llevaba semanas esperando ese momento con la paciencia específica de quien sabe exactamente qué va a hacer cuando llegue, empezó a ejecutar lo que había planeado.

Lo que *La Succession* no había anticipado era que la heredera llevaba dos años preparándose para ese momento. Que sabía más de ellos de lo que ellos sabían de ella. Y que el jardín que habían estado mirando durante meses tenía muros.

CAPÍTULO 14

La guerra por el oro viejo

París, Mónaco, Londres y Bruselas, noviembre de 2020 — junio de 2021

La guerra estalló en noviembre con una demanda presentada simultáneamente en tres jurisdicciones distintas: París, Niza y Bruselas. Los abogados de un consorcio que agrupaba a representantes de dos de los cuatro grupos que Constanza había mapeado en su cuaderno la interpusieron un martes por la mañana con la coordinación de quien ha ensayado ese movimiento durante meses y que sabe que la simultaneidad

es parte del efecto. La demanda atacaba el origen de la fortuna Fermont en sus capas más antiguas, cuestionando la legitimidad de transacciones del siglo XVII con documentación que nadie sabía que había sobrevivido, o que al menos nadie exterior al círculo de *La Succession* sabía que había sobrevivido.

Constanza la recibió en el Château a las nueve de la mañana, cuando Delvaux la llamó con la voz de quien comunica algo urgente y al mismo tiempo intenta calibrar cuánto sabe ya la persona al otro lado de la línea.

—Madeimoselle Belleuve —dijo Delvaux—, hay una situación que requiere su atención inmediata.

—Lo sé —dijo Constanza—. Ya tengo los documentos. Llame a los tres despachos y dígales que empieza hoy. El protocolo que discutimos en agosto.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—¿Ya tenía usted conocimiento de esto? —preguntó Delvaux.

—Tenía conocimiento de que ocurriría —dijo Constanza—. No de la fecha exacta. Que es la única variable que no controlaba. Buenos días, maître.

Colgó y llamó a Adrien.

—Empezaron —dijo.

—Lo sé —dijo Adrien—. Recibí aviso hace media hora de alguien dentro de la organización que todavía me pasa información. Hay algo que no esperaba: la documentación que están usando en la demanda de Bruselas tiene material que yo nunca les di. Viene de otra fuente.

—¿Sabe cuál?

—Todavía no —dijo Adrien—. Pero lo que implica es que dentro del patrimonio hay alguien que les ha estado pasando información directamente. Alguien que no soy yo.

Constanza procesó eso durante un segundo.

—¿Delvaux? —dijo.

—Es la posibilidad más obvia —dijo Adrien—. Aunque también podría ser alguien del equipo de Amberes. O de los fondos luxemburgueses.

—Averígüelo —dijo Constanza—. Hoy si puede.

Lo que siguió fue la serie de meses más intensos de su vida, con una densidad de decisiones por hora que habría paralizado a cualquier persona que no hubiera pasado los dos años anteriores preparándose exactamente para esto. Los tres despachos trabajaban en paralelo construyendo la respuesta legal, cada uno sin saber que los otros dos estaban haciendo lo mismo, de manera que el volumen de argumentos jurídicos que se oponía a cada movimiento de la demanda era desproporcionado respecto a lo que el consorcio había anticipado. Sus abogados tardaron semanas en entender qué estaban viendo y más semanas en recalibrarse.

Paralelo al proceso judicial, Constanza desplegó lo que había estado construyendo desde julio: la documentación sobre las conexiones entre miembros de *La Succession* y reguladores financieros europeos llegó a tres periodistas de investigación en distintos países a través de canales que no podían rastrearse hasta ella. No todos la publicaron de inmediato. Uno tardó tres semanas en verificarla. Otro la publicó parcialmente y fue suficiente. El tercero la publicó completa en diciembre y el efecto fue el que Constanza había calculado: un escándalo de dimensiones públicas que contaminó el proceso judicial de una manera que los abogados del consorcio tardaron meses en intentar reparar.

La Succession respondió. Lo hizo de la manera en que responden las organizaciones que han sobrevivido tres siglos: con paciencia, con presión indirecta, con la activación de recursos que Constanza no había anticipado completamente. Hubo reuniones con administradores del patrimonio en distintas ciudades donde alguien que respondía a la organización intentó crear dudas sobre la gestión de Constanza. Hubo contactos con ciertos fondos institucionales que tenían posiciones en el patrimonio para sugerir que la heredera estaba tomando decisiones que ponían en riesgo el valor de esas posiciones. Y hubo, en febrero, una filtración a la prensa económica de información sobre las decisiones de los fondos luxemburgueses que era técnicamente correcta pero que presentada de esa manera particular sugería una gestión errática que no se correspondía con la realidad.

Constanza respondió a cada uno de esos movimientos con la misma metodología: anticipar, neutralizar, convertir la presión en información sobre la organización que la ejercía. Era un proceso que requería atención constante y que dejaba poco espacio para cualquier cosa que no fuera eso.

Adrien identificó la fuente interna en diciembre. Era uno de los asesores financieros del equipo luxemburgués, un hombre que llevaba ocho años en el patrimonio y que había sido colocado ahí por *La Succession* antes de que François muriera, como parte de la preparación anticipada para la transición. Constanza lo dejó en su puesto hasta febrero, cuando la información que él podía filtrar ya no tenía valor estratégico para nadie, y entonces lo reemplazó con la eficiencia que había aprendido a desplegar en esos casos: proceso legal impecable, sin gestos innecesarios, sin conversaciones que no fueran estrictamente necesarias.

—¿Cómo supo que era él? —le preguntó a Adrien cuando le confirmó el nombre.

—Por lo que no sabía —dijo Adrien—. Hay cosas que le conté en reuniones de trabajo que nunca aparecieron en ninguna filtración. Y hay cosas que nunca le conté directamente y que sí aparecieron. El patrón indica alguien con acceso al equipo luxemburgués pero no a las conversaciones entre usted y yo.

—¿Y los de Luxemburgo tienen acceso a las reuniones del equipo luxemburgués? —preguntó Constanza con una ironía tan seca que Adrien tardó un momento en registrarla.

—En efecto —dijo.

—Bien —dijo Constanza—. Entonces el razonamiento funciona.

Era enero, hacía frío en el Château y afuera el parque tenía esa desnudez de los inviernos que hace que las proporciones de los árboles sean visibles de una manera que el verano oculta. Constanza miraba eso por la ventana mientras Adrien le explicaba el razonamiento sobre la fuente interna, y pensaba que había algo en la arquitectura de los árboles sin hojas que le resultaba más honesta que la misma arquitectura cubierta de verde. Lo que era visible en invierno era la estructura real. El resto era decoración.

Eso también era aplicable a *La Succession* en este momento: el escándalo mediático les había quitado suficiente decoración como para que su estructura real fuera visible para cualquiera que supiera mirar. Y la estructura real era la de una organización que había dejado de tener el poder que pretendía tener desde el momento en que alguien dentro del círculo que vigilaba había decidido mirarla de frente.

En abril, tres de los demandantes del consorcio retiraron sus demandas. No porque hubieran perdido la fe en la legitimidad de sus reclamaciones sino porque los abogados que las gestionaban habían sido vinculados públicamente a *La Succession* a través de las filtraciones de diciembre, y esa vinculación hacía su posición insostenible en los términos en que habían construido el caso. Los otros demandantes continuaron, pero el consorcio había perdido cohesión y los procesos se fragmentaron en demandas individuales que el equipo de Constanza gestionó por separado con una eficiencia que fue desgastando a cada parte sin que ninguna pudiera apoyarse en las otras.

En junio, *La Succession* envió una comunicación a través de un intermediario. No era una rendición. Era una propuesta de conversación.

Constanza la recibió en el Château una tarde de verano, leyó el mensaje y lo dejó sobre el escritorio durante un momento antes de responder. Luego llamó a Adrien.

—Quieren hablar —dijo.

—Lo sé —dijo Adrien—. Recibí el mismo mensaje, de otra vía.

—¿Cómo interpreta eso?

—Que ya no confían en mí lo suficiente para usarme como intermediario —dijo Adrien—. Pero que todavía no saben exactamente cuánto sé, así que prefieren mantenerme en el margen antes que convertirme en enemigo declarado.

—¿Y usted qué quiere hacer?

—Lo que usted decida —dijo Adrien.

Constanza anotó eso mentalmente. Era la primera vez que Adrien decía eso sin matices, sin la reserva habitual de alguien que mantiene todavía alguna consideración propia en el balance. Era una lealtad completa o era la simulación perfecta de una lealtad completa, y la diferencia entre las dos cosas era, a estas alturas, filosóficamente interesante y prácticamente irrelevante.

—Voy a responder que sí —dijo Constanza—. Pero en mis condiciones y en mi territorio.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—Las que les voy a decir a ellos cuando vengan —dijo Constanza—. No antes.

Adrien tardó un momento.

—¿Confía en mí o no confía en mí? —preguntó. Era una pregunta directa, sin la elegancia habitual, con algo que podría haber sido frustración o podría haber sido algo más cercano a la necesidad de saber.

Constanza pensó en la respuesta durante un momento real, no como pausa táctica sino como consideración genuina.

—Confío en usted lo suficiente para lo que necesito —dijo—. Que no es lo mismo que confiar sin reservas. Pero que tampoco es poca cosa.

Adrien permaneció en silencio durante unos segundos.

—Entendido —dijo finalmente.

—Bien —dijo Constanza—. Entonces nos vemos mañana. Hay que preparar la reunión.

Colgó. Fue hasta la ventana del salón y miró el parque de junio, que era exactamente lo contrario del parque de enero: todo cubierto, todo verde, la estructura real de los árboles completamente oculta bajo la decoración de la estación.

En algún lugar de Europa, *La Succession* esperaba su respuesta.

En el Château, Constanza ya sabía cuál iba a ser esa respuesta. Lo había sabido desde el otoño anterior. Lo único que había necesitado era el tiempo suficiente para que ellos llegaran a pedírsela.

Lo que Constanza no le dijo a Adrien, y que era la única cosa que todavía no había decidido del todo, era qué hacer con él cuando terminara.

No con la relación, que hacía meses que había dejado de ser lo que había sido en el apartamento del séptimo Distrito y que ahora era otra cosa que ninguno de los dos había nombrado con precisión. Sino con él como elemento del tablero. Adrien sabía demasiado. Había sido construido por *La Succession* para saber exactamente lo que sabía, y ese saber no desaparecía simplemente porque él hubiera elegido un lado en agosto. El conocimiento no tiene lealtades. Permanece en las personas que lo tienen independientemente de las decisiones que esas personas tomen.

Si *La Succession* llegaba a un acuerdo con Constanza, Adrien quedaría en una posición indefinida: demasiado vinculado a ella para seguir siendo útil a la organización, demasiado vinculado a la organización para ser completamente de fiar para ella. Esa indefinición era un riesgo que podía gestionarse de distintas maneras, y Constanza las había considerado todas con la misma objetividad con que había considerado cualquier otro riesgo en los últimos dos años.

No había tomado una decisión todavía. Lo haría cuando tuviera todos los elementos. Y los tendría después de la reunión con *La Succession*.

Mientras tanto, Adrien llegaba al Château puntualmente a las nueve de la mañana, trabajaba con la eficiencia de siempre, hacía preguntas que eran inteligentes y pertinentes, y de vez en cuando la miraba con esa expresión que ella había aprendido a reconocer pero que ya no le provocaba nada que pudiera interferir con lo que había que hacer.

Eso también era un cambio. Uno de los muchos que su padre había descrito en la carta con esa mezcla de precisión y horror que tienen las descripciones escritas desde adentro del proceso que describen.

Constanza lo registraba. Lo anotaba en el cuaderno con la misma objetividad de siempre.

Y seguía adelante.

La reunión con *La Succession* quedó fijada para julio, en el Château, en las condiciones que Constanza había establecido unilateralmente y que la organización había aceptado sin negociar, lo cual era en sí mismo una señal de hasta dónde habían llegado las cosas en ocho meses de guerra silenciosa. Vendrían dos representantes. Constanza los recibiría sola. Las conversaciones no serían grabadas, condición que ella misma había propuesto para darles la sensación de control que ya no tenían.

Adrien sabría que la reunión ocurría. No estaría presente.

Eso era todo lo que Constanza había decidido por ahora sobre él.

El resto lo decidiría julio.

CAPÍTULO 15

La última herencia

El Château, julio de 2021

Los dos representantes de *La Succession* llegaron un martes de julio a las once de la mañana en un coche discreto que aparcó frente al Château con la puntualidad de los que saben que llegar tarde a ciertas reuniones es una forma de mostrar una debilidad que ya no pueden permitirse mostrar. Marguerite los recibió en la entrada y los condujo al salón principal, donde Constanza los esperaba sentada a la cabecera de la mesa larga con una carpeta cerrada frente a ella y el parque de julio al fondo de las ventanas,

verde y luminoso, completamente ajeno a lo que estaba a punto de ocurrir dentro.

El primero se llamaba Beaumont y tenía sesenta años. Era el tipo de hombre que ha pasado décadas en posiciones de poder sin que su nombre haya aparecido nunca en ningún lugar público, lo cual requiere una combinación de inteligencia y disciplina que Constanza reconoció y respetó en su medida exacta. El segundo era más joven, de unos cuarenta y cinco, con el apellido Garet y la actitud del que toma notas y habla poco, que en ese tipo de reuniones suele ser el más peligroso de los dos porque registra todo y no revela nada.

Constanza los saludó con la cortesía precisa que la situación requería, ni más ni menos, y les ofreció café que Marguerite trajo y que los dos aceptaron sin beberlo, lo cual era también una forma de comunicar algo.

—Agradecemos que haya aceptado reunirse —dijo Beaumont.

—Era lo que correspondía —dijo Constanza—. Llevamos mucho tiempo en esto. En algún momento hay que sentarse.

—Exactamente —dijo Beaumont—. Nuestro objetivo al venir aquí es encontrar una manera de resolver la situación que sea satisfactoria para todas las partes. Los procesos judiciales en curso son costosos y prolongados para todos. Creemos que hay una alternativa mejor.

—¿Cuál es su propuesta? —preguntó Constanza.

Beaumont abrió su carpeta. La propuesta era la que Constanza había anticipado con bastante precisión: un acuerdo de acceso a ciertas decisiones del patrimonio durante diez años, a cambio del cual *La Succession* retiraría su apoyo a las demandas restantes y le entregaría los archivos históricos sobre el origen de la fortuna que tenían en su poder. La formulación era más elaborada que eso, con lenguaje jurídico que intentaba disimular la naturaleza de lo que se estaba pidiendo, pero la sustancia era esa.

Constanza lo escuchó sin interrumpir. Cuando Beaumont terminó, dejó pasar un momento antes de hablar.

—Hay varias cosas en esa propuesta que no son aceptables —dijo—. Le voy a decir cuáles son y por qué, y luego le voy a decir qué estoy dispuesta a ofrecer en cambio.

Beaumont asintió con la expresión de quien ha venido preparado para una negociación y que está calibrando si lo que tiene delante es una negociadora o algo diferente.

—Los diez años de acceso a decisiones son inaceptables —dijo Constanza—. No porque el número sea excesivo, sino porque el principio es inaceptable. Ningún acuerdo puede establecer que una tercera parte tenga influencia sobre las decisiones de este patrimonio. Eso no es negociable.

Garet escribió algo en su cuaderno. Beaumont mantuvo la expresión.

—Entiendo su posición —dijo—. Pero sin algún tipo de supervisión, *La Succession* no tiene garantías de que el patrimonio vaya a ser gestionado de una manera que no reproduzca los problemas históricos que hemos documentado.

—La supervisión que usted describe es exactamente el problema histórico que pretende evitar —dijo Constanza—. *La Succession* lleva tres siglos ejerciendo influencia sobre los propietarios de este patrimonio con la justificación de que esa influencia es necesaria para evitar la corrupción. El resultado de esa influencia es que la corrupción continuó sin interrupción. No voy a firmar un acuerdo que perpetúe ese mecanismo.

Beaumont miró a Garet. Garet siguió escribiendo.

—¿Qué propone usted entonces? —dijo Beaumont.

Constanza abrió su carpeta. Sacó un documento de ocho páginas y lo deslizó por la mesa hacia Beaumont.

—Esto es lo que propongo —dijo.

Lo que el documento establecía era esto: *La Succession* entregaría los archivos completos sobre el origen histórico del patrimonio en el plazo de treinta días. A cambio, Constanza no publicaría la documentación adicional que tenía sobre las actividades de la organización en los mercados financieros europeos durante los últimos veinte años, documentación que iba considerablemente más allá de lo que ya había llegado a la prensa. *La Succession* retiraría cualquier apoyo a las demandas en curso. Y Constanza establecería un fondo de reparación histórica con una dotación inicial que ella fijaría unilateralmente, destinado a los descendientes identificables de las familias despojadas en el origen del patrimonio, cuya administración sería completamente independiente de la organización.

No había acceso a decisiones. No había supervisión. No había ningún mecanismo que vinculara a *La Succession* al patrimonio en el futuro.

Beaumont leyó el documento con atención. Garet lo leyó también, inclinándose ligeramente sobre el hombro de su colega. El silencio que siguió fue el más largo de la reunión.

—La documentación que menciona aquí —dijo Beaumont finalmente, señalando un párrafo de la cuarta página—, no tenemos confirmación de que exista con el alcance que usted describe.

—Puedo proporcionarle un índice —dijo Constanza—. Sin el contenido, naturalmente. El contenido se entrega si no hay acuerdo.

Otra pausa.

—El fondo de reparación —dijo Beaumont—. ¿Cuál sería la dotación inicial?

—Cincuenta millones de euros —dijo Constanza.

Garet levantó la vista del cuaderno por primera vez desde que había empezado a escribir.

—Eso es una cantidad considerable —dijo Beaumont.

—Es menos del cuatro por ciento del patrimonio total —dijo Constanza—. Y es la única compensación que las familias afectadas van a recibir, porque las demandas en curso no tienen posibilidades reales de prosperar en los plazos y con los recursos que tienen. Lo saben usted, lo saben ellos y lo sé yo. El fondo es real. Es dinero real para personas reales. No es una cifra simbólica.

Beaumont miró el documento durante un momento más.

—Necesitamos consultar con el resto de la organización —dijo.

—Tiene hasta el viernes —dijo Constanza—. Si el viernes no hay respuesta, el índice de la documentación llega a dos periódicos adicionales el lunes.

Beaumont la miró con la expresión de alguien que está recalculando algo que había calculado de una manera y que ahora ve que los números no cuadran como esperaba.

—¿Cuánto tiempo lleva preparando esto? —preguntó.

—Desde que llegué al Château hace tres años —dijo Constanza—. Buenos días, monsieur Beaumont.

Se levantó. La reunión había terminado.

Los dos hombres salieron del Château con los documentos de Constanza en la carpeta de Beaumont y con una expresión que Marguerite, que los vio marcharse desde el corredor, no supo clasificar exactamente en ninguna de las categorías habituales de las personas que salían de reuniones en esa casa. No era la expresión de quien ha ganado ni de quien ha perdido. Era la expresión de quien ha comprendido que estaba jugando una partida distinta a la que creía estar jugando.

Constanza los vio salir por la ventana del salón. Luego se sirvió el café que nadie había bebido, se sentó en el sillón frente a la chimenea apagada y miró el parque durante un buen rato sin pensar en nada concreto, que era una habilidad que cada vez le resultaba más fácil porque había cada vez menos cosas que necesitaran su atención en ese estado de vigilancia constante.

Llamó a Adrien a las doce.

—Terminó —dijo.

—¿Cómo fue?

—Como esperaba —dijo Constanza—. Tienen hasta el viernes.

—¿Y si no aceptan?

—Aceptarán —dijo Constanza.

Adrien guardó silencio un momento.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo.

—Sí.

—El fondo de reparación —dijo Adrien—. ¿Es parte de la estrategia o es algo más?

Constanza miró el parque a través de la ventana. Era una pregunta que ella misma se había hecho en distintas formulaciones durante los meses en que había estado diseñando el acuerdo. La respuesta honesta era que era las dos cosas y que la imposibilidad de separarlas completamente era precisamente lo que la hacía interesante.

—Las dos cosas —dijo—. ¿Eso le parece un problema?

—No —dijo Adrien—. Me parece lo más humano que ha hecho en mucho tiempo.

Constanza no respondió a eso. Dijo que hablarían el viernes cuando tuviera la respuesta de *La Succession* y colgó.

Se quedó mirando el teléfono durante un momento. Lo más humano que había hecho en mucho tiempo. Era posible que tuviera razón. Era también posible que la distinción entre lo estratégico y lo humano hubiera dejado de tener bordes claros en algún punto del camino, y que eso fuera precisamente lo que su padre había intentado describir en la carta y no había conseguido articular del todo.

El viernes, *La Succession* respondió que aceptaba.

Los archivos llegaron en tres discos encriptados y cuatro cajas de documentos originales tres semanas después. Constanza pasó dos semanas leyéndolos. Lo que contenían confirmaba y amplificaba todo lo que había encontrado en la habitación sellada, en el monasterio de Saint-Guilhem, en las conversaciones con Martel y Simone Aubert y el historiador de Londres. El origen remoto de la fortuna era exactamente lo que las notas de François sugerían y lo que el prior benedictino había documentado en sus márgenes: una confiscación masiva del siglo XVII, cuarenta y tres familias despojadas de sus bienes durante las guerras de religión, el primer Fermont que no era aristócrata sino recaudador de impuestos oportunista que había encontrado en el caos el camino hacia una fortuna que sus descendientes habían refinado y legalizado durante generaciones.

La lista de las cuarenta y tres familias estaba en la última página del último documento. Constanza la copió a mano en su cuaderno. Luego cerró los archivos y llamó al abogado que iba a gestionar el fondo de reparación.

—Empiece la búsqueda de descendientes —dijo—. Cuarenta y tres familias. Le envío los nombres esta tarde.

Colgó. Se quedó un momento con el cuaderno abierto y la lista manuscrita frente a ella. Cuarenta y tres nombres que habían desaparecido de los registros históricos hace cuatro siglos. Algunos porque sus familias habían emigrado. Otros porque habían dejado de existir como unidad reconocible. Otros simplemente porque la historia no había tenido razones para seguir rastreándolos.

Ahora había una razón. Constanza la había creado.

Eso era real. Era también, comprendió sin necesidad de anotarlo en ningún cuaderno, completamente compatible con todo lo que había hecho antes

para llegar hasta aquí. La generosidad del fondo no borraba los métodos. Los métodos no anulaban la generosidad del fondo. Las dos cosas coexistían con la misma naturalidad con que coexistían en su padre, en Armand, en el primer Fermont que había encontrado en el caos de las guerras de religión la manera de tomar lo que otros no podían ya defender.

El ciclo no se había roto. Había encontrado una nueva manera de continuar.

Constanza cerró el cuaderno, se levantó y fue a prepararse para la siguiente reunión. Había trabajo que hacer. Siempre había trabajo que hacer.

El parque afuera seguía siendo hermoso. En eso, al menos, nada había cambiado.

Lo que sí había cambiado, aunque Constanza no lo habría formulado de esa manera, era la velocidad con que ciertas cosas dejaban de importar.

El acuerdo con *La Succession* ocupó los titulares del sector financiero durante una semana. El fondo de reparación recibió cobertura más amplia, con el tono de admiración contenida que tienen las noticias sobre gestos generosos de personas ricas cuando esos gestos son suficientemente grandes como para parecer genuinos. Constanza concedió dos entrevistas breves, respondió a las preguntas con la precisión de quien ha pensado de antemano cada respuesta posible, y no dijo nada que no hubiera decidido decir.

Adrien leyó las entrevistas en París y la llamó.

—Le queda bien —dijo.

—¿El qué?

—La versión pública —dijo Adrien—. La heredera responsable. Es convincente.

—No es una versión —dijo Constanza.

—No —dijo Adrien—. Eso es lo complicado.

Hubo un silencio.

—¿Cuándo viene al Château? —preguntó Constanza.

—¿Me necesita para algo?

—Hay revisiones pendientes de los fondos —dijo Constanza—. Y hay una propuesta que llegó de un socio en Dubái que quiero que vea.

—La semana que viene —dijo Adrien—. El martes.

—Bien —dijo Constanza—. Hasta el martes.

Colgó. Miró por la ventana el parque de agosto, que era exactamente como había sido siempre: hermoso, ordenado, completamente indiferente. Pensó en Adrien en París, leyendo entrevistas sobre la versión pública de lo que ella era. Pensó en lo que él había dicho: *eso es lo complicado.* Tenía razón. Era complicado precisamente porque no era falso. El fondo era real. La intención era real. Y la compatibilidad de esa realidad con todo lo demás

también era real, y esa compatibilidad era la cosa más difícil de mirar de frente, más difícil incluso que los archivos del siglo XVII o las cinco páginas de la confesión de su padre.

Porque la compatibilidad implicaba que no había dos versiones de ella, la estratégica y la humana, que coexistieran en tensión. Había una sola. Y esa sola era todo lo anterior junto: la mujer que había construido una muralla mientras los demás creían que estaban mirando un jardín, que había gestionado a Adrien con la objetividad de quien gestiona un activo, que había silenciado a los demandantes de Niza con una cláusula de confidencialidad mientras les pagaba lo suficiente para que no protestaran, que había expuesto a *La Succession* no por justicia sino por ventaja, y que al mismo tiempo había creado un fondo de reparación real con dinero real para cuarenta y tres familias que llevaban cuatro siglos sin que nadie pensara en ellas.

Todo eso era ella. Sin separaciones limpias. Sin el territorio neutral que su padre había buscado y no encontrado.

Lo que sí tenía, a diferencia de su padre, era la capacidad de mirarlo directamente sin apartar la vista.

Eso no era redención. No era tampoco su contrario. Era simplemente lo que era: una mujer de veintiocho años que había heredado una fortuna, una historia y una manera de estar en el mundo, y que había elegido, con los ojos completamente abiertos, no cambiar ninguna de las tres.

El árbol genealógico seguía en la pared de la habitación sellada. El espacio junto a su nombre seguía sin subrayar en rojo.

Por ahora.

CAPÍTULO 16

La decisión de Constanza

El Château y París, agosto-diciembre de 2021

El fondo de reparación histórica se anunció en septiembre con una conferencia de prensa en París que los asesores de comunicación de Constanza habían preparado con el rigor de quienes entienden que ciertas noticias necesitan el encuadre correcto para producir el efecto correcto. Constanza lo presentó ella misma, de pie frente a un podio en una sala del hotel Bristol con cincuenta periodistas y veinte cámaras, con la misma precisión con que hacía todo lo demás: palabras elegidas de antemano, ninguna improvisación, ningún gesto que no hubiera pasado por el filtro de la consideración previa.

Cincuenta millones de euros para los descendientes identificables de las cuarenta y tres familias despojadas en el siglo XVII. Un proceso de verificación histórica independiente. Un consejo de administración del que ella formaría parte pero no presidiría. La dotación inicial garantizada con

activos del patrimonio, lo que hacía el compromiso irrevocable en términos legales.

La respuesta fue extraordinariamente positiva. Los medios habían hablado de un gesto sin precedentes en la historia del patrimonio privado europeo. Varios gobiernos la citaron en discursos sobre responsabilidad histórica voluntaria. Tres universidades le ofrecieron doctorados honoris causa que ella declinó con cortesía. Algunas de las familias demandantes que todavía tenían procesos activos los retiraron, no porque el fondo resolviera sus reclamaciones específicas sino porque la creación del fondo cambiaba el contexto en que esas reclamaciones podían sostenerse públicamente.

La Succession, que observaba desde la distancia con los archivos ya entregados y el acuerdo firmado, interpretó el movimiento correctamente y en silencio: Constanza estaba construyendo una reputación que la hacía prácticamente inatacable desde cualquier ángulo público. Era, en términos que Beaumont comunicó a los otros miembros de la organización en una reunión de octubre, exactamente lo que habrían hecho ellos si hubieran tenido los recursos y la posición de hacerlo. Lo cual era, al mismo tiempo, la mejor señal de que habían subestimado a esta heredera desde el principio.

Adrien observaba todo desde el Château, donde seguía llegando tres veces por semana con su carpeta y su café y esa expresión que llevaba meses siendo la de alguien que está viendo algo que todavía no sabe cómo nombrar del todo.

Una tarde de octubre, mientras revisaban los últimos trámites del fondo, dejó el bolígrafo sobre la mesa y la miró.

—¿Puedo decirle algo que no le va a gustar? —dijo.

—Siempre —dijo Constanza.

—Creo que tiene miedo —dijo Adrien.

Constanza lo miró sin cambiar de expresión.

—¿De qué?

—De lo que viene después de que todo esto termine —dijo Adrien—. Mientras hubo una guerra, había un objetivo. Cuando no hay guerra, hay que decidir qué se es. Y creo que esa decisión le resulta más difícil que cualquier negociación con *La Succession*.

Constanza lo miró durante un momento largo.

—¿Y usted qué cree que soy? —preguntó.

Adrien tardó en responder.

—Creo que es alguien que aprendió a hacer exactamente lo correcto por razones que han dejado de ser del todo correctas —dijo—. Y que eso es más peligroso que hacer algo malo por razones malas, porque no tiene remedio visible.

Era la misma frase que había dicho en otra conversación, meses atrás. Constanza la reconoció. La había anotado en el cuaderno la primera vez

que la escuchó. Ahora la escuchaba de nuevo y sentía algo diferente al registrarla: no la frialdad analítica de entonces sino algo más difícil de categorizar, algo que podría haber sido incomodidad si hubiera tenido más espacio para instalarse.

—Tiene razón en una cosa —dijo Constanza—. Mientras hubo una guerra, había un objetivo. Ahora el objetivo es otro.

—¿Cuál?

—Construir algo que dure —dijo Constanza—. No solo conservar lo que hay.

Adrien la miró.

—¿Y eso es diferente a lo que hicieron Armand y François?

—François conservó —dijo Constanza—. Armand tomó. Yo quiero construir. Sí, es diferente.

—¿Diferente en los métodos o diferente en la lógica?

Constanza no respondió de inmediato. Era la pregunta que su padre había intentado responder en la carta y que el prior benedictino había formulado de otra manera cuatro siglos antes. La diferencia entre los métodos y la lógica. Entre la superficie y la estructura.

—Eso está por verse —dijo finalmente.

Adrien asintió. Recogió el bolígrafo. Volvieron a los documentos del fondo.

Esa noche, cuando Adrien se marchó, Constanza se quedó en el salón hasta tarde con las ventanas abiertas al parque de octubre, que tenía ya el ocre de los otoños que a ella siempre le había parecido el color más honesto de la naturaleza: ni la exuberancia del verano ni la desnudez del invierno, sino algo intermedio que reconocía la pérdida sin dramatizarla.

Pensó en lo que Adrien había dicho. Pensó en la pregunta sobre la lógica y los métodos. Pensó en el árbol genealógico con el espacio en blanco junto a su nombre.

Y pensó, por primera vez con una claridad que no había tenido antes, en qué iba a hacer con Adrien.

No era una decisión que hubiera postergado por sentimentalismo. Era una decisión que había postergado porque las circunstancias no la habían requerido todavía y porque en el mundo que administraba las decisiones prematuras eran tan costosas como las tardías. Pero ahora las circunstancias habían cambiado. La guerra había terminado. El acuerdo estaba firmado. El fondo estaba constituido. Y Adrien Valmont era alguien que sabía demasiado de demasiadas cosas: de *La Succession*, del patrimonio, de ella, de la manera en que funcionaba su mente y de las decisiones que había tomado en los últimos tres años.

Ese conocimiento era un riesgo. No inmediato, no necesariamente hostil, pero real. Y los riesgos, en el mundo que Constanza administraba, se gestionaban.

No tomó ninguna decisión esa noche. Pero la dejó instalada en algún lugar donde las cosas esperan a ser necesarias.

Noviembre pasó con la velocidad de los meses que están llenos de cosas que hacer y diciembre llegó con esa calma aparente que tienen los diciembres cuando el año ha consumido toda su energía y lo que queda es el espacio entre lo que fue y lo que vendrá.

La última conversación que tuvieron ocurrió una noche de diciembre en el salón del Château, con la chimenea encendida y una botella de vino que ninguno de los dos terminó. Adrien llegó sin carpeta, lo cual era inusual, y se sentó con la actitud de quien ha venido a decir algo que ha estado organizando durante tiempo.

—Voy a dejarlo —dijo.

Constanza lo miró.

—¿Dejar qué?

—Esto —dijo Adrien—. El trabajo. El Château. Todo.

—¿Por qué?

Adrien miró la chimenea.

—Porque me he convertido en algo que no sé nombrar bien —dijo—. Cuando llegué aquí era el agente de *La Succession*. Luego fui algo más complicado que eso. Ahora no sé exactamente qué soy, y esa indefinición me resulta cada vez más difícil de sostener.

—¿Y si le digo que la necesito aquí? —preguntó Constanza.

—Le diría que es verdad —dijo Adrien—. Y que precisamente por eso tengo que irme.

Constanza lo miró durante un momento largo. Había en esa frase algo que era completamente honesto y que por tanto era difícil de refutar con argumentos que no fueran también completamente honestos.

—¿Cuándo? —dijo.

—Después de las fiestas —dijo Adrien—. Hay cosas pendientes que puedo dejar cerradas para enero.

Constanza asintió.

—Bien —dijo.

No dijo nada más. Adrien tampoco. Estuvieron un rato en silencio frente a la chimenea, con el vino sin terminar entre ellos y el parque oscuro al otro lado de las ventanas, y en ese silencio había algo que en otro momento habría tenido un nombre y que ahora simplemente era lo que era: dos personas que habían llegado juntas hasta un punto donde los caminos se separaban, sin drama y sin resolución, con la claridad fría de las cosas que ya no pueden ser de otra manera.

Adrien se marchó pasada la medianoche.

Dos semanas después, en una carretera de montaña del Jura, su coche salió de la vía en una curva con hielo. El parte meteorológico de esa noche registraba temperaturas bajo cero y visibilidad reducida. El informe de tráfico describía condiciones adversas en varios tramos de la ruta que Adrien había tomado.

La investigación fue breve. Un accidente de tráfico en condiciones meteorológicas desfavorables. Archivado.

Constanza recibió la noticia una mañana de enero, por teléfono, de alguien del equipo legal que había visto el parte policial. Se quedó un momento con el teléfono en la mano después de colgar, mirando el parque de enero por la ventana del salón. El parque sin hojas, con la estructura real de los árboles completamente visible.

Luego fue al escritorio, abrió el cuaderno en la última página escrita, y debajo de lo último que había anotado escribió una sola línea.

La cerró antes de que pudiera leerse desde afuera.

Asistió al funeral. Llevó flores blancas. Estuvo de pie junto a la tumba con el frío de enero moviéndole el cabello negro, entre un grupo reducido de personas que conocían a Adrien de distintas épocas y distintos contextos, y ninguno de los cuales sabía exactamente quién era la mujer elegante que estaba al fondo del grupo con las flores blancas en la mano y una expresión que no era exactamente de duelo pero que tampoco era ninguna otra cosa que tuviera nombre claro.

No lloró.

De regreso en el Château esa tarde, antes de que oscureciera, fue a la habitación sellada. Encendió la lámpara. Miró el árbol genealógico con los nombres subrayados en rojo durante un buen rato, siguiendo con el dedo las líneas que conectaban un nombre con el siguiente, desde el primer Fermont que había encontrado en el caos de las guerras de religión la manera de tomar lo que otros no podían defender, hasta el espacio en blanco junto a su propio nombre al final de la rama más reciente.

Tomó el bolígrafo rojo que seguía sobre la mesa desde que su padre lo había dejado ahí.

Miró el espacio en blanco durante un momento.

Luego lo guardó en el cajón sin usarlo, apagó la lámpara y salió de la habitación.

Todavía no. Pero pronto.

Al día siguiente, Constanza retomó el trabajo con la normalidad de siempre. Había una revisión pendiente de las estructuras del fondo de reparación, una propuesta de Dubái que requería respuesta antes de fin de mes, y varias contrataciones que el equipo de recursos humanos esperaba que ella aprobara. Todo perfectamente en orden. Todo perfectamente en su lugar.

El joven abogado que había incorporado al equipo en octubre se llamaba Laurent y tenía veintiocho años y una inteligencia para las estructuras financieras que Constanza había reconocido en la primera reunión que tuvieron. Llegaba puntual, hacía preguntas precisas, anticipaba lo que se le iba a pedir con una frecuencia que no era coincidencia sino el resultado de una atención sostenida que pocos de los que trabajaban con ella tenían en ese grado. Constanza había decidido darle más responsabilidades antes de la muerte de Adrien. Después de ella, esa decisión adquirió una urgencia que no había tenido antes.

Lo llamó a su despacho una mañana de enero.

—Laurent —dijo—, quiero que asuma la coordinación del equipo de Amberes a partir del mes que viene. Con todo lo que eso implica.

Laurent la miró con la expresión de alguien que no esperaba eso pero que tampoco lo rechaza.

—Es un paso considerable —dijo.

—Lo sé —dijo Constanza—. ¿Puede manejarlo?

—Sí —dijo Laurent, sin la pausa que habría usado alguien menos seguro o más cuidadoso.

Constanza asintió.

—Bien —dijo—. Empiece la semana que viene. Quiero un informe de situación para el primer martes de febrero.

Laurent salió del despacho con la eficiencia de quien ya está calculando lo que tiene que hacer antes de que la puerta se cierre. Constanza lo vio marcharse y pensó, con una claridad que no necesitaba ser anotada en ningún cuaderno, que ese hombre tenía exactamente las cualidades que *La Succession* habría buscado en alguien que quisiera colocar cerca de ella. Inteligencia, discreción, la capacidad de anticipar.

Lo cual no significaba que fuera un agente de nadie. Significaba simplemente que esas cualidades eran las mismas que cualquier persona en su posición necesitaría en alguien de confianza, y que la desconfianza sistemática hacia cualquiera que las tuviera era un lujo que no podía permitirse si quería que el patrimonio funcionara.

O eso era lo que se decía. La otra posibilidad era que esas cualidades seguían siendo lo que siempre habían sido en el mundo que habitaba: señales que requerían atención, no necesariamente alarma, pero sí la atención específica de quien ha aprendido que las personas más útiles son también las más difíciles de leer completamente.

Lo observaría. Como había observado a todos. Con el tiempo sabría lo que necesitaba saber.

Esa tarde, antes de subir a cambiarse para una cena en París, pasó por la habitación sellada. Abrió la puerta, encendió la lámpara, miró el árbol

genealógico durante un momento. El espacio junto a su nombre seguía vacío.

El bolígrafo rojo seguía en el cajón.

Constanza apagó la lámpara, cerró la puerta y fue a prepararse para la cena. Tenía trabajo que hacer. Siempre tendría trabajo que hacer.

Eso, al menos, no había cambiado.

EPÍLOGO

El oro siempre regresa

Château de Vaux-le-Vicomte, primavera de 2022

Ha pasado un año desde la conferencia de prensa en París. El fondo de reparación histórica ha distribuido sus primeros pagos y los medios han hecho un seguimiento elogioso del proceso, con el tono de los periodistas que encuentran en ciertos gestos la confirmación de que el mundo puede ser mejor de lo que parece la mayoría de los días. El nombre de Constanza Belleuve aparece en varias listas de filántropos europeos del año, junto a personas cuya riqueza tiene orígenes que nadie examina con demasiado detalle porque el presente generoso es suficiente argumento para no preguntarse demasiado por el pasado.

La Succession ha entrado en un período de reconstrucción interna que la tendrá ocupada durante años. Beaumont se retiró en febrero. Garet asumió la dirección interina con la actitud cauta de quien ha heredado una organización que acaba de descubrir los límites de lo que puede hacer. Los procesos judiciales que quedaban activos se han resuelto o están en vías de resolverse, en todos los casos de maneras que el equipo de Constanza describe como favorables y que los demandantes restantes describen, con menos unanimidad, como lo mejor que podían obtener dadas las circunstancias.

El Château en primavera tiene una luz diferente. Las ventanas del ala sur están abiertas y el parque ha empezado a verdear con esa determinación silenciosa que tiene la naturaleza cuando el invierno cede: primero los árboles más jóvenes, luego los viejos, luego la hierba, todo en un orden que nadie ha diseñado y que sin embargo tiene la precisión de las cosas que se repiten porque así es como tienen que ser.

Constanza camina por los corredores del Château con la soltura de quien lleva toda la vida en ese espacio, aunque solo lleve cuatro años. Ha cambiado la distribución de algunos salones, ha reemplazado parte del personal con personas que ella misma ha seleccionado, ha renovado varios contratos con criterios que los abogados describen como más eficientes y que los empleados más antiguos describen, con la imprecisión de las intuiciones que no encuentran argumento, como más fríos. Marguerite sigue ahí, con sus doce años y su capacidad para leer la casa como un

texto. No dice nada sobre los cambios. Simplemente los registra con la misma objetividad con que ha registrado todo lo demás.

Laurent ocupa ahora un despacho en el ala este que antes era una sala de reuniones. Coordina el equipo de Amberes y dos proyectos adicionales que Constanza le ha asignado en los últimos meses, cada uno un paso más allá del anterior, cada uno aceptado con la misma respuesta breve y sin titubeos que dio la primera vez: sí, puedo manejarlo. Es un hombre que no necesita que le expliquen las cosas dos veces. Que ve las conexiones antes de que alguien las señale. Que tiene, en la manera en que se mueve por el Château, esa cualidad que Constanza ha aprendido a reconocer en las personas que van a importar: la de quien ocupa el espacio con la exacta cantidad de presencia que el espacio requiere, ni más ni menos.

Constanza lo observa. Con la misma atención con que ha observado todo lo demás. Sin conclusiones prematuras.

Una mañana de abril, Constanza pasa frente a la galería norte. La puerta de la habitación sellada está abierta: la dejó de cerrar hace meses porque ya no hay nada en ella que no sepa. Las cajas archivadoras siguen en los estantes. El árbol genealógico con los nombres subrayados en rojo sigue en la pared. Los documentos de François siguen sobre la mesa, ordenados con la meticulosidad de quien los guardó para que alguien los encontrara.

Se detiene un momento en el umbral. Mira el árbol genealógico desde ahí, sin entrar. El espacio junto a su nombre al final de la rama más reciente. El bolígrafo rojo en el cajón de la mesa.

Luego sigue caminando.

Laurent la espera en el salón principal con documentos que firmar. Es puntual, como siempre. Tiene preparado un resumen de tres puntos sobre cada uno de los asuntos pendientes, con las alternativas ya evaluadas y una recomendación clara para cada una. Constanza lee el resumen mientras él espera, hace una pregunta sobre el segundo punto, recibe una respuesta que es precisa y que incluye información que ella no había mencionado y que él ha encontrado por su cuenta.

—¿Cómo supo que eso era relevante? —pregunta Constanza.

Laurent la mira con una expresión que no es exactamente sorpresa sino algo más parecido a la calibración de hasta dónde revelar lo que sabe sobre cómo trabaja ella.

—Porque es el tipo de detalle que usted habría buscado si hubiera tenido tiempo de buscarlo —dice—. Pensé que era más eficiente tenerlo ya.

Constanza lo mira durante un momento.

—Bien —dice—. Siga así.

Laurent recoge sus papeles y sale con la eficiencia de siempre. Constanza lo ve marcharse por la puerta del salón y se queda un momento sola, con los documentos firmados sobre la mesa y la luz de abril entrando oblicua por las ventanas del ala sur.

Piensa en Adrien. No con frecuencia, pero sí con la precisión de quien recuerda las cosas importantes exactamente como fueron, sin el desgaste que produce la emoción cuando se interpone entre la memoria y el hecho. Piensa en lo que él dijo en la última conversación real que tuvieron, antes de la despedida sin nombre en el salón de diciembre: *Creo que está haciendo exactamente lo correcto por razones que han dejado de ser del todo correctas. Y eso es más peligroso que hacer algo malo por razones malas, porque no tiene remedio visible.*

Piensa que tenía razón. Piensa también que el remedio visible no era una opción que ella hubiera elegido aunque hubiera existido. Eso es todo lo que puede pensar sobre Adrien sin que el pensamiento se extienda hacia lugares que no necesitan ser visitados.

Fuera, el parque de primavera sigue verdeando con su determinación silenciosa. Los árboles viejos tienen ya las hojas completas. Los jóvenes están a mitad del proceso, en ese estado provisional de la primavera temprana en que todo empieza pero nada ha terminado de decidir comprometerse del todo.

Constanza se acerca a la ventana.

En el cristal puede ver su propio reflejo superpuesto al verde exterior: una mujer de veintiocho años, elegante, con el cabello negro y una expresión que no ha cambiado de manera visible en los cuatro años que lleva en el Château pero que quien la conociera de antes y la viera ahora reconocería como diferente en una manera que sería difícil de articular con precisión. No más fría ni más dura: esas son categorías demasiado simples para lo que ha ocurrido. Simplemente más completa. Como si hubiera llenado un espacio que antes estaba vacío, aunque lo que lo llenó no fuera exactamente lo que uno habría elegido para llenarlo.

En el cristal, su reflejo superpuesto al parque.

Se parece, si alguien pudiera recordarlo, al reflejo de François en la ventana del palacio de La Condamine aquella madrugada de enero de 1998, mirando el puerto mientras Henri subía a llamar a su puerta.

Se parece, con cuatro siglos de distancia y todos los cambios de superficie que esos siglos implican, a la expresión que debió tener el primer Fermont cuando encontró en el caos de las guerras de religión la oportunidad que había estado esperando sin saber que la esperaba.

Constanza no piensa en ninguna de estas dos cosas. No porque no pudiera pensarlas sino porque ya las ha pensado, en distintos momentos y con distintos grados de claridad, y porque pensarlas de nuevo no cambiaría nada que necesite ser cambiado.

Se da la vuelta. Recoge sus papeles. Sube a prepararse para la siguiente reunión.

En la habitación del ala norte, el árbol genealógico espera con la paciencia de los documentos viejos que han aprendido que el tiempo siempre llega y

que lo único que hace falta es estar ahí cuando llegue. Los nombres subrayados en rojo brillan levemente en la luz de la tarde que entra por la puerta abierta. Al final de la rama más reciente, el espacio junto al nombre de Constanza sigue vacío.

En el cajón de la mesa, el bolígrafo rojo.

En el salón de abajo, Laurent revisando documentos con la eficiencia silenciosa de los que saben lo que hacen y no necesitan que nadie se los confirme.

En el parque, la primavera terminando de instalarse con esa determinación tranquila de las cosas que no piden permiso.

Y en el Château, como en el palacio de La Condamine antes del Château, como en las casas y los palacios y los despachos de todos los que vinieron antes, el oro viejo esperando. Sin prisa. Con la certeza de quien sabe que siempre ha encontrado la manera de continuar, independientemente de las decisiones que tomen las personas que lo custodian, independientemente de los nombres que aparezcan en los árboles genealógicos y de los bolígrafos que se guarden en los cajones y de los gestos generosos que se anuncien en conferencias de prensa de hoteles de lujo en París.

El oro siempre regresa.

Siempre lo ha hecho.

Hay una cosa más.

Esa tarde, antes de que oscurezca, Constanza baja al jardín por primera vez en semanas. No con ningún propósito concreto: simplemente camina por el sendero que bordea el parque hacia el estanque central, con las manos en los bolsillos y el sol de abril todavía tibio sobre los hombros. Es un gesto que en otras circunstancias habría llamado descanso o paseo o simplemente el tipo de pausa que las personas necesitan entre una cosa y la siguiente. Ahora es algo más difícil de nombrar, algo que ocupa el espacio que el descanso solía ocupar sin ser exactamente descanso.

El estanque refleja el cielo y los árboles con esa exactitud límpida que tienen los estanques cuando el agua está quieta y la luz es la correcta. Constanza se detiene en el borde y mira su propio reflejo en el agua durante un momento.

Es el mismo reflejo que ha visto en el cristal de la ventana del salón hace una hora. La misma mujer con el mismo cabello y la misma expresión que es difícil de clasificar en las categorías habituales. Pero hay algo diferente en el reflejo del agua respecto al del cristal: el agua tiembla levemente con el aire de la tarde, y ese temblor hace que el reflejo sea ligeramente impreciso, ligeramente incompleto, con los bordes un poco borrosos como los recuerdos que llevan demasiado tiempo sin ser revisados.

Constanza lo mira durante un momento más.

Luego da media vuelta y vuelve al Château.

Laurent sigue en el salón cuando pasa por delante. Levanta la vista de los documentos y le dice que ha llegado una comunicación de Dubái que requiere respuesta antes de mañana por la mañana.

—Súbala a mi despacho —dice Constanza—. La reviso después de la cena.

—Por supuesto —dice Laurent.

Constanza sube. La cena, los documentos de Dubái, la respuesta que redacta con la precisión de siempre. Luego las luces del Château apagándose una a una mientras la noche avanza, primero las de los corredores, luego las de los salones, luego las de los despachos, hasta que solo queda encendida la del dormitorio de Constanza, donde ella lee durante media hora con el mismo libro que lleva semanas sin terminar porque siempre hay otras cosas más urgentes que leer.

Apaga la luz.

El Château queda en silencio y en oscuridad, con el parque afuera bajo el cielo de abril, con la habitación sellada en el ala norte con la puerta abierta y el árbol genealógico en la pared y el bolígrafo rojo en el cajón, con Laurent en algún lugar de la casa todavía despierto porque es el tipo de persona que trabaja hasta tarde cuando hay cosas que hacer y siempre hay cosas que hacer.

Y con el oro viejo, que no tiene lugar concreto porque el oro viejo nunca lo ha tenido, que existe en los documentos y en las estructuras y en las decisiones y en las personas que las toman, esperando la próxima mañana con la paciencia que solo tienen las cosas que saben que van a seguir existiendo cuando todo lo demás haya cambiado.

Como siempre.

Como desde el principio.